

DANIEL JEREZ

EL
SILENCIO
DE LAS
RUINAS

Agosto de 2010, las obras del AVE, el tren de alta velocidad, provocan la caída de la Sagrada Familia.

El caos se adueña de la ciudad y Barcelona dejará de ser lo que era.

25 años después, a las puertas del aniversario del Derrumbe, un grupo terrorista intenta sumergir de nuevo a la ciudad en la oscuridad. Barcelona ha sufrido muchos cambios desde entonces.

Salva intentará evitar el éxito de la acción terrorista y defender la principal fuente de ingresos de la ciudad: el turismo.

Una trama de misterio en una Barcelona de 2035 que pone en tela de juicio el modelo turístico de las ciudades y el impacto que tiene en la sociedad.

Daniel Jerez Torns

T.L,

El silencio de las ruinas

Título original: *El silencio de las ruinas*

Daniel Jerez Torns, 2020

Fotografía de cubierta: Photo by Natalya Letunova on Unsplash

Corrección ortográfica: Daniel Jerez

Diseño/retoque portada: Daniel Jerez

Primera edición: Marzo 2020

ISBN:

Impreso en España

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier otra forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y sgts. Código Penal).

Para Monica Jerez,
siempre cuando la necesio, siempre a mi lado

1

31 de agosto del 2010

La ciudad se despertaba inocente de lo que le deparaba. Nada sería igual. Cabía esa posibilidad y todo el mundo lo sabía, sin embargo, como siempre ocurre, las personas tienden a pensar que nada malo puede ocurrirnos a nosotros. Uno puede pensar en catástrofes, muertes, atentados, revoluciones en otros lugares del planeta pero no verlo como algo que pueda suceder en su ciudad, en su barrio.

Que cayera la Sagrada Familia era una posibilidad. Una entre mil, entre un millón, entre un billón. Algunos dirían “veis, ya lo dijimos” y otros “no puede ser, era una posibilidad muy pequeña”. Sin embargo, para el filósofo y matemático Leibniz, sería un acontecimiento posible. Según su teoría de la plenitud, todo lo que sea posible que ocurra, ocurrirá. Así de sencillo. ¿Era posible que cayera el monumento de Gaudí? Sí, y así fue. Si era posible que ocurriera, ¿por qué no iba a ocurrir?

Los ciudadanos se quejaban de los riesgos de las obras, pero nadie creía que fuera posible un accidente. También Cristal, guía turística especializada en la obra del famoso arquitecto. Se ajustó el traje rojo, se arregló su pelo moreno y se pintó un poco los labios. Se veía guapa.

Tras desayunar una manzana y un vaso de zumo de piña (se había vuelto muy estricta en su dieta y estaba orgullosa de las curvas de su cuerpo), salió de casa para dirigirse al hotel donde le esperaba el grupo de japoneses. Al llegar al hall estaban todos ya listos, con sus equipos fotográficos enfundados a la caza de monumentos. Era el día estrella. La Sagrada Familia.

Todos subieron en perfecto orden al autobús que les llevaría hasta el monumento. Tras verificar que no faltaba nadie, le dio la orden al conductor de arrancar. Al llegar, los cuarenta japoneses descendieron del autocar, armados con cámaras de última generación y objetivos tan largos que fácilmente permitirían a Freud diagnosticar algún tipo de anclaje fálico. Cristal, con su traje rojo y un paraguas en alto cual boya para los perdidos navegantes turísticos, recontó de nuevo el grupo una vez bajaron del autocar.

Justo en aquel instante, otro autocar se detuvo en la calle Sardenya del que bajaron unos adolescentes ingleses más preocupados de soportar la resaca de la fiesta nocturna que de entender la belleza y el simbolismo de la Sagrada Familia.

Otra guía joven, con traje gris y otro paraguas, intentaba mantener controlado a su grupo.

“Por lo menos, los míos son educados y obedientes”, pensó Cristal.

Turistas y más turistas se concentraban en la entrada y en las taquillas, así como en los alrededores del templo, invadiendo incluso las calles adyacentes. Las grúas se movían sin descanso, así como operarios, recordándoles a los curiosos visitantes que la obra aún no estaba finalizada. Sabían lo que vendría a continuación. La típica pregunta de cuándo estaba prevista que acabase a obra. Las guías habían aprendido a contestar la socorrida frase de “en pocos años”. Aquella respuesta parecía convencerles. Pensaban que podrían volver de aquí un par de años para ver la gran obra finalizada. Sin embargo, algunas guías habían optado por no maquillar el tiempo, Cristal una de ellas, y respondían con un simple y sincero “no se sabe”. Entonces, la expresión de los turistas se ensombrecía.

Por qué al ser humano le da miedo saber que una obra no se finalizará mientras él viva. Es un mensaje muy directo de fragilidad y temporalidad del hombre. Era la tristeza de pensar: “¿cómo? ¿no viviré para verlo?”.

En los alrededores, otra actividad no se detenía. Las obras de construcción del túnel por donde circularía el AVE. La tuneladora empezaba hoy su parte más delicada, ya que su recorrido le haría pasar a poco menos de cuatro metros de los cimientos de la Sagrada Familia.

En los balcones de los edificios que rodeaban al templo se podían ver pancartas con un mensaje unitario: El Ave por el Litoral. Los vecinos no sólo temían por la magnífica obra de Antoni Gaudí, sino también por sus hogares ante la posible afectación a los edificios de las obras en el subsuelo de Barcelona. Los expertos decían que no había riesgo. Sin embargo, había en el barrio un murmullo imperceptible de que algo malo podía pasar, aunque fuera con una probabilidad muy pequeña. Y a veces, los hechos no entienden de probabilidades pequeñas o grandes. Lo que debe ocurrir, ocurre.

Los turistas entraban en avalancha siguiendo a sus respectivos guías, disparando una ráfaga interminable de fotografías hacia la fachada de la Pasión. Era la fachada de más reciente construcción, representando la pasión y muerte de Cristo. Poseía un porche con seis columnas. Las esculturas, de corte simple y esquemático, eran obra de Josep María Subirachs. Así lo iba narrando Cristal, que intentaba llevar su rebaño bajo el porche. Se giró para ver dónde estaban todos. Resopló impaciente al ver cómo seis de ellos continuaban su continuo disparo fotográfico.

—¡Por favor! Luego tendremos tiempo de hacer fotos.

Con sonrisas tímidas se acercaron al grupo e inclinaron un poco la cabeza hacia el frente a modo de disculpa. Cristal pensó que los japoneses le ponían nerviosa con ese afán de fotografiarlo todo. Sin embargo, reconocía que prefería eso a tener que aguantar a una manada de ingleses resacosos. Se giró para acercarse a la taquilla y chocó con una niña.

—Perdón señora.

Cristal sonrió ante aquella dulzura e inocencia. La niña iba cogida de la mano de una mujer que estaba rodeada de más niños, así que Alicia dedujo que era la profesora realizando la excursión del colegio. Se arrodilló y le acarició el pelo.

—No pasa nada. ¿Cómo te llamas?

—Alicia.

—¡Qué nombre más bonito! ¿Has venido a ver la Sagrada Familia?

—Sí. Mamá dice que es la obra de un genio.

—Así es.

—Y también dice que no se acabará nunca.

—Bueno, seguro que sí, pero a lo mejor tarda un poco.

Alicia miró hacia arriba, admirando la majestuosidad de la obra.

—¿Y el hombre que la hizo no tiene prisa por acabarla?

Cristal no pudo esconder una leve risita.

—No, no tiene prisa. Verás, Gaudí murió hace mucho tiempo.

—¿Y siguen haciéndola?

—Sí. Para que él pueda verla desde el cielo y la ciudad se sienta orgullosa.

Alicia sonrió y Cristal se incorporó y se alejó para guiar a su grupo de japoneses al interior del templo.

Los autocares se amontonaban en la calle Sardunya así como la mezcla de culturas y naciones. Era uno de los problemas del barrio: el número de autocares que se concentraban por los alrededores del monumento, creando muchas molestias a los vecinos y algún que otro accidente.

De repente, por encima del murmullo de los visitantes se oyó una explosión y el suelo vibró de forma enérgica, provocando que algunos ingleses y japoneses perdiesen el equilibrio y cayeran al suelo.

El silencio se impuso entre la multitud. Las personas se miraban mutuamente buscando una explicación. Todo quedó parado, como si el tiempo se hubiera congelado. Nadie entendía qué ocurría, aunque el sonido no daba lugar a dudas. Al cabo de diez segundo, se oyó otra explosión. Las vibraciones aumentaron de intensidad y súbitamente la fachada de la Pasión se convirtió en un simple castillo de arena que acababa de ser atacado por una gran ola, derrumbándose completamente, levantando una enorme columna de humo. Los turistas que en aquellos momentos se encontraban allí fueron aplastados por las piedras del monumento que iban a admirar.

Cristal se encontraba en el suelo, sin conocimiento, cubierta por polvo y con una piedra que le bloqueaba la pierna izquierda. Recuperó la conciencia, sin entender muy bien qué había pasado. Intentó incorporarse, pero la piedra que tenía encima de la pierna se lo impedía. Notó cómo la sangre le caía por la frente. Pensó de repente en la niña. En aquella niña que iba a ver el monumento por primera vez. No tuvo ningún pensamiento para su grupo de japoneses. Miró arriba. Conocedora de cada figura que había en la fachada, reconoció enseguida el bloque que se precipitaba hacia ella, el beso de Judas. Supo al instante que iba a morir. Mientras veía las piedras acercarse a su cabeza, deseó que el impacto fuera rápido, sin dolor. Tenía gracia que una obra que tanto admiraba, acabase justamente con su vida. Cristal cerró los ojos y todo acabó. No sintió nada más.

Los turistas, empleados y obreros corrían desesperadamente para apartarse lo máximo posible de la caída de la estructura del templo. Un nuevo sonido se oyó por encima de los gritos de dolor y de auxilio. Semejante al crujido de una barra de pan al romperse, pero amplificado en cuanto intensidad. Dos de las cuatro torres se quebraron por la mitad y caían como simples estructuras de barro. Las sirenas de policía, ambulancias y bomberos empezaron a oírse por toda la ciudad. El caos se apoderó de la zona. El sonido del desplome de piedras se mezclaba con el de gritos de socorro de las personas que estaban entre los escombros. Pero había otro sonido en el ambiente. Uno que era casi imperceptible. Se trataba del lamento y el lloro colectivo ante el fin de un monumento, de una maravilla, de un símbolo.

Un nuevo temblor sacudió la zona. La fachada de la Natividad, situada en la calle de la Marina, también se derrumbó íntegramente, provocando que una de las dos torres que quedaban en pie, se rompiera por la base y en lugar de caer sobre sí misma, se desplomase hacia la calle Mallorca, cayendo encima de varios pisos de viviendas. El pánico se apoderó de los vecinos que desesperadamente empezaron a abandonar sus hogares ante el temor de ser sepultados por el templo que tanto habían admirado desde sus ventanas. Algunas personas murieron aplastadas por las avalanchas que se formaron en las escaleras de los edificios. La gente corría sin ser consciente del ruido de huesos rotos provocados por sus propias pisadas.

Sobre Barcelona se apreciaba una gran nube de humo, como si hubieran lanzado una bomba atómica. Y posiblemente el efecto fuese parecido, pues al igual que la radiación se expande tras la explosión, un sentimiento de desolación y tristeza empezó a propagarse calle a calle.

Las cámaras de televisión llegaron al lugar y filmaban rápidamente la tragedia, al tiempo que se retiraban los heridos de la zona. Poco a poco, el humo y el polvo se fue evaporando. La imagen que empezaba a distinguirse era fantasmagórica. La Sagrada Familia estaba reducida a una parte de la Fachada de la Gloria, en la calle Mallorca y una torre que se mantenía en pie. La nave principal se había venido abajo, así como el crucero y el transepto.

Los muertos se retiraban con rapidez ante el temor de posibles derrumbes. Los medios empezaban a ofrecer primeras cifras un tanto confusas, que iban cambiando cada vez que había una nueva notificación. Las primeras noticias eran de cuarenta muertos, pero bastaron cinco minutos para aumentarlos a ciento ochenta y cinco muertos. La policía había acordonado la zona y evacuaba todos los edificios colindantes, mientras los servicios médicos no sólo debían atender a los heridos del derrumbe, sino también a múltiples ataques de ansiedad e histeria ante la catástrofe.

El caos se apoderaba de la ciudad y todos los dispositivos de emergencias se dirigían a la zona. El último comunicado oficial era de doscientos diez muertos. Todas las televisiones a nivel mundial cortaron las emisiones de sus programas para conectar en directo. Multitud de helicópteros sobrevolaban el aire barcelonés. Eran los primeros en ver la magnitud de la tragedia desde el aire. Algunos pilotos no pudieron reprimir las lágrimas al ver el templo, que tanto simbolizaba para la ciudad, hecho añicos.

Los curiosos situados en las calles Rosselló o Lepant lloraban y se abrazan por la pérdida del monumento. La ciudad quedó cubierta de un inmenso silencio. Cada expresión mostraba esa mezcla de incredulidad, tristeza, rabia y vacío que se transmitía con rapidez, como una plaga en la edad media.

Transcurridas las horas, la imagen que quedaba de la Sagrada Familia era una montaña de escombros y una torre estrellada que apuntaba al cielo. El recuento de víctimas era de trescientas treinta personas, de las cuales, ciento sesenta eran turistas. El resto se trataba de guías, obreros y empleados de la Sagrada Familia, así como personas que vivían en los edificios cercanos y que habían sido derrumbados por las torres.

Sobre el cielo de Barcelona seguía elevándose una espesa nube de humo que cubría los corazones de los ciudadanos y presagiaba el inicio de una nueva era.

2

23 de agosto de 2035

El sol brillaba con una fuerza castigadora, como si se hubiera sentido ofendido por algún comentario y quisiera demostrar todo su potencial. Pero de eso ya estaban acostumbrados. La ofensa se sabía: destrozarse el planeta. El calentamiento global había convertido a Barcelona en una ciudad de temperatura tropical.

Era un día magnífico para ir a la playa. Salva acababa de desayunar sus tostadas con mantequilla y café con leche. Preparó la bolsa con la toalla, la crema protectora, el libro y la gorra. Llevaba el bañador debajo de los bermudas, una camiseta blanca lisa y las chancas.

Una vez en la playa, le bastaron diez minutos tumbado para tener la sensación de que estaba dentro de un horno. Aún le faltaban cinco minutos para agotar los quince permitidos en la playa para evitar sufrir un posible inicio de cáncer de piel. Se levantó y fue a darse un baño. Mientras se hundía poco a poco en el agua, miró las mujeres que le rodeaban. La mayoría mostraban un serio problema de sobrepeso. Se fijó en una chica morena que mostraba una buena figura. Todos los hombres la miraban al pasar cerca de ellos. Salva pensó que se asemejaba a esas especies en extinción al que todos desean retener en la retina y así poder decir a sus hijos “yo vi uno”.

Se secó, recogió todo y se acercó a la zona de control para marcar con su tarjeta el lector que le permitía abrir las barreras de acceso a la playa. Era necesario controlar el tiempo de exposición o de lo contrario el sistema sanitario se colapsaría con los casos de cáncer de piel. A pesar de todo, la gente seguía estando obsesionada con lucir el moreno en su piel. Como esperaba, le indicó que le faltaban tres minutos de acceso, pero apretó el botón para confirmar que los rechazaba. El agente le dejó pasar. Salva se sentía fatigado por la potencia del sol, así que se sentó en la terraza de un bar del puerto olímpico. Pidió un gazpacho y de segundo, aún a la plancha. Mientras apuraba el gazpacho, le sonó el teléfono móvil. Enseguida vio en la pantalla el nombre de su compañero Mauro. Salva suspiró, sabiendo que aquello solo podía significar alguna noticia fuera de lo normal.

—Hola Salva. Todo bien?

—Sí. He venido a tomar un poco el sol.

—Bien. Oye, tengo que decirte que el Sentímetro ha detectado un alto índice de Batalla en escala Asco. Y bueno, aunque los técnicos ya habían avisado que en verano las personas estaban más tensas y se producían más homicidios, ocurre que...

—Sí, que dentro de ocho días es el 25 aniversario del Derrumbe —dijo Salva.

Si no recordaba mal, la última vez que se dio ese nivel se aumentaron un cincuenta por ciento los impuestos de los distritos y no se contrarrestó con ninguna otra información. Aquella vez se detuvieron a una treintena de personas y la policía fue criticada por sus métodos agresivos. Todo se suavizó con la publicación de que el agua del grifo de Barcelona podía contener alto índice de mercurio. La Comisión de Información acordó la duración y el nivel de alarma a transmitir. Se incluyeron unos cinco casos mortales y luego se fue reduciendo el nivel de información. El tema de las detenciones fue olvidado con rapidez.

Mauro le informó que la alarma se había dado en el distrito de Sant Martí, algo extraño, pues no era una zona conflictiva. Quedaron en verse en el CVOP.

Salva trabajaba en el CVOP, el Centro de Valoración de Opinión Pública, creado en el 2020 tras la Guerra del Pastel y la implantación del Chip de Identificación Personal, el CIP. El CIP supuso un cambio en la política y en los medios de comunicación que sirvió para apaciguar la situación vivida en los conflictos de 2021. El CIP era un chip que se introducía a los recién nacidos y que almacenaba toda la información posible de la persona. Tras el éxito conseguido con el chip de los animales, se determinó que era el momento de llevarlo a cabo con los humanos, introduciendo los datos sobre temas de salud, fiscales y laborales. El chip de los animales había sido la prueba piloto, algo que, naturalmente, la población desconocía. También tenía un pequeño GPS, muy útil en caso de secuestros o desapariciones. Sin embargo, el chip contenía un elemento básico para mantener el orden público: un detector de emociones y sentimientos. Dicho detector permitía saber qué sentía una persona y luego sumar todos esos sentimientos por distritos y de la ciudad en general. De esta forma se creó el Sentímetro, un medidor del sentimiento de la población de Barcelona y de los distritos. El Centro de Valoración de Opinión Pública se encargaba de interpretar los valores obtenidos y calibrar el sentimiento de la población. Aunque el verdadero motivo de el Sentímetro era controlar la población y evitar levantamientos como los de 2021.

El CVOP trabajaba de forma secreta con el Centro de Información, que se encargaba de gestionar todas las noticias de todos los medios de comunicación de la ciudad. Con este trabajo conjunto se conseguía mantener controlados los niveles de sentimientos de la población. No interesaba ni una población muy decepcionada, ni muy eufórica. El estado ideal era mantener unos picos de altos-bajos de forma consecutiva y, sobre todo, centrar la atención en ciertos conflictos para desviarlos de otros.

La colaboración entre el CVOP y el Centro de Información era algo que se escondía públicamente, aunque circulaban muchos rumores que se hacían eco de tal conspiración. Sin embargo, gracias al chip, cuando se detectaba ciertos sentimientos de Saboteo, se actuaba rápidamente con noticias que afectaban al día a día de las personas y rápidamente quedaba olvidada la conspiración informativa.

Salva, con sus 36 años, era todo un veterano en el centro, con quince años de antigüedad. Era el director del departamento de Estudios de Mercado del CVOP, supervisando a veinte personas encargadas de registrar la información. Realmente, ese era el nombre público del departamento, pero dentro del CVOP todos lo conocían como el Espía de Sentimientos. Se había

ganado fama de persona suspicaz e intuitiva, capaz de detectar antes que nadie posibles brotes de rebeldía. Su equipo engullía, masticaba y analizaba los datos provenientes del Sentímetro de cada uno de los distritos.

Mauro y Salva entraron en la sala de reuniones, donde ya estaban sentados los otros directores de los otros departamentos, Manipulación Afectiva, Cambios de Opinión, Sugestión Anímica y Psicosenntimiento, y el Supervisor de Directores, Pablo, el cual miró atentamente a Salva cuando entró en la sala.

—Bien, señores, como saben tenemos un brote de Batalla en escala Asco en Sant Martí. No sólo es preocupante el nivel alcanzado si no también el lugar. Como sabéis, tenemos bastante controlado la Zona Cero por su historial, pero Sant Martí nunca ha creado problemas. Dentro de ocho días es el 25 aniversario del Derrumbe y me huele que está relacionado con el tema. Quiero que todo el mundo esté atento.

Pablo dejó la sala sin decir adiós a nadie. Salva sabía que era su costumbre. Quien no le conocía, esa acción se la tomaba mal. Según le había explicado el mismo Pablo, no le gusta alargar de forma inútil las reuniones. Una vez le dijo que la gente tendía a hablar demasiado para no decir nada.

Salva cogió la carpeta con la información que les había preparado Pablo y salió junto a Mauro. Al llegar a la puerta del despacho de Salva, Mauro se detuvo.

—Salva, has de saber algo más. Un confidente me ha dicho que Diego vuelve a tener actividad.

Aquello provocó que Salva levantara las cejas.

—Vaya, vaya. ¿Estás seguro de eso?

—Sí, muy seguro.

La presencia de Diego inquietaba a Salva y al mismo tiempo le irritaba. Diego era uno de los traficantes de emociones más importante de la ciudad y el más escurridizo. A los cinco años de introducción del Chip de Identificación Personal a toda la población de Barcelona, se empezó a propagar la noticia de que se controlaban los sentimientos y las emociones y entonces, gracias a expertos químicos y psicólogos adheridos a los Rebeldes, aparecieron los primeros Simuladores de Sentimientos. Poco a poco se fueron perfeccionando y creándose unas mafias muy poderosas que controlaban el comercio de los simuladores. Eran unas pastillas que químicamente creaban una reacción similar a la de ciertas emociones o sentimientos como amor, rabia, odio o tristeza y que permitía engañar la información que recibía el chip y, por tanto, la información que éste enviaba al Centro de Valoración de Opinión Pública también era engañosa. Las pastillas eran conocidas como las Limbis.

Aquella coincidencia de hechos no le gustaba en absoluto a Salva e incluso veía una posible relación con lo ocurrido con el Sentímetro. Salva opinaba que las personas que se tomaban esas pastillas no eran conscientes de que eran manipuladas por ellas. Sus emociones estaban esclavizadas al traficante.

—Bueno, me voy a recoger algunos informes de estados de sentimientos y nos vemos luego.

Mauro se fue balanceando sus piernas para que pudieran equilibrar su barriga.

Salva miró el periódico que tenía encima de la mesa. Una hoja digital que contenía todo el contenido del diario. Los artículos sobre el aniversario se multiplicaban. El que ahora leía hacía un pequeño repaso de todo lo que conllevó el acontecimiento. Salva recordaba muy bien las

implicaciones. Las había aprendido en la escuela. La ciudad no fue la misma desde aquella tragedia. Barcelona había sufrido una notable transformación. El Derrumbe era el suceso clave para comprender lo ocurrido posteriormente, en concreto en el 2021. En el año 2009 se iniciaron las obras en el centro de Barcelona para el tren de alta velocidad, el AVE. Tras grandes conflictos y polémicas, se emprendió la realización del túnel en la zona del templo de la Sagrada Familia de Gaudí, que llevaba construyéndose desde 1882. A finales de 2009 se empezaba a perforar el túnel por la calle Mallorca. A principios de 2010 algunos edificios notaron las primeras vibraciones y dieron la voz de alarma. Siguió la caída de algunos balcones y el derrumbamiento de la fachada de un bloque de pisos. En junio de 2010 se dispararon las alarmas cuando unos cuantos mosaicos y cristalerías se desprendieron por efecto de las múltiples vibraciones. La población se lanzó en masa a la calle en diversas manifestaciones solicitando el cese de las obras, produciéndose fuertes enfrentamientos con los antidisturbios. En apenas cuatro días hubo 6 muertos, un centenar de heridos y decenas de detenidos. Fue por estas fechas cuando empezaron las primeras divergencias entre ciertas zonas de la ciudad. Los vecinos de la Sagrada Familia hicieron un llamamiento colectivo a toda la ciudad para acudir a una marcha que acabaría frente al ayuntamiento. Solicitaban la ayuda de todos los barceloneses para que hicieran boicot a la entrada de diferentes monumentos para impedir la entrada de turistas. La sorpresa fue mayúscula cuando muchos distritos no quisieron sumarse a la acción para no perder ciertos beneficios de mejoras que se habían planificado por parte del ayuntamiento en cuanto a obras y servicios.

“Cada uno miraba por su propio interés”. Salva recordaba perfectamente aquella frase de su profesor de Pasado Neutro.

¿Qué ocurrió finalmente? Lo que tanto temían. Tal como le habían explicado a Salva, la caída era algo escrito. No era culpa de nadie. Si podía ocurrir, es que había esa posibilidad. El 31 de agosto de 2010 ocurrió lo que tanto se pronosticó. La tuneladora llevaba días sin descanso y las vibraciones eran constantes. La fachada de la Pasión se derrumbó primero y luego vino la caída de dos torres. A los pocos minutos la fachada de la Natividad también cayó. La Sagrada Familia había dejado de existir.

Salva opinaba que la tragedia supuso algo positivo: el sistema actual de statu quo emocional, algo que era necesario para la evolución social. Según les explicaban en el colegio, la ciudad quedó paralizada, en estado de shock, incapaz de asimilar lo que había pasado. Las emociones bloquearon el seguir adelante, el avanzar. Una señal de identidad perdida. Los ciudadanos de Barcelona, y especialmente los del Eixample, anduvieron esos días como sonámbulos, incapaces de reaccionar a todo aquello que les envolvía. Dicen incluso que se veían vecinos de la zona andar arrastrando los pies y hablando solos. “Un ejército de zombis”, le dijo al oído su compañero de clase. Barcelona se cubrió de un sentimiento de tristeza y de desesperanza como si una gran niebla espesa se hubiera aposentado en la ciudad durante días. Fue tal la sensación de abatimiento que urgencias se colapsó con pacientes que presentaban cuadros de ansiedad y depresión.

Los medios de comunicación no ayudaron en absoluto a superar la situación ya que durante meses estuvieron inundando periódicos y programas de televisión de noticias acerca del accidente, explicando los detalles de lo que se denominó el Derrumbe. Mayor incidencia tuvo el hecho de que, justamente en noviembre de ese año, se había planificado la visita del Papa a la ciudad y, en especial, a la Sagrada Familia. Todo quedó cancelado. En 2012 Barcelona seguía conmocionada y el turismo decayó considerablemente. Se cambiaron las rutas turísticas. Se quiso limpiar la zona, pero los vecinos, cada vez más violentos, sabotearon todos los intentos de limpiar

los escombros. No querían que la gente olvidara que allí hubo alguna vez un templo majestuosos, al que todos admiraban. Estos eran los verdaderos causantes de todo: la falta de superación y el poco control emocional y la constante información de los medios respecto a la tragedia. Salva había crecido con esas doctrinas, al igual que la mayoría de niños, y así lo creía.

Salva se levantó y cogió pantalla táctil que tenía en el armario. Quería refrescar la cronología de los hechos. Hasta el día de hoy no había tenido la necesidad de recordar esa parte de la historia, pero algo en su interior le decía que debía volver a leerlos. En la tableta tenía una infografía de los sucesos más importante de la ciudad. Accedió a la zona de Derrumbe. Las ruinas de la Sagrada Familia no se incluían en los programas, aun pudiendo ser un aliciente turístico, sin embargo la ciudad prefería mirar hacia otro sitio. En el año 2015 los vecinos de la Sagrada Familia empezaron a desenterrar viejos rencores hacia los otros distritos, acusándolos de ser cómplices de lo ocurrido al no unirse en su momento en contra de las obras. En 2019 la situación empeoró tras varios intentos de atentados contra el Parque Güell, reivindicados por el grupo Sin Identidad. Diferencias en presupuestos, obras, servicios, seguridad ciudadana y monumentos, crearon una brecha poblacional entre los distintos distritos que culminó en el año 2021 con enfrentamientos y atentados. El resultado de todo aquel año fue de 34 atentados y 198 muertos. En el año 2022 se puso fin al conflicto, con un gran despliegue militar que acabó con gran parte del grupo de los Sin Identidad y el cerramiento con vallas de la Zona Cero. Tan solo se podía acceder o salir tras pasar un control o a través de la parada de metro, pero ni los de la zona deseaban salir ni los del resto de la ciudad entrar en aquel lugar en ruinas.

Los que quedaron en la Zona Cero se recluyeron y formaron parte de un colectivo diferente al resto de la ciudad. Era su gueto.

Salva arrugó la nariz al pensar en la Zona Cero. Para él, aquella zona era un nido de ratas y babosas. Opinaba que lo mejor hubiese sido dejar al margen aquella zona, no incluyéndola como parte de Barcelona. Sabía incluso que algunos políticos lo habían planteado, pero les habían tachado de Extremo-Separatistas, cuando la realidad es que la población en general detestaba aquella zona. Sin embargo, los brotes de violencia, atentados y levantamientos no cesaron debido a un sentimiento de descontento poblacional. Fue entonces cuando en 2025 se implantó el Chip de Identificación Personal para poder predecir los estados de ánimo de la población y así evitar sublevaciones. Para ello se creó el Centro de Información que trabajaba conjuntamente con el recién creado Centro de Valoración de Opinión Pública para poder determinar qué noticias debían darse y cómo para apaciguar estados de cólera, desviar la atención o levantar el ánimo.

La gran dificultad en esta coordinación era hallar el punto medio, es decir, procurar que la población no cayera en estados demasiado irritantes ni tampoco demasiado eufóricos. Quedaba demostrado que en estados de alta alegría y euforia, el conjunto adquiría confianza y seguridad en sí mismo y se vía capaz de llevar a cabo cualquier acción. A Salva le fascinaba el poder que tenían las noticias: la misma facilidad con la que se iniciaban y se expandían, luego desaparecían y nadie conseguía recordar nada.

El trabajo conjunto entre el Centro de Información y el CVOP había conseguido mantener el equilibrio emocional en la población. Así, durante el año 2028 se dieron una cincuentena de casos de corrupción en los diferentes ayuntamientos de los distritos, detectándose altos niveles de Manifestación en el Sentímetro poblacional, lo que podría llegar a dar una revuelta popular. El CVOP determinó difundir la noticia de que un virus proveniente de las palomas afectaba al sistema nervioso y que se transmitía con el mero aleteo de sus alas. Salva recordaba

perfectamente aquel suceso. Él ya estaba en el CVOP. Consideraba que fue una decisión arriesgada ya que cundió el pánico y muchos ciudadanos, de forma independiente, disparaban a las palomas desde sus casas, con los consiguientes accidentes por balas perdidas a transeúntes. Pasados un par de meses, se anunció una vacuna contra el virus. Todo el mundo se vacunó, lo que permitió, primero, llenar las arcas del gobierno, y segundo, controlar qué personas no tenían el chip. Tras las vacunaciones, nadie se acordaba de la corrupción y los niveles del Sentímetro volvieron a Tranquilo.

La zona cero era la parte más conflictiva de la ciudad debido a la pérdida de su monumento; el carácter de sus habitantes se volvió cerrado y arisco. Los Sin Identidad se recluían en dicha zona, cuyo objetivo principal era sabotear los diferentes monumentos de la ciudad para así igualar en condiciones y “amputamiento” a los distritos.

Los habitantes de la zona Cero se sentían amputados, y así lo transmitían. Era un sentimiento de vacío aún candente, como una cicatriz mal cerrada. Se les acusaba de vivir en el pasado y ser tan ruinosos como sus ruinas de la Sagrada Familia. También lo pensaba Salva. No sentía ninguna simpatía por sus habitantes ni lástima. Al contrario, preferiría que no estuvieran en su ciudad.

Tras hacer aquel repaso mental de los hechos más importantes de la historia reciente de Barcelona, Salva tuvo claro que los Sin Identidad deberían estar trajinando algo. Cansado de leer los números de las diferentes escalas, decidió salir a dar un paseo. Las oficinas del CVOP se hallaban dentro del Palacio Real, en la parte alta de la avenida Diagonal, cerca del campo del FC Barcelona. Cuando se construyó, generó una fuerte polémica ya que parte del parque de Pedralbes desapareció. Manifestaciones, amenazas y sabotajes acompañaron de forma constante las obras. A pesar de todo, el CVOP se construyó. Como siempre, el CVOP, junto el Centro de Información, se encargó de desviar la atención con una gripe hipercontagiosa que podía crear neumonías y se aconsejó el confinamiento. Resultado: ninguna manifestación y todo quedó en el olvido.

La decisión del lugar no era aleatoria debido a que los niveles más altos de rebeldía se solían dar en la población estudiantil y de esta forma al situar el CVOP cerca de la zona universitaria se podía controlar mejor los brotes esporádicos.

Al salir al exterior, Salva sintió el calor apretándole el cuello.

—¿Te has mirado ya el informe?

Se giró sobresaltado al oír la voz. Junto a él estaba Beatriz.

Beatriz era la encargada de realizar estudios de Origen de las Emociones dentro del departamento de Espía de Sentimientos. Trabajaba desde hacía ya cinco años con Salva.

—Sí. La verdad, no me cuadra mucho que salte la alerta en la zona de Sant Martí.

- Ya, a mí también me extrañó. Creo que en esa zona nunca habíamos tenido ninguna alerta-
Beatriz se recogió su pelo rizado en una cola.

Salva asintió ante aquella apreciación. Era cierto que Sant Martí no había causado ningún tipo de problemas. El distrito, lleno de rascacielos y con el mar cerca, era uno de los más valorizados en cuanto a la compra de pisos. Y carecía de monumentos antiguos, como sí tenía la zona del Eixample o el Gótico.

—Por cierto, ¿qué ocurrió la otra noche? He oído algo, pero no me he enterado mucho — dijo Beatriz.

—Pues resulta que alguien puso una bomba en el Arco del Triunfo y un momento después en el del Parque de la Ciudadela. Este último quedó bastante destrozado.

—¿Lo ha reivindicado alguien? —preguntó Beatriz.

—Sí. Los Sin Identidad.

La conversación quedó cortada por el aviso en el teléfono de ambos de que se había producido un atentado en el Parque de l'Escorxador, cerca de la Plaza España. Entraron en el edificio y Pablo, con el semblante alterado, les informó que una bomba había destrozado el monumento de la Mujer y el Pájaro. Una llamada en nombre de los Sin Identidad había avisado de la bomba minutos antes. Sin embargo no hubo tiempo para asimilar la noticia, pues Pablo recibió el aviso de que se había producido otra explosión en la fuente Mágica de Montjuic. Pablo hizo varias llamadas y les dijo que fueran a la sala de reuniones, mientras él recababa la información.

Al cabo de pocos minutos, apareció Pablo sulfurado. Los equipos de investigación habían confirmado que los materiales de ambas bombas eran los mismos. El informe exponía que en Ciutat Vella, antes de la explosión, se detectó un nivel Ira, respuesta Manifestación. Coincidiendo con este momento saltaron dos alarmas más: una en Les Corts, nivel Ira, respuesta Queja, y otra en la Zona Cero, del mismo nivel, pero respuesta Manifestación.

Cuando se creó el Sentímetro se determinó, junto a Psicólogos y Sociólogos, cuáles serían las escalas que se necesitaban para medir los diferentes sentimientos de la sociedad. Se creó un sistema doble en el que se ofrecía un valor genérico y luego dos subniveles para cada nivel. Se llamaron Nivel y Respuesta, respectivamente.

Salva encontró en una hoja digital la tabla de las escalas y anotados al lado la zona dónde se habían detectado, al tiempo que emitían unos destellos dinámicos.

Nivel	Respuesta	Zona
Asco o Desprecio	Batalla	
	Saboteo	
Ira	Manifestación	Ciutat Vella, Zona Cero
	Queja	Les Corts
Miedo	Ansiedad	
	Pesadumbre	
Tristeza	Decaimiento	
	Depresión	
Incertidumbre	Tranquilo	
	Sumiso	
Sorpresa	Feliz	
	Acción	
Alegria	Vitalidad	
	Cambios	

—Oye, ¿a quién se le ocurrió poner estos nombres? —preguntó Beatriz.

Salva sonrió, pues muy poca gente del CVOP conocía el origen de la terminología.

—Esta clasificación se basó en el estudio publicado en 1873 por Darwin sobre “La expresión de las emociones en los animales y en el hombre”, en la que define cinco emociones básicas: alegría, sorpresa, tristeza, miedo, ira y asco o desprecio.

—Vaya, así que tiramos de evolución darwiniana.

—Bueno, controlar las emociones de la población es una evolución en la especie.

—Ya, pero muy natural no es —dijo irónicamente Beatriz.

Salva, que hasta ese momento había mantenido la vista en la hoja digital, se giró para mirar

a Beatriz.

—¿A qué te refieres?

—Creo recordar que lo de Darwin era una selección natural. Esto está controlado por nosotros.

—Discrepo en eso. Nosotros solo controlamos. Piensa que las emociones están físicamente en la parte del cerebro más antigua. Por tanto es algo evolutivo y que ha tenido su propia selección natural.

—Me cuesta creer que Darwin pensase en eso.

—Yo creo que habla de lo mismo —Salva dejó la hoja y bebió un trago de la botella de agua que tenía enfrente—. Una sociedad con constante sentimiento de revolución no evolucionaría. La selección natural habría destruido una sociedad así. Tan solo la que mantendría un equilibrio emocional, seguiría adelante.

El sonido de unas palmadas hizo que todos los reunidos cesaran sus conversaciones. Pablo reclamaba la atención de todos. Una vez se hizo el silencio, miró la sala y carraspeó.

—Tenemos un dato interesante. En el atentado de la Fuente Mágica se ha encontrado una piedra que no es de la estructura, en la que aparece el número 5. Se trata de un trozo del Cuadro Mágico que Subirachs añadió junto al beso de Judas, en la fachada de la pasión de la Sagrada Familia. Se trata de un cuadro de 16 cifras. Sumando cuatro de ellas en cualquier sentido, siempre dan 33, la edad de Cristo al morir. Se pueden hacer 310 combinaciones distintas. Bueno, eso es lo de menos. Esta claro que es una advertencia. Rodolfo, ¿cómo está el nivel general de la población?

Un hombre con gafas y calvo empezó a teclear unas coordenadas en su Tablet hasta que finalmente obtuvo lo que quería. Rodolfo informó que estaba en un nivel Miedo, respuesta Pesadumbre.

—Bien. El plan es el siguiente: primero, pondremos a la opinión pública en un nivel Ira, respuesta Queja contra los Rebeldes. Es importante cuidar bien los mensajes para que no se giren en nuestra contra. Luego, lanzaremos alguna noticia buena, por ejemplo, sobre inversiones en transporte público. Con eso mantendremos el equilibrio emotivo. Lo siguiente es averiguar qué está ocurriendo para que salten las alarmas en esas zonas. Quiero que me mantengáis informado de todo. ¡En marcha!

Todos se levantaron para irse, pero Pablo le hizo un gesto a Salva para que se quedase. Beatriz prefirió esperar fuera y dejarlos a solas. Pablo extrajo de su cartera varias tarjetas de visita. Buscó entre ellas una en concreto.

Salva le miraba con el ceño fruncido, sin comprender que le entregaba.

Alargó una tarjeta hacia Salva. Se trataba una tarjeta digital, en la que la imagen se alternaba entre los datos de la persona, un vídeo y unos recortes de periódicos. Pablo le señaló el número de teléfono que aparecía.

—Habla con él. Puede serte de ayuda. Es Mario Puyol, un periodista. Hace unos años consiguió infiltrarse entre los rebeldes e hizo un artículo muy interesante sobre ellos. Según tengo entendido, se guardó más información de la que se publicó y los conoce bastante.

—Sí, ahora recuerdo. Tuvo que irse de la ciudad durante unos meses por su seguridad. Tuvo varias amenazas de muerte. Pero ¿por qué no lo llamas tú?

Pablo se acarició la calva.

—No guarda muy buen recuerdo mío. Cuando publicó el artículo, me pidió provocar una respuesta de Sumisión en la zona donde estaban los Rebeldes para evitar el peligro, pero me

negué. Le dije que el estado emocional no podía depender del interés personal si no del bien de la sociedad.

—¿Qué te dijo?

—Bueno, me puso los ejemplos de los políticos. Que si las noticias que dábamos era para el bien del político. Yo le dije que no era así, pues al final el político sirve a la sociedad —Pablo volvió a tocarse la calva—. Bueno, da igual, no entró en razón y me la tuvo jurada.

Nada más salir de la sala de reuniones, Salva marcó el número en el teléfono móvil. A los tres tonos, descolgaron. Salva se presentó y le comentó que Pablo le había dado su teléfono. Obviamente estaba al corriente de todo lo sucedido, así que cuando Pablo le explicó que quería hablar con él, Mario no se sorprendió. Quedaron para comer.

Desde el CVOP al centro de la ciudad tenían treinta minutos de trayecto con el metro, así que aún disponía de otra media hora para ir al despacho. Le dijo a Beatriz en verse a la una y media en la puerta del edificio y ella aceptó. Salva se sentía cansado. Al entrar en su despacho, abrió el cajón y se tomó una pastilla de Luz. Eran así conocidas porque al tomarla, la pesadumbre se difuminaba de inmediato. A los pocos segundos ya se sentía mejor.

Vio encima de la mesa una multitud de carpetas que le habían dejando los técnicos con detalles de los últimos acontecimientos, una de las cuales llevaba como título “Piedra”. Según los análisis realizados, se confirmaba que la piedra hallada en la Fuente Mágica correspondía a las ruinas de la Sagrada Familia. Le llamó la atención la presencia en la piedra de ciertos niveles de Serotonina. Salva arrugó la nariz. La Serotonina era un elemento químico que generaba el cuerpo humano, si no iba errado. ¿Qué hacía en la piedra? ¿Podía encontrarse en el medio natural? Él no era médico, pero tenía ciertos conocimientos para asegurar que no.

Durante el trayecto hacia el centro de la ciudad para encontrarse con Mario, Salva le explicó a Beatriz los detalles del informe. Al escucharle, ella mantuvo el semblante serio, con un ese gesto de morderse el labio inferior que a Salva tanto le gustaba.. Hacía tiempo que Beatriz y él eran compañeros de trabajo y desde el primer día se sintió atraído por ella, pero el hermetismo emocional de Beatriz le había llevado durante este tiempo a no insinuar nada. Desconocía que podía sentir o qué respuesta daría. Ella entró hacía ocho años, empezando en el Departamento de las Emociones Opuestas, donde estuvo dos años, en el que se analizaba el efecto de las ideas amor-odio en la opinión pública. Luego estuvo un año de excedencia por motivos personales y cuando regresó, fue a parar al equipo de Salva, encargándose del Origen de las Emociones.

Habían quedado en el gran restaurante que se había levantado en medio de la Plaza Catalunya. El centro de Barcelona se había convertido en un monumento más. El ochenta y cinco por ciento de los edificios eran hoteles, por tanto había más turistas durmiendo en edificios del centro que habitantes autóctonos. Circulaban muchas bromas al respecto, siendo la más oída la de que el barcelonés estaba en peligro de extinción.

Reconoció de inmediato a Mario por las fotos que había visto por la red. Salva presentó a Beatriz como su compañera de trabajo.

—Hacía mucho tiempo que no venía aquí —dijo Beatriz.

—Normal. El centro es territorio de turistas. Aquí es raro encontrarte a gente hablando castellano —el tono de voz de Mario denotaba cierto desagrado—. ¿Qué tal está Pablo?

—Bien. Como siempre. Dando órdenes.

Salva calculó que tendría unos treinta y tantos años. Tenía el pelo rizado, moreno y con gafas de una montura tan fina que al principio Salva no se percató de ellas. Tenía unas facciones

duras, mandíbula bien marcada y nariz larga, pero poseía un físico cautivador.

—¿Han hecho algún comunicado los Rebeldes? —Mario fue directo al asunto.

—No, todavía no. ¿Qué te ha parecido todo lo ocurrido esta mañana?

—Pues me sorprende bastante. Cuando estuve infiltrado saqué la conclusión de que era un grupo con las ideas muy claras, aunque con recursos limitados.

—Sí, pero durante estos años han ido poniendo alguna que otra bomba.

Mario movió la cabeza de un lado a otro, negando que esa apreciación pudiera ser un argumento para catalogar a los Sin Identidad como un grupo terrorista peligroso.

—Yo mismo te puedo crear algún artilugio con una olla a presión para que explote. No te confundas. Una cosa es provocar una pequeña explosión y otra muy distinta es poner varias bombas al mismo tiempo de esta magnitud.

Salva giró la cabeza hacia el ventanal, observando a los turistas.

—La invasión, ¿eh? —dijo Mario al darse cuenta de lo que miraba Salva.

—Sí.

—Todos van como borregos siguiendo al guía o el panfleto que les han dado desde el punto de información. ¿Sabías que guía turístico es la segunda profesión mejor pagada de Barcelona?

—No, no lo sabía. ¿Cuáles es la primera?

—Cualquier empleo del CVOP.

Salva sonrió.

—Todos devoran el centro histórico como si fuera algo único —prosiguió Mario—. Sin embargo, te mueves por otras ciudades europeas y todas tienen la misma estructura. El “Centro Histórico” invadido por tiendas de grandes marcas.

—¿Es eso contra lo que luchan los Sin Identidad? —preguntó Beatriz.

—Sí. Bueno, no. Es más complejo. Como sabéis el grupo Sin Identidad se creó por gente del barrio de la Sagrada Familia tras el Derrumbe. Según ellos, la ciudad les dio la espalda. Se pusieron este nombre porque así se sienten ellos. La ausencia del templo en el paisaje les creó un vacío imposible de llenar, como a la ciudad en general diría yo. La diferencia es que el resto decidió mirar hacia otro lado ¿Qué buscan? Según ellos, acabar con la hipocresía del turismo. Opinan que los turistas no vienen para ver Barcelona, sino para ver monumentos. Y eso ocurre en todas las ciudades.

—¿Y qué tiene eso de malo? —preguntó Salva algo desconcertado.

—Para ellos, los monumentos son objetos prefabricados para atraer a los extranjeros y chuparles el dinero. Fíjate en lo que llamamos “el centro”. Se ha convertido en un gran centro comercial al aire libre. Todos los bajos de los edificios, incluso algunos emblemáticos, ofrecen tiendas de grandes marcas. Tiendas y más tiendas. ¿Es esto el centro histórico?

—Mario, faltan ocho días para el 25 aniversario del derrumbe y todo esto me parece un plan elaborado para algo más grande. ¿Puedes darnos alguna idea de qué puede ser?

—No lo sé. Pero sí te digo que si han hecho todo esto es que van en serio. Ya te dije antes que no se caracterizaban por tener un gran arsenal de explosivos. Estoy de acuerdo con vosotros en que parece que estén preparando algo gordo. Lo único que te puedo decir es que sus objetivos han sido siempre los monumentos de los demás barrios. Yo te aconsejo que visites las ruinas. Si algo se cuece, por allí deberías encontrar algo.

Salva suspiró. Sabía que el consejo de Mario era el correcto, pero la última vez que vio las ruinas fue hace cuatro años. La zona cero se había convertido en un lugar abandonado y peligroso. Llena de mendigos, contrabandistas y ladrones. Tras el Derrumbe, los turistas solicitaban ver las

ruinas y fueron incluidas en los programas de visitas. Todo iba bien hasta que los vecinos empezaron a tirar piedras contra los grupos de extranjeros y poco a poco se fue ocultando esa zona de la ciudad y cayó en el olvido. Era un agujero negro que nadie deseaba ver. Antes de despedirse, Mario le facilitó un nombre perteneciente a los Rebeldes, Iván. Le explicó que era una pieza importante dentro del grupo.

Al avanzar por la calle Pelayo, Salva miró las tiendas y meditó sobre lo que les había dicho Mario. El turismo, esa fuente de dinero y de discrepancias. Salva reconocía que la ciudad vivía por y para el turismo, pero así debe ser. La época industrial ya había pasado. Los ingresos gracias a los turistas eran incalculables, por eso, desde el CVOP se combatía cualquier indicio de respuesta emotiva negativa hacia noticias de turistas borrachos, afluencia masiva, ocupación de autocares de espacios que antes eran aparcamientos para los ciudadanos y un largo etcétera. La posición de Salva era neutra, pues entendía a las dos partes, aunque siempre miraba por el bien de la ciudad. A él no le importaba que el turismo invadiera el casco antiguo, ya que rara vez lo pisaba. ¿Qué mal había en ceder ese espacio de la urbe como espacio lúdico? La melodía de su teléfono móvil interrumpió sus pensamientos. Pablo le llamaba para saber de su encuentro con Mario y para indicarle que un pequeño artefacto había explotado en una papelera de la Casa Batlló. Ese dato le preocupó más que las anteriores bombas, ya que en este caso, se trataba de atentar contra un edificio de Gaudí, el mismo creador de la Sagrada Familia. Salva le explicó a Beatriz las últimas novedades y le propuso acercarse a la zona de las ruinas. Beatriz no se opuso, pero su expresión denotaba que la idea no le atraía.

Entraron en la parada de metro de Paseo de Gracia de la línea dos, situándose en la parte central del andén. A los pocos segundos, apareció la luz del vagón principal por el túnel. Se adelantaron un paso y justo en ese momento, Beatriz notó como alguien le empujaba hacia delante. Salva, aún sin saber cómo, se había dado cuenta y eso le permitió alargar la mano para coger la camisa de Beatriz y tirarla hacia él, en el mismo instante en el que el metro pasaba a gran velocidad por el lugar en el que iba a caer Beatriz.

Los dos se quedaron durante unos segundos abrazados, ella, con la respiración acelerada. Salva reaccionó y miró a su alrededor. Observó cómo entre el gentío había alguien que corría a empujones hacia la escalera de salida.

—¿Estás bien? —Beatriz asintió con la cabeza, con la mirada ausente— Quédate aquí

Con gran trabajo consiguió abrirse camino entre todas las personas del andén y alcanzó la escalera. La persona le llevaba bastante ventaja. Subió las escaleras de dos en dos. La figura mostraba gran agilidad y rapidez, saltando con facilidad por encima de las barreras de salida. Salva le recortó distancias, lo justo para apreciar que llevaba una sudadera con la capucha puesta y unas mallas negras ajustadas. En ese instante, se dio cuenta de que se trataba de una mujer. La figura tenía una constitución delgada y unas curvas de cadera bien definidas. Salieron por las escaleras de Gran Vía, enfrente del cine Comedia, pero la mujer cruzó velozmente el semáforo y se mezcló con los turistas de Paseo de Gracia. Salva había perdido su rastro. En aquel instante, sí que maldijo la presencia de tantos turistas.

Durante el trayecto en el metro, Beatriz logró calmarse aunque aún le temblaban las manos ante la evidencia de que habían intentado matarla. Salva le explicó que no había podido ver mucho, pero podía confirmar que se trataba de una mujer.

La oscuridad de la parada les anunciaba que ya habían llegado: Sagrada Familia. Era uno de esos paisajes que advertían al ser humano que su presencia allí no era bien recibida. Ausente de mantenimiento, estaba deteriorada, la pintura saltada, la mitad de las luces fundidas, suciedad por todos lados. Las paredes mostraban humedad y multitud de baldosas caídas. Una estación al infierno.

Salieron por la escalera de la Calle Mallorca, apartando muchas bolsas de basura y sorteando cuerpos de mendigos estirados en el suelo. Incluso Salva dudó si alguno de ellos estaría ya muerto.

Salva miró el reloj. Eran las cuatro de la tarde. Salieron al exterior y lo primero que percibieron fue un olor fuerte a excrementos. Luego, vino la imagen. Ante sí tenía toda una serie de piedras amontonadas donde antes se erigía el monumento. El gran símbolo de la ciudad.

Los edificios que rodeaban todo el espacio presentaban grietas y algunos, graves síntomas de derrumbe. Todo estaba sucio. Montones de papeles y bolsas de basura llenaban las calles. Varios vagabundos estaban tumbados en el suelo durmiendo a la sombra de los árboles del parque. Se veían pasar perros famélicos a los que se les podía contar las costillas sin ningún problema. También se veía el movimiento de alguna que otra rata gris, tan grande como cualquier gato. La fauna la completaban las gaviotas y los cuervos atraídos por algún que otro rastro de comida en descomposición. Aquello era el apocalipsis. Nada más que eso. La tierra de nadie. La soledad y el deterioro de una ciudad. A medida que se acercaron, apreciaron como todavía seguía en pie una única torre como señal de orgullo de lo que fue en su día el templo. Un templo que buscaba ahora que alguien le entendiera y le diera un significado. Con su torre en pie, parecía un niño que alargaba el brazo para que fuese acunado en los brazos de sus padres.

También se mantenía en pie parte de la fachada de la Gloria. El resto era un cúmulo de bloques de piedras y esculturas. Entre ellos, crecía algún que otro arbusto y muchas hierbas salvajes. Los vecinos no quisieron retirar los escombros una vez se sacaron todos los cuerpos de los fallecidos y los heridos. Quisieron otorgar a la zona una alta carga emotiva, pero tan sólo consiguieron el rechazo de toda la ciudad a unas ruinas que les recordaban sus propios sentimientos quebrados ante la ausencia de uno de sus símbolos más preciados. El silencio del lugar estremecía cada poro de la piel. Cada piedra parecía mirar al osado transeúnte, con una mirada suplicante de ayuda. Ese montón de escombros concentraba la soledad y el dolor.

Salva tenía la sensación de no estar en Barcelona. Parecía más bien los alrededores de la zona de Chernóbil, abandonada por la explosión nuclear. Aquí, sin embargo, no utilizaría un aparato para medir las radiaciones nucleares, sino para evaluar los niveles emotivos.

Las pocas personas que había los miraban con recelo. Eran conscientes de que en el mismo momento en que habían salido del metro, habían llamado la atención y que no habrían pasado desapercibidos para aquellos que se sentían incómodos por su presencia. Salva bordeó los escombros, mirando con atención las piedras y las figuras rotas, brazo aquí, una cara allá, pero no apreció nada significativo. Subió por un gran bloque de piedra y escaló varios pisos de pedruscos. Miró por los huecos de las ruinas. Al descender, se limpió los pantalones de polvo. Dedicaron treinta minutos más a estudiar las ruinas sin más premio que un calor sofocante y la garganta reseca. Regresaron al metro, pero antes de bajar las escaleras un vagabundo agarró el brazo a Salva.

—¿Es usted del... del... CV...? —al hombre parecía costarle articular las palabras ante la escasez de dientes y un avanzado estado de embriaguez.

—Del CVOP. Sí.

—Eso... esto es para usted.

El hombre alargó una mano agrietada, sucia y con la uñas amarillas y le entregó un papel. El vagabundo hizo una sonrisa, mostrando los pocos dientes que le quedaban, de un color amarillo como sus uñas. Salva abrió el papel.

“Te lavo la blanca sábana”. La frase estaba escrita en ordenador.

—¿Quién se lo ha dado?

—Una mujer... bueno, lo sé por la voz... llevaba una capucha... no se le veía la cara. Me dijo que le preguntara si era del CPO ese y que le diera el papel.

El hombre dió un fuerte eructo y sonrió.

Salva miró a su alrededor. Por la descripción que le había dado el viejo, sabía que se refería a la misma persona que había intentado matar a Beatriz en el metro. Le dio al vagabundo un par de monedas, que se guardó rápidamente, para esconderse con rapidez entre las ruinas.

Ya sentados en el vagón, Salva y Beatriz reflexionaron sobre la frase, intentando hallarle un sentido.

—Blanca sábana. Es decir, estamos investigando un grupo de Rebeldes que ponen bombas y recibimos esta estúpida pregunta.

Miró el vagón y vio a gente indefensa: niños, mujeres, ancianos. Unos adolescentes besándose. Una chica muy guapa leyendo su libro electrónico. Y turistas, decenas de ellos. Todos eran posibles víctimas de aquellos salvajes. De repente, Beatriz interrumpió sus reflexiones con una pregunta.

—Oye, ¿tú crees que hacemos bien controlando la opinión de la gente a nuestro antojo?

Salva miró asombrado a Beatriz.

—No es a nuestro antojo. Es por el bien del orden y del equilibrio. No entiendes que no podemos dejar en libertad las emociones de la población.

—Ya. Pero pienso que en esa opinión pública también estamos nosotros incluidos...

—No te confundas —le cortó Salva—, tú sabes qué noticias son inventadas, creadas o exageradas y cuáles no y por tanto tus emociones no son las mismas que el resto.

Salva miró hacia otro lado para poner fin a la conversación pues no soportaba que la gente dudase del sistema actual de control de emociones, y menos alguien del propio CVOP. Sabía que había muchas personas del CVOP que dudaba de su legitimidad, pero él pensaba que estos, lo más seguro, es que aún no habían comprendido que la especie humana no podía tener libertad de sentir. Libertad de pensamiento sí, pero de sentir, no.

“Una idea sin sentimiento no avanza”, ese era el lema del manual del CVOP que se les entregaba a los nuevos trabajadores.

En ese mismo instante, Diego, el contrabandista de emociones más buscado de toda Barcelona, pagaba las tres cervezas que habían consumido en el Pub Correos, llamado así porque antiguamente en el edificio de paseo Colón con Vía Laietana estaba ubicada la sede central de Correos y Telégrafos, pero ante la sideral proyección de los correos electrónicos y los móviles, el correo ordinario desapareció en 2025. Se habían respetado la gran claraboya y las pinturas originales del interior, pero se habían abierto bares y restaurantes en el interior. Diego explicaba a las dos personas con las que se había entrevistado que sería mejor que salieran por separado. El hombre, alto, fuerte, de cabello rubio intenso y un bigotito que marcaba justo su labio superior, le apretó la mano con firmeza. Antes de irse, el hombre le dijo algo que no comprendió hasta más tarde.

—Le aconsejo que no quiera saber hacia donde apunta el dedo de Colón.

La mujer se mantuvo en silencio. Diego no podía evitar mirarle la marca de la cara. Partiendo de la parte izquierda de la frente nacía una cicatriz que le cruzaba todo ese lado de forma vertical hasta llegar a la barbilla. La cicatriz era fina pero en algunos trazos de la mejilla se ensanchaba. Su ojo izquierdo estaba levemente cerrado, debido a la misma lesión que debió provocar la cicatriz. Diego la miraba, esperando alguna reacción.

Reconocía que a pesar de esas dos señales en la cara, la mujer poseía un atractivo físico lejos de los cánones de belleza. Su pelo moreno caía hasta los hombros, algo ondulado. El ojo derecho, bien abierto, poseía una fuerza cautivadora. Durante la reunión, la mujer se había mantenido al margen, realizando alguna apreciación puntual, con el semblante serio.

Diego esperó quince minutos y salió al exterior del edificio. Lo primero que vio fue la obra tan extraña, parecida a una cara hecha con piezas de cerámica de colores. La figura, mostraba dos lados distintos, uno más liso y el otro con topos, le hizo pensar en la mujer, que lejos de esconder sus marcas, las usaba como señal de identidad y de autoconfianza. Parecía ser su seña de identidad.

Diego caminó por el paseo Colón reflexionando sobre el pacto realizado. Él se encargaría de suministrarles dos millones de pastillas Limbis y también elaboraría diez mil litros de la sustancia en estado líquido en diez bidones de mil litros cada uno. Aquello le generaría unos ingresos de trescientos millones de euros. Diego no había preguntado para qué querían todo ese material, ya que a él lo único que le importaba era el dinero. Era la segunda vez que se encontraban. La anterior había sido hacía quince días y le habían pedido tres mil Limbis que le pagaron al momento. Seguía sin saber cuáles eran sus nombres. Aquella primera vez, la mujer le hizo la pregunta que tantos le hacían.

—¿Por qué se llaman Limbis?

—En referencia al sistema límbico, ya sabes, la parte del cerebro que regula las emociones.

Eran ya las seis de la tarde y el calor era sofocante. Siguió caminando hacia la estatua de Colón, mientras pensaba que seguramente se estaba metiendo en un buen lío, pero le daba igual, llevaba toda la vida metido en ellos. Diego había estado cuatros años fuera de Barcelona porque le colocaron el cartel del hombre más buscado de la ciudad tras el escándalo de la maratón. Diego vendió pastillas Limbis a los corredores como vitaminas para afrontar la maratón que se iba a realizar en Barcelona. Eran Limbis de Euforia, para que el corredor se creyera capaz de ganar la maratón. Sin embargo, el problema surgió cuando los maratonianos, invadidos por esa euforia de superación, siguieron corriendo y compitiendo entre ellos, lo que provocó la muerte de 23 corredores por ataques de corazón, deshidratación y otras lesiones, sumado a los 44 ingresados por otros tipos de dolencias.

Sus recuerdos volvieron al presente de inmediato ante el sonido de una fuerte explosión. El ruido procedía de enfrente. Avanzó rápidamente en sentido contrario al de las personas que huían. Diego se detuvo al ver como la estatua de Colón se tambaleaba como si dudara en dejarse caer al vacío. Una nube de polvo y humo se levantó por encima de la ciudad, visible desde los cruceros de lujo que estaban amarrados y los que se acercaban al puerto. La bomba, situada en la base de la columna de hierro que soportaba la estatua, había dañado por completo la estructura. En cuestión de pocos segundos, la columna se balanceó y cayó hacia el lado de las Ramblas de Barcelona. En el choque contra el suelo, la estatua se quebró y el brazo y la cabeza se separaron del cuerpo.

Colón llevaba señalando el mar desde 1888. Sus sesenta metros de altura habían quedado reducidos a una pila de escombros. La sirenas de la policía, los bomberos y las ambulancias

sonaban por los alrededores con gran fuerza, ahogando los gritos de dolor de las personas. Era el momento idóneo para desaparecer, pensó Diego.

Mientras se alejaba, recordó las palabras del hombre: “Le aconsejo que no quiera saber hacia donde apunta el dedo de Colón.” Aquello le provocó un escalofrío. Algo raro en él.

Salva atendió a las explicaciones que le daba Mauro sobre el atentado en la estatua de Colón. El balance había sido de dos muertos y cinco heridos. La situación se había descontrolado y los niveles del Sentímetro habían dado unos resultados un tanto alarmantes, ya que, tras el atentado de la estatua de Colón, este se colocó en nivel Tristeza, respuesta Decaimiento, pero en tan sólo dos segundos y tres centésimas después pasó a nivel Miedo, respuesta Ansiedad.

Salva miró su reloj, las siete de la tarde. Pensó que tal como iba el día no podría ir a correr por el paseo marítimo como hacía cada noche. Correr le permitía evadirse de las tensiones del día, al tiempo que sentía la sensación de superación consigo mismo. También le permitía mantenerse en ese pequeño porcentaje de la población que no tenía sobrepeso.

La actividad de correr era bien vista por el CVOP, así como el pádel, el tenis, el frontón y el golf, sin embargo, el fútbol y el baloncesto eran deportes que no podían ser practicados libremente si no se recibía un permiso especial del departamento de Actividades Físicas en Grupo del Ayuntamiento. Cualquier actividad deportiva que implicara diez personas o más debía realizarse bajo dicho permiso. Desde que el CIP y el Sentímetro entraron en funcionamiento, se detectaron muchos niveles de Ira, respuesta Queja en subgrupos que jugaban o bien a fútbol o bien a baloncesto. Y ello coincidía con una de las leyes del CVOP: Vigilar las concentraciones de más de 10 personas.

La puerta se abrió y entró Pablo acompañado de un hombre joven, de edad parecida a Salva, de unos treinta y pocos, con el pelo engominado hacia atrás, traje gris, corbata negra y camisa blanca y un maletín negro en la mano. Fue presentado como el Inspector de Policía Castro.

Pablo les comunicó que a partir de ahora el inspector trabajaría con ellos. Todavía no tenían autoría del atentado de Colón, pero habían encontrado una estatua que no correspondía al conjunto del monumento; una figura de un rey mago. Perteneecía al conjunto de la Adoración de los Reyes que había en la Sagrada Familia.

—Sí y, además —intervino el inspector—, comentaros que hemos hallado otra pista en la base de la estatua del rey mago; había un papel pegado.

Inspector Castro dejó sobre la mesa la Tablet. En la pantalla se veía una fotografía a un trozo de papel dentro de una bolsa de plástico. En él se leía una frase: “¿Te lavo la blanca sábana?”.

—Esta frase ya la he leído antes —dijo Salva.

—¿Cómo? —exclamó Pablo.

Salva les explicó el incidente del metro y cómo luego, al visitar las ruinas, el vagabundo les dio el papel con el mensaje “¿Te lavo la blanca sábana?”.

—¿Qué hacíais en las ruinas? —preguntó el inspector Castro.

—Nos lo aconsejó un confidente al que fuimos a pedirle información —Salva miró a Pablo de soslayo.

Este comprendió al instante a quien se refería.

El inspector le solicitó una descripción, pero Salva explicó que solo pudo ver la sudadera y confirmar que se trataba de una mujer por la silueta.

No tenían nada más que esa incoherente frase. Ante el silencio impotente que reinaba en la

sala, Salva se acordó del detalle de la Serotonina en la piedra y así se lo hizo notar a Pablo, quien les explicó que la serotonina es un neurotransmisor del sistema nervioso central, jugando un papel importante en la inhibición de la ira, de la agresión, la temperatura corporal, el humor, el sueño, el vómito, la sexualidad y el apetito. Estas inhibiciones están relacionadas directamente con síntomas de depresión. Particularmente, los antidepresivos se ocupan de modificar los niveles de serotonina en el individuo.

—Vaya, sí que es importante el bicho este.

Salva miró al inspector con cierta molestia. No le gustaba aquel tono chistoso utilizado por aquel tipo que parecía estar por encima de todos.

—Sí, más de lo que te crees. Piensa que también actúa como reloj interno de nuestro cuerpo, lo que a su vez determina nuestros ciclos de sueño y vigilia. Sin olvidar que tiene una función crucial en la densidad y estructura ósea. Las personas que toman antidepresivos del tipo inhibidores de la recepción de la serotonina, pueden generar osteoporosis.

—Muy bien, desconocía el papel de la Serotonina. Sin embargo hay que aclarar una cosa. ¿Qué hace un neurotransmisor en una piedra?

Nadie respondió a la pregunta del Inspector Castro.

3

24 de agosto del 2035

Una espesa niebla cubría todo. Salva caminaba con cuidado. Se movía entre las ruinas de la Sagrada Familia. Al pisar un bloque notaba como éste temblaba y estaba a punto de perder el equilibrio. De repente, en frente suyo, se oían piedras caerse. Una sombra se acercaba, pero no conseguía distinguir quién era, pues la niebla era muy intensa. Ante él, aparecía la estatua de Colón sin el brazo extendido, echando fuego por los ojos. Salva huía a toda prisa pero no conseguía avanzar debido a que las piedras que pisaba se deshacían como si fueran de arena. La estatua de Colón se acercaba cada vez más. Abrió la boca y emitía un extraño sonido. Ring. Ring. Ring.

Salva se despertó aún confuso por el sueño y dolorido por quedarse dormido en el sofá. En el salón había una leve iluminación de la pantalla del ordenador que se había dejado encendido. Por lo demás, todo estaba igual de oscuro que cuando llegó. El teléfono seguía sonando con insistencia. Salva se frotó los ojos y miró el reloj. Las cuatro y media de la madrugada. Era Mauro que le informaba de que había estallado otra bomba, en la fachada de la casa Batlló. Por lo visto un balcón había quedado destrozado y un turista muerto que pasaba por allí. Tenían que verse en el CVOP.

A las cinco y cuarto de la mañana llegaba al CVOP. Vió varios coches aparcados y personas que ya estaban en plena acción. Aunque era madrugada, se notaba ya una temperatura elevada. Nada más entrar se paró en la máquina de café y marcó uno bien largo. Se dirigió a la sala de reuniones y allí encontró a Pablo, Mauro y al inspector Castro.

—Beatriz está de camino —le aclaró Pablo, como si le leyera el pensamiento.

Todos los presentes ofrecían un aspecto un tanto siniestro, con ojeras en los ojos y el pelo algo revuelto. Parecían zombis a punto de atacar la humanidad.

Encima de la mesa había una tablet para cada uno. Al encenderla, Salva vio el informe de la policía sobre la bomba en la casa Batlló. Deslizó el dedo sobre la pantalla para pasar la

siguiente hoja en la que se exponía un resumen de los resultados del Sentímetro en las últimas horas.

—Lo que estáis leyendo es lo que hemos registrado desde la una de la madrugada hasta las cinco. La bomba ha explotado en Les Corts. Una hora antes, teníamos un nivel Ira, respuesta Manifestación en dicha zona. A la misma hora, en Sant Martí, obteníamos nivel Asco, respuesta Saboteo. Justo cuando estallaba la bomba, en Gracia, el Sentímetro detectaba un nivel Ira, respuesta Queja y en Sarria, nivel Asco, respuesta Batalla. Treinta minutos después, en el Eixemple, obteníamos un nivel Ira, respuesta Queja. Bien. O nuestro sistema se ha vuelto loco o tenemos un problema gordo con los ciudadanos.

—Pablo, ¿y la Zona Cero? ¿No se ha detectado nada? —dijo Salva.

—Pues ahora que lo dices no. Que raro... ¡y hablando de rarezas! Mirad la siguiente hoja.

En aquel instante entró Beatriz, con leves ojeras y bostezando. Todos se concentraron en leer la hoja referida por Pablo. Se trataba del análisis químico de la estatua del rey mago encontrada en las ruinas del atentado del Monumento a Colón. La datación confirmaba que pertenecía al templo. En negrita se resaltaba que se habían encontrado altos índices de Norepinefrina, conocida también como noradrenalina. A continuación exponía las características de dicho neurotransmisor. Se trataba de una hormona adrenérgica que actuaba aumentando la presión arterial. Era importante para controlar los patrones de sueño y se había demostrado que la ausencia de noradrenalina en el cerebro producía una disminución del impulso y la motivación y se podía relacionar con la depresión. Además, tenía que ver con los impulsos de ira y placer sexual. Un alto nivel de secreción de noradrenalina aumentaba el estado de vigilia, con lo que se incrementaba el estado de alerta en la persona, y se facilitaba también la disponibilidad para actuar frente a un estímulo. Y, al contrario, unos bajos niveles de ésta secreción causaba un aumento en la somnolencia, y estos bajos niveles podían ser una causa de la depresión.

—Otro neurotransmisor en una piedra. Esto ya no es casualidad. Y la tipología no parece ser aleatoria.

—Tienes razón, Salva. Faltan nueve días para el 25 aniversario del Derrumbe y el aire que va tomando todo esto no me gusta. Bombas por todos lados, piedras que aparecen pertenecientes a las Ruinas, neurotransmisores presentes en piedras. Esta en concreto parece avisarnos que hay que estar alerta o que la ciudad entrará en un estado de depresión. No lo sé, de verdad. Hay que apretar más. Os quiero con los cinco sentidos puestos en el Sentímetro, en las bombas, en la Zona Cero y en lo que sea.

De repente, una mujer con problemas de obesidad extrema entró en la sala y comentó algo al oído de Pablo.

—Han encontrado una pintada en la fachada de Casta Batlló: “13:00. Destino: Una fuente desaparecerá”.

—¿Una fuente desaparecerá?. Ya se cargaron la fuente Mágica de Montjuic. ¿A cuál se refieren estos desgraciados? —dijo Mauro.

—No lo sé pero es un mensaje claro y directo. A la una del mediodía explotará otra bomba, no tengo ninguna duda.

En el CVOP la alarma saltó debido a un nivel de Ira, respuesta Queja de toda la ciudad de Barcelona como consecuencia de los continuos atentados ocurridos por todo el territorio. Tras una reunión urgente con el Centro de Información, se decidió dar tres noticias al mismo tiempo por televisión, radios y periódicos. La primera, sería informar que los impuestos de la luz, el gas y el

agua descenderían en el último trimestre del año. Luego, se diría que el paro había descendido en el último mes en un treinta por ciento. Y finalmente, se eliminaría la prohibición de fumar en los bares y restaurantes. Con estas medidas se esperaba que la población volviera en pocos minutos a nivel Incertidumbre, respuesta Sumiso.

A las diez y media de la mañana Sonia oyó todas estas noticias estirada en el sofá de su casa en la Zona Cero. No pudo evitar sonreír con tristeza ante la manipulación que ejercían los medios sobre la opinión pública. Había cronometrado el tiempo dedicado a los diferentes temas. Ocho minutos y cuarenta segundos a hablar de estas nuevas noticias y un minuto y ocho segundos a mencionar el atentado de la Casa Batlló. Habían actuado con rapidez en propagar los mensajes positivos para contrarrestar los sentimientos negativos que hubiesen podido generar las bombas de estos días. Eran buenos, eso no podía negarlo.

Para calmarse, se acarició la cicatriz. Era un tic que le permitía relajarse y recordarle que nada era lo que parecía. Ya faltaba poco, se decía. Se acercó a la ventana con un cigarro en la mano. Abajo vio todo su mundo, su vida, su historia. Las ruinas.

Sonia tenía 34 años. El día del Derrumbe ella tenía nueve años. Y estaba allí. Aquel día, iba a ver, junto a sus compañeros de clase del colegio, la Sagrada Familia. Su madre le dijo antes de salir: “ya verás que bonita es y que altas”. Recordaba haber chocado con una guía muy guapa y que habló con ella. Su primer recuerdo del suceso iba asociado a un fuerte sonido y temblor a sus pies. Luego, gritos y empujones, gente corriendo y piedras que caían. Lo último que recordaba era una figura de piedra que caía sobre ella y le daba en la cara. Ese bloque le dejó para siempre la marca en la cara de una cicatriz y un ojo medio cerrado. Cuando creció y supo de la introducción del CIP, decidió convertirse en una rebelde y se unió a los Sin Identidad. El grupo la acogió encantado. ¡Una superviviente del Derrumbe y con una marca! Sonia no lo dudó ni un instante, buscó una casa cerca de las ruinas. No le costó mucho encontrarlo, pues la Zona Cero estaba medio abandonado y nadie quería instalarse allí y, menos, cerca de las ruinas.

Cada mañana, antes de desayunar, se acercaba a la ventana y las miraba. Las ruinas de la Sagrada Familia eran para ella el reflejo de la sociedad; personas que intentaban mantener en pie algo de su monumento original, pero que tan sólo estaban formadas de escombros y desperdicios de lo que fueron. La opinión pública vivía bajo las ruinas de lo que fue un día la verdad y la conciencia de opinión libre.

El teléfono sonó. Al descolgar oyó la voz de Iván que le preguntó si había visto las noticias.

—Sí, son rápidos. Hay que distraer su atención para que no lleguen a tiempo a la una. Ya me encargo yo.

—De acuerdo. Ve con cuidado.

Sonia marcó un número tras colgar y transmitió un mensaje a un miembro de los Sin Identidad.

Los informes del Sentímetro se mantenían estables. Beatriz salió de la sala de reuniones para hacer algunas llamadas, Mauro atendió a un chico que le había traído una hoja electrónica con algún dato, el Inspector Castro dio instrucciones a su equipo a través del teléfono móvil y Pablo se había ido para atender a un responsable del Centro de Información. Mientras tanto, Salva se había quedado sentado, jugando con su bolígrafo táctil. ¿Cuántas fuentes habrá en Barcelona?, se preguntaba.

—¿En qué piensas? —Beatriz había entrado en la sala sin que Salva se hubiera dado

cuenta.

—En las fuentes. ¿Qué fuentes hay en Barcelona que sean importantes?

—Pues no lo sé. Y además, ¿importante para quién?

Salva miró fijamente a Beatriz con el ceño fruncido. La pregunta que había formulado le hizo pensar.

—¿Para quién? —repite— ¿A qué te refieres?

—Pues importante para los turistas, para los barceloneses, para los niños, para los viejos del lugar,...

—¿Acaso hay alguna diferencia?

—Bueno, para los turistas la que más destaca es la de Montjuic, pero para los barceloneses será la de Canaletes. Y para los viejos del lugar pues habrá...

—¡Dios! ¡Llama a Pablo! —Salva se levantó de golpe y corrió hacia fuera de la sala— ¡Te espero fuera! Dile que vamos a la Ramblas.

El taxi se detuvo al final de la calle Pelayo. Faltaban quince minutos para la una, cuando Salva y Beatriz corrían hacia la fuente de Canaletes situada en la Ramblas, en el tramo conocido como Rambla de Canaletes. Se acercaron a la fuente y vieron que no había nada extraño en ella. Ni una bolsa, ni mochila, ni nada fuera de lugar. Se alejaron un poco, procurando tener buena visión de la fuente. Atenta a su alrededor, Beatriz se dirigió a Salva.

—Sabes, hay una leyenda que dice que aquel o aquella que beba de su agua volverá a Barcelona.

—Pues procuremos que la gente pueda seguir bebiendo.

Las Ramblas estaban llenas de turistas, de estatuas vivientes y de carteristas. Todos se mezclaban formando un mosaico de vivencias únicas en el mundo. Salva reflexionaba sobre lo que le dijo Mario, el periodista, de que el centro de la ciudad era un gran centro comercial al aire libre. Si miraba los rostros de las transeúntes, podía apreciar todo tipo de nacionalidades. Salvo barceloneses. De pronto, vio un chico joven, con gorra deportiva que le tapaba la cara y una mochila al hombro, que se acercaba a la fuente mirando a un lado y a otro. Salva notó como sus músculos se ponían tensos.

Las doce y cincuenta y cinco. Tenía que ser él. Salva le hizo una señal a Beatriz que asintió y se acercó al chico para preguntarle la hora, mientras Salva iba por detrás de él.

—Son casi la una —le temblaba la voz.

—¿Qué llevas en la mochila?

El chico se giró asustado al oír la voz de Salva detrás de él. Sin casi darse cuenta, Beatriz le había doblado el brazo por detrás, inmovilizándolo. Salva aprovechó aquel momento para cogerle la mochila y abrirla. Dentro había goma-2 y un sistema de cableado suficiente para levantar varios metros del suelo la fuente de Canaletes.

El chico estaba sentado en una silla de la sala de interrogatorios de la comisaría central, ubicada en lo que antes era la antigua plaza de toros Monumental. El edificio se remodeló, tras prohibirse totalmente en Cataluña cualquier corrida de toros y se mantuvo la estructura y la fachada, pero por dentro se construyeron multitud de plantas, salas y una bóveda acristalada. El edificio estaba situado muy cerca de la Zona Cero con lo que permitía mantener controladas las trifulcas que se pudieran generar allí.

Ya no llevaba la gorra deportiva, por lo que se apreciaba su pelo rubio bien corto. Tenía apenas diecinueve años y su nombre era Abel. El inspector Castro y Salva entraron en la sala y se

sentaron justo delante de él, con semblante serio y amenazador. En una sala contigua estaban Pablo y Beatriz, observando la situación a través de un espejo que les permitía ver a través de él sin ser vistos y oír lo que se decía mediante micrófonos.

—Hola Abel. Soy el Inspector Castro y él es Salva, miembro del equipo de investigación perteneciente al CVOP.

Justo al nombrar las siglas, Abel escupió al suelo.

—Bien, ahora que te has limpiado la boca, dime, ¿quién te dio la mochila?

—La encontré por la calle —el tono del chico era desafiante, sin ningún matiz de colaboración.

—Ya. Y no miraste lo que había dentro.

—Sí. Iba a buscar un agente para entregársela —al decir esto mostró una maliciosa sonrisa.

—Claro. ¿Y por qué llevabas en el bolsillo un mando para accionar la bomba?

—Lo retiré de la mochila para que no se activara sola.

El inspector Castro inspiró aire. Salva le miró sin saber qué ocurría. Sin embargo, la explosión de ira de Castro cogió a todos por sorpresa, incluso a los que estaban tras el espejo, que dieron un pequeño salto del susto.

—¡Te crees que soy imbécil! —El inspector Castro dio un puñetazo a la mesa— ¡No me vaciles! —el inspector se inclinó hacia Abel— Vas a tener muchos problemas, así que lo mejor es que empieces a colaborar, desgraciado.

Salva miró de reojo al inspector con cierto desagrado y luego fijó la vista en el espejo, consciente de que tras él estaban Pablo y Beatriz. Sabía que con esa actitud de Castro no iban a conseguir nada, de modo que decidió intervenir. No sabía si estaría infringiendo alguna norma, pero bien mirado, le había dejado entrar por algo.

—Mira Abel, sabemos que ibas a colocar la bomba en la fuente de Canaletes y sabemos que la hora fijada era la una del mediodía. También sabemos que la mochila no la has preparado tú, pues sólo hay huellas tuyas por fuera, mientras que por dentro está limpia, así que te podríamos echar una mano en este sentido intercediendo ante el juez respecto a tu inocencia en la preparación. Y hay algo que sabemos que tú no sabes —Salva tomó aire. Iba jugarse un farol, un as para exponer encima de la mesa el tan soñado póker de ases—. Tu detonador no tenía las conexiones hechas. No hubiera funcionado nunca en la vida.

La cara de Abel había perdido color de golpe. Su actitud chulesca se derritió como un simple cubito de hielo colocado encima de una barbacoa. Un leve sudor recorrió su frente. Su mirada transmitía cierta desolación.

—Me explico. Te han enviado allí como cabeza de turco. Sabían que te esperábamos allí y te han enviado para que te cogiéramos y te responsabilicemos de todos los atentados. Les interesaba que fracasaras y así acusarte de todos los atentados.

Aquellas palabras parecieron despertar a Abel, que apretó los puños con fuerza.

—¡Eso es mentira! Ellos me lo dieron todo bien preparado. La mujer me dijo que no tendría ningún problema.

El inspector se levantó y se acercó poco a poco a Abel, hasta colocarse detrás de él.

—¿Una mujer? Pues parece que la mujer te ha jodido bien. ¿Cómo es esa mujer? ¿Cómo se llama?

—Nunca la llegué a ver. Siempre he hablado con ella por teléfono... No diré nada más.

Con un movimiento rápido, como el gato que salta sobre su presa tras minutos y minutos de espera, el inspector Castro cogió por el cuello a Abel y lo aplastó contra la pared. Mantenía una

mano en la garganta que iba apretando poco a poco. Por primera vez, Salva vio el miedo en los ojos de Abel. Su respiración era cada vez más entrecortada. Entonces, se dio cuenta de que no era más que un crío apresado en las redes de ideales utópicos y nostálgicos de un grupo de descerebrados.

—¡Sonia! ¡Sonia! —Gritó Abel— Sólo sé eso, que se llama Sonia. No tengo número ni nada, tan sólo me llaman y siempre aparece número oculto —Cada vez se le entendía menos, ya que el chico empezó a sollozar, consciente de que había traicionado a su gente.

—Está bien. Siéntate. ¿Eres de los de Sin Identidad? —le preguntó una vez que Abel se había sentado de nuevo.

—Sí —ya no había miedo ni tristeza, si no orgullo al responder.

—¿Por qué? —A Salva esa pregunta le brotó sin querer. No le dio tiempo a reprimirla — Quiero decir, tienes diecinueve años. Tú no has vivido lo peor del Derrumbe.

—¿No? Mi madre murió en él. Luego mi padre se dio a la bebida y mi vida se convirtió en una ruina, al igual que la Sagrada Familia. Todo es una ruina.

Pablo, Salva, el inspector Castro y Beatriz estaban sentados en la misma sala de interrogatorios una vez que ya se habían llevado a Abel. Les habían traído unos bocadillos de hamburguesa y Frankfurt.

—Bien, tenemos un nombre y sabemos que están bien estructurados y con los procedimientos bien claros. No toman riesgos. No saben los teléfonos y sólo pueden recibir llamadas.

—Hay otro detalle importante —Todos miraron atentamente a Salva para que prosiguiera, tras dar un sorbo a su refresco—. Podemos afirmar que los Sin Identidad no son cuatro gatos. Es algo que no sólo agrupa a gente que vivió el Derrumbe, si no también a generaciones posteriores y les inculcan bien el odio hacia la ciudad. Creo que hay que hablar de nuevo con Mario para obtener más datos.

Pablo asintió y Salva llamó de inmediato por teléfono a Mario que acordaron en verse en veinte minutos en un bar de la Plaza Francesc Macià.

Salva y Beatriz salieron rápidamente hacia allí. En la terraza, les esperaba Mario con una cerveza y leyendo una tableta electrónica.

—Ya has visto que los Sin Identidad van en serio —le dijo Salva a Mario tras pedirle al camarero dos cervezas y unas aceitunas.

—Sí, sí. No me esperaba algo así. ¿Para qué querías verme de nuevo?

Salva le puso al día de los últimos acontecimientos y le detalló cómo habían conseguido abortar el atentado a la fuente de Canaletes.

—Sonia —Salva fue directo al asunto, sin rodeos ni envoltorios.

—¿Cómo?

—¿Quién es Sonia?

—Es alguien de la cúpula de los Rebeldes, pero no creo...

—Mario, creo que sabes más de lo que nos dices. Nos dijiste que echáramos un vistazo a las ruinas y allí nos dieron un mensaje. Y recuerdo que hablabas con cierto rechazo de la invasión turística que sufría Barcelona. Si puedes ayudarnos, te pido por favor que colabores. Ya ves que no son simples petardos. Están muriendo personas.

Mario se mantuvo en silencio, dándole vueltas a una aceituna que había cogido con los

dedos. No lo había compartido con nadie, pero Salva había tenido la sensación de que Mario escondía algo desde que se entrevistaron la primera vez. Tras apurar la cerveza de un trago y pedir otra, Mario les aclaró ciertos detalles.

—Sonia es Sin Identidad. Bueno, hay dos personas que son las mentes pensantes de los Rebeldes: Iván y Sonia. Sonia es una superviviente del Derrumbe. Es una mujer fuerte, fría y dura. Tiene muy claro que el fin que busca la organización justifica los medios.

—Por lo que parece se encarga de hacer las llamadas y dar la orden de colocar las bombas —aclaró Beatriz.

—No lo sé, pero puede ser. Cuando estuve infiltrado solo la vi una vez de lejos pero se le ve enérgica, una mujer de acción.

—¿Cómo es? —Salva sacó una libreta electrónica y un bolígrafo táctil para tomar nota.

—Es morena, con el pelo algo ondulado. Pero lo que destaca de ella es una cicatriz que le recorre la cara en el lado izquierdo y el ojo de ese mismo lado medio cerrado, consecuencias del Derrumbe.

—¿Y ese Iván?

—Tiene mucho dinero. Supongo que es quien provee al grupo de todos los medios. Es un tipo alto, de constitución fuerte, rubio, pelo corto y con un bigote. No sé. Dicen que es bastante nervioso y que es muy agresivo.

—El chico que cogimos tiene diecinueve años y nos dijo que su madre murió en el Derrumbe. Dime, ¿cuántos pueden formar el grupo Sin Identidad?

—Es difícil de decir...

—Dame una cifra.

—Alrededor de cuatro mil personas.

Salva y Beatriz se miraron asombrados por el número. Nadie dijo nada durante los siguientes dos minutos. Finalmente, Beatriz habló.

—¿Cuatro mil? Pero...pero... ¿tantas personas hay con ansias de poder destrozarse monumentos?

—No lo entendéis, ¿verdad? Barcelona ha dejado de ser una ciudad para convertirse en una tienda más. Es un gran escaparate enseñando sus productos. Nadie se preocupa por conocer la historia, las costumbres, los hábitos, la forma de ser de la gente del lugar. Cientos, miles y miles de turistas que se acercan a un monumento, hacen diez fotos y se van al siguiente. Y durante su paso, destrozan la ciudad, la ensucian, la maltratan ¿Qué ocurriría si no hubiera monumentos? ¿Qué aliciente tendría la ciudad? Pues eso lo saben los de la Zona Cero, los Rebeldes. Que Barcelona ya no interesaría. Sin Sagrada Familia cayeron en el olvido, ni siquiera tienen beneficios por los impuestos ya que su zona no tiene ninguna atracción. Sin monumentos, tu identidad cae a pedazos conformando unas ruinas olvidadas.

—Parece que simpatizas mucho con ellos —dijo Salva, pendiente de su reacción.

—No soy de ellos, si es lo que insinúas, pero comparto su opinión de que la ciudad vive de y por el turismo.

Salva notó cierta hostilidad en Mario y pensó, de nuevo, que les ocultaba algo más, sin embargo decidió no apretar más por temor a perder el contacto.

—Bien, si necesito cualquier cosa, ya te volveré a llamar.

—Cuando quieras.

Se despidieron fríamente. Salva y Beatriz volvieron al CVOP.

El Paseo de Lluís Companys estaba lleno de autocares y turistas que se apresuraban para realizar sus disparos fotográficos al Arco de Triunfo que presentaba los daños ocasionados por la bomba en la pata derecha. El calor era ahora, a las cinco de la tarde, asfixiante, marcando 36 grados en un termómetro digital cercano. Un grupo de alemanes se sentaron en el suelo, aprovechando la sombra que proyectaba el mismo monumento. Algunos de ellos aprovecharon esa pausa para comer un bocadillo o beber algún refresco. Un grupo de turistas franceses pasaron cerca y los alemanes empezaron a silbar a las chicas. Derek tocó el brazo de su amigo Hansel para que mirase a una de las chicas con minifalda. Los dos soplaron y se pusieron las manos en la cabeza. Mientras tanto, unos rusos sacaron una pelota e hicieron un círculo. Se pasaban el balón entre ellos. Una mujer con sudadera y la capucha colocada en la cabeza se acercó hacia el Arco de Triunfo con dos mochilas. Derek se fijó en la mujer, pensando que debía estar sudando lo suyo por llevar la sudadera puesta. Hansel le golpeó el brazo con el codo para que mirase un par de chicas nuevas que pasaban con unas faldas muy ajustadas y los dos volvieron a silbar al mismo tiempo, con lo que Derek no pudo ver cómo la mujer dejaba las dos mochilas en el suelo, en la pata derecha.

Al cabo de cinco minutos, una fuerte explosión destrozó el Arco de Triunfo, ya que el soporte derecho se agrietó totalmente y el monumento cayó por ese lado, haciéndose añicos.

Las ambulancias atendieron a varios heridos, mientras que la policía acordonaba toda la zona. El inspector Castro hablaba con un agente y éste le señaló a un chico con una brecha en la frente y con una hemorragia importante. El chico mantenía presionada la herida con la camiseta de un compañero suyo. El inspector se acercó a la guía y le dijo que le acompañase para hacer de traductora. Castro se acercó al chico y, tras preguntarle cómo se encontraba, abordó el tema que le interesaba.

—Me han dicho que viste algo extraño.

—Sí. Estábamos sentados tranquilamente bajo la sombra del Arco — la traductora hizo una pausa para que el chico continuase y poder traducir lo que estaba explicando—, cuando vi a una mujer que caminaba con una sudadera y con la capucha puesta. Me extrañó porque con el calor que hace pensé que debía estar asfixiándose.

—¿Qué más viste?

—Llevaba dos mochilas colgadas en el hombro. No pude ver nada más. Luego me distraje con otra cosa —sus mejillas se enrojecieron un poco al pensar que se había fijado en unas chicas.

Las cadenas de televisión difundieron la noticia del atentado, con el balance de cuatro muertos y treinta y tres heridos. Al subirse al coche, el inspector llamó a Salva para darle a conocer los datos obtenidos del turista alemán. Los dos coincidieron en que se trataba de la misma mujer que empujó a Beatriz en el metro y que luego dio la nota al vagabundo en las ruinas.

—Ha de ser Sonia.

—Sí —coincidió Salva.

El Sentímetro hizo saltar la alarma al detectar un nivel Asco, respuesta Saboteo. La ubicación era en el Hotel Avenida Palace, situado en la Gran Vía de les Corts Catalanes. Los miembros del CVOP llamaron rápidamente a la comisaría central para dar la alarma e inmediatamente, los agentes que estaban disponibles se dirigieron al lugar indicado. La alarma se intensificó al comprobar que en la sala de reunión había un encuentro del Partido Ciudadano Obrero. En la comisaría de la Monumental tan sólo quedaron oficinistas.

Iván aprovechó el momento para entrar y presentarse como el técnico que venía a verificar el sistema eléctrico del edificio. Iba vestido con un mono de taller, todo sucio de grasa. Nadie le prestó atención. De su bolsillo, Iván sacó una pequeña tableta electrónica y en ella apareció el plano del edificio. Accedió a la escalera de emergencia y bajó hasta los calabozos. Había un guardia vigilando la entrada. En este caso, Iván cambió el argumento; venía a revisar los aires acondicionados. El guardia se encogió de hombros y con la mano extendida le señaló el pasillo.

—Tú mismo. Son todo tuyos.

Iván recorrió el pasillo, sonriendo. Controláis a la gente, pero sois más estúpidos que unos simples chimpancés. A cada lado había celdas con puertas electrónicas con una ventanita pequeña. Se abrían con una tarjeta codificada. En la celda número cinco localizó a Abel. Introdujo una tarjeta conectada a la tableta que, mediante un programa creado por uno de los Rebeldes, le permitió abrir la puerta. Abel, sentado en la cama, se levantó de golpe. Al ver a Iván, sus labios dibujaron una gran sonrisa.

—¡Jefe!

—Hola Abel. ¿Cómo estás?

Lo dos se abrazaron con fuerza.

—Oye, he venido para decirte que estás haciendo las cosas muy bien. ¿Has dicho algo comprometedor?

—No, no. Nada.

—Bien, muy bien —Iván colocó una mano sobre el hombro de Abel—. Mira, necesito que estés aquí unos días más. Seguramente dentro de poco te trasladarán al juzgado. Será en ese momento en que abordaremos la furgoneta y te liberaremos.

—¡Genial! —Abel estaba emocionado. Iban a montar un dispositivo espectacular para salvarlo.

—Ya sabes que no te dejaremos solo —Mientras tanto, Iván había sacado distraídamente una botella de agua fresca y le dio un buen sorbo—. Ay, perdona, toma una —Iván sacó otra botellita y se la entregó a Abel—. Mantente preparado. Habrá que actuar con rapidez.

—Tranquilo Jefe —El semblante de Abel se ensombreció—. Una cosa, quería hacer una pregunta.

—Dime.

—Me dijeron que la bomba no estaba conectada, que jamás hubiera explotado y que por tanto...

Iván no le dejó acabar la frase.

—Abel, Abel, no dejes engañarte. Son especialistas en manipularnos, no lo olvides. Esa bomba funcionaba a la perfección. Hubiera destrozado la fuente de canaletes.

Aquello tranquilizó a Abel que se bebió todo el agua de un trago. Antes de despedirse, Iván le dio ánimos para seguir con la lucha y no caer en los engaños de la policía. Cerró la puerta de nuevo, pero en un último instante la abrió de golpe.

—¡Vaya cabeza la mía! Dame la botella si ya has acabado. Si te la ven sabrán que alguien ha estado aquí.

—Vaya, es verdad.

Ya con la botella en la mano, cerró la puerta y miró por la ventana. Vio a Abel que estaba de pie, sonriendo, tranquilo.

Salva decidió ir a casa para darse una ducha y volver al trabajo. Eran las siete de la tarde y

el calor acumulado en el asfalto y en las paredes de los edificios rebotaba como lenguas de fuego. Tenía la camisa empapada de sudor, con unas manchas en las axilas que se habían ido extendiendo por todo el lateral de la misma. Pero ya no diferenciaba el sudor provocado por el calor del que brotaba por los nervios. Salva sentía que los acontecimientos se les escapaban de las manos: cada vez más explosiones, la imposibilidad de identificar a esa misteriosa mujer y para colmo, el extraño fenómeno ocurrido por la tarde en el que el Sentímetro detectó un respuesta Saboteo en una reunión del Partido Ciudadano Obrero en el Hotel Avenida Palace y que luego resultó ser una falsa alarma, ya que tan sólo estaban congregados antiguos miembros del partido que se había reunido para compartir viejos recuerdos. Desde el CVOP se intuía que aquello había sido provocado con algún fin.

En el contestador no tenía ningún mensaje. Tiró la camisa al cubo de la ropa sucia y buscó una nueva. En la cocina, abrió la nevera y sacó una cerveza y un trozo de pizza del día anterior. Abrió las ventanas del salón para ventilar el piso. Se disponía a irse cuando se percató de que tenía el ordenador encendido. Recordó que la noche anterior se había quedado dormido en el sofá y que no había apagado el portátil. Paso el dedo por la pantalla para desbloquear el protector de pantalla y le apareció, en la parte inferior derecha, un rectángulo que le informaba que tenía quince correos electrónicos nuevos. Al mirarlos, su atención se centró en uno de ellos. Tenían el mismo remitente: SI. Lo había recibido a la 13:05, momentos después de que Salva y Beatriz abortaran el atentado contra la fuente de Canales.

Felicidades. Pero esto continúa. Para el gran día, espero que tengas la blanca sábana limpia.

Salva alargó la mano para coger el teléfono pero justamente cuando lo tenía en la mano este sonó. Era Pablo.

—Salva, tengo que darte una noticia: Abel, el chico que cogimos, se ha suicidado.

—¿Qué? —Salva dejó la cerveza encima de la mesa y se colocó la mano en la sien.

—Al volver los agentes de la falsa alarma del Hotel Avenida Palace lo encontraron estirado en la cama con las venas cortadas. El guardia le trajo comida en un plato de vajilla. Tan solo tuvo que romperlo y usar un borde cortante.

—¿Pero cómo es posible eso! ¿Desde cuando se dan platos de vajilla?

—Ya sabes que los ecologistas nos están encima con el tema del plástico.

—¿Joder con los verdes! Me parece muy extraño todo. La falsa alarma, todo el personal se va y cuando vuelve, Abel se ha suicidado.

—Sí, también lo pensé. Veremos que dice la autopsia.

Salva hizo un silencio para recuperar de la memoria a qué se refería Pablo, pues su mente seguía dando vueltas al extraño suicidio del chico, pero al ver la pantalla del ordenador, recordó el asunto. Le explicó a Pablo el texto del mail.

—Me empieza a fastidiar esa insistencia en lo de la sábana blanca. No entiendo qué relación puede tener con el Aniversario pero parece ser importante.

—¿Y si hace referencia otra cosa? —preguntó Salva.

—¿Qué quieres decir?

—No sé muy bien, pero he pensado que a lo mejor no lo debemos tomar literalmente, sino que esconde algo. No sé, le daré vueltas.

Acordaron que se verían a las nueve de la noche en el CVOP y que Pablo llamaría al resto del equipo.

Salva siguió buscando por internet algo relacionado con la blanca sábana pero no encontró nada.

A las nueve y trece, en la sala de reuniones del CVOP había un fuerte olor a pizza, hamburguesa y patatas fritas. Estaban reunidos Pablo, Mauro, Salva, Beatriz y Castro. Este último, siempre con su traje gris impecable, exponía los resultados del informe de la autopsia.

—Abel tenía unos niveles próximos a cero en Dopamina y Serotonina. Según el forense, es común en los deprimidos que los niveles de estos dos neurotransmisores disminuyan pero no que casi desaparezcan. Me comentó que estos niveles no son naturales. Me ha dicho que alguien debió provocarle esa bajada y crearle un estado artificial de depresión que le llevó al suicidio.

—¿Qué? —Beatriz no pudo evitar que su tono de voz fuera más parecido a un chillido — Perdón. ¿Es eso posible?

—Sí, claro, con suficientes Limbis puedes hacerlo. La cuestión es...

—¿Quién y cómo le suministró los Limbis? — intervino Pablo.

—Exacto.

—¿Estamos hablando de que alguien entró en la comisaría, abrió la puerta de la celda y obligó a tomar Limbis a Abel para crearle una depresión y así se suicidara? —dijo Mauro.

—Sí, así es —el inspector Castro le sonrió—. Parece inverosímil, pero es lo más cercano a la realidad.

—¡Joder! Pero esto ya no es jugar con los sentimientos, esto es un atentado emocional —El sudor empapaba la frente de Mauro.

Pablo dio a conocer el contenido de los mails recibidos por Salva y Beatriz apuntó a la necesidad de seguir el rastro de Diego.

—¿No deberíamos intentar encontrarle y vigilarlo, ya que hay demasiado desbarajuste en el Sentímetro? —Beatriz insistía en que la presencia de Diego era una incógnita en la ecuación que podía desentrañar todo aquel tinglado.

Todos coincidieron en destacar que parecía haber alguna conexión, ya que todo aquello se había iniciado justo con la presencia de Diego en la ciudad.

Pablo escribió con su bolígrafo electrónico en la mesa para que, de forma inmediata, apareciese en la pantalla grande de la sala de reuniones el texto.

Diego, Limbis, Sin Identidad, Sonia, Iván, Monumentos, Aniversario del Derrumbe

—Estos son los puntos que debemos unir. Para resolver el problema que se nos avecina para el 31 de agosto, tenemos que despejar las demás incógnitas.

—Bueno, veo claro que los Sin Identidad vayan a por los monumentos y tengan su mente fijada en el aniversario, ¿pero qué interés puede tener Diego? —dijo Mauro.

—Diego es un traficante. Yo creo que su implicación es económica —Castro conocía bien a Diego por el seguimiento que había hecho la policía de él durante años.

—Ya, pero para qué querrán sus Limbis los Sin Identidad. ¿Sólo para distraernos? —Salva miró a los presentes para ver si alguien respondía su duda.

Beatriz se atrevió a dar una respuesta, inclinándose un poco, de forma que su escote ganó anchura y Salva pudo ver la curvatura de sus pechos.

—Puede que los Limbis estén vinculados con el plan que tengan para el aniversario.

—Yo creo que para ese día se reservan explosivos y no pastillas —dijo Mauro con un tono de voz de desprecio.

—Yo opino igual —todos miraron a Pablo—. No le veo el sentido de los Limbis, salvo para

crearnos confusión ahora. Algo hay, pero no para el aniversario.

El inspector Castro notificó que había dado la instrucción de vigilar cada uno de los monumentos emblemáticos de Barcelona. A continuación, acordaron un plan para localizar a Diego. Para ello, Mauro se haría pasar por un organizador de ligas de fútbol de empresas clandestinas interesado en adquirir una gran partida de Limbis. Le diría que necesitaba los Limbis, ya que no pediría los permisos para jugar y así poder engañar al Sentímetro en caso de que se disparesen los niveles a Ira. También acordaron en rastrear el correo electrónico de Salva, aunque sin muchas expectativas, pues seguramente habrían realizado buenas barreras informáticas para evitar ser localizados.

—Para acabar, alguien tendrá que realizar una investigación en los archivos del Derrumbe para ver si encontramos algo de esa tal Sonia.

Salva se ofreció para analizar los archivos.

Salva y Beatriz caminaban por la Avenida Diagonal, en dirección a la Plaza Francesc Macià, soportando el calor sofocante que envolvía la ciudad. La noche en Barcelona era activa.

—No consigo entender ese control hacia los deportes en equipo —Beatriz iba dando sorbos a una botella de agua para aliviar el calor.

Salva miró con cierta extrañeza a Beatriz.

—Joder Beatriz, es el Principio del 10.

—Pues no lo conozco.

Al igual que la población desconocía su manipulación emotiva, en el CVOP no todos los trabajadores conocían todos los entresijos y leyes que hacía funcionar el estatus quo del Sentimiento Poblacional.

Salva se detuvo para comprar una cerveza y al reanudar el camino le explicó el Principio del 10.

—La implantación del CIP tras la Guerra del Pastel y del Sentímetro supuso un nuevo planteamiento de los conflictos sociales. Antes de la Guerra del Pastel, los gobiernos temieron las ideas revolucionarias. De esta forma, se perseguían las ideologías contrarias al poder y a todo aquel que quisiera distribuir las. Eran normales las censuras, las quemaduras de libros, los bloqueos a internet, el control de las redes sociales y un largo etcétera. Sin embargo, tras la Guerra del Pastel todo cambió. Lo importante no son las ideas sino lo que siente la población. No obstante, hay que matizar.

—Perdona, ¿quieres seguir caminando o cogemos el tranvía?

—No, no, sigamos caminando. Pues como te iba diciendo, hay que hacer una apreciación respecto a lo de las ideas. Un estudio demostró que las ideas que surgen en un grupo de entre siete y diez personas, pueden ser peligrosas ya que dicho número de individuos es la agrupación perfecta para una producción positiva. Por norma general, en grupos de dos hasta siete personas, es factible establecer un diálogo, el intercambio de ideas, de opiniones, hay comprensión, la gente se escucha. Lo que sienten no importa, es lo que piensan, lo que se transmiten. Es la idea. Sin embargo, a medida que nos acercamos a diez, el flujo de información es peor y, ya imposible, cuando se supera dicho número. Es en ese momento cuando las emociones juegan un papel fundamental. El Principio del 10 establece que con diez o más personas importa el sentimiento y no el pensamiento. Es por eso que se controla el estado emotivo de la población. Ahora bien, en una pequeña reunión de seis personas lo que hay que controlar son las ideas.

—Yo no lo veo tan claro. Las revoluciones nacen de una idea.

—Te equivocas. Es la emoción, el sentimiento lo que alimenta la idea. ¿De qué sirve que me subleve y dé un mitin en mi distrito diciendo que los impuestos nos están asfixiando y que nos tenemos que rebelar sino no hay un sentimiento único de desamparo, ira, rabia, desesperación? Sin sentimiento, la idea no adquiere fuerza y muere. Mira los políticos en sus mítines. Gritan, gesticulan, se enervan, sudan. Transmiten emoción, no ideas. ¿Si al final los mensajes suelen estar vacíos de ideas! ¿De qué quieres convencer a un afiliado a un partido que va a un mitin? De nada. Él ya está empapado de su ideología. El mitin sirve para activar las emociones.

—No lo veo claro.

—Sí, mujer. ¿Consigo el mismo efecto que te diga que cierta etnia se está quedando el dinero del país en un tono neutro o con gritos, la cara roja, dando golpes en la mesa?

Beatriz asintió, dando a entender que aquella explicación le parecía razonable.

Ya habían dejado atrás la plaza Francesc Maçà y ahora la temperatura parecía haber dado una pequeña tregua con una leve brisa que refrescaba el ambiente. Salva siguió explicando a Beatriz la importancia de conocer y controlar el sentimiento en aquellas concentraciones superiores a diez personas.

—Es por eso que no existen controles sobre lo que se publica tanto en libros, revistas, internet, la televisión y la radio. No se censuran las ideas. No importa lo que pienses sino lo que sientas.

—Ya. Y en un partido de fútbol de cinco contra cinco ya hay diez personas.

—Exacto. Por tanto, se requiere un permiso especial del departamento de Actividades Físicas en Grupo del Ayuntamiento y así supervisar los sentimientos de aquel grupo. Lo cierto es que el control de grupos vino muy bien con la crisis sanitaria del 2020. Gracias a un virus creado en laboratorio se creó el caos mundial.

—Lo recuerdo.

—Se obligó al confinamiento de la población para evitar contactos y multitudes. Allí empezó a trabajarse la idea de limitar los grupos de personas.

Habían llegado al punto donde se cruzaba la calle Balmes con Diagonal. Los dos se detuvieron y se quedaron en silencio, sabiendo que debían despedirse. Salva, esperando un ofrecimiento por parte de Beatriz y ella, frenando su impulso de no ir demasiado rápido.

—Bueno, yo voy para abajo. Nos vemos mañana.

—Sí. Buenas noches, Beatriz.

Sin embargo, en aquel instante, Salva tuvo claro que él no era de los que esperaban ni de los que le importase lo que podía sentir la otra persona. Se abalanzó hacia Beatriz y posó sus labios en los de ella. Beatriz abrió su boca y dejó que su lengua entrara para rodear la suya. Su pulso se aceleró. Salva se apartó.

—Lo siento —no lo dijo por convicción, sino porque era lo que debía decirse en esos casos.

—No, tranquilo.

Ya estaba hecho, pensó. Miraba su escote y su impulso sexual crecía, pero tenía cosas que hacer. Las emociones deben controlarse.

—¿Nos vemos mañana con más tranquilidad?

—Está bien —contestó Beatriz con las mejillas ardiendo.

Salva la siguió con la mirada, que se posó en su trasero pequeño y respingón, marcado por unos tejanos apretados. Sabía que había encendido la mecha. Aún era temprano, así que decidió acercarse al Archivo Histórico de la Ciudad, ubicado tras la Guerra del Pastel en la Torre Agbar.

Cogió el tranvía y cerró los ojos esperando que llegase la parada de Plaza de les Glòries.

La Torre Agbar era un rascacielos de 145 metros de altura con 34 plantas. Lo más destacado de la torre era su diseño, en forma cilíndrica, recordando a una bala que emerge del suelo. Por la noche, el cilindro se iluminaba con múltiples dispositivos luminosos creando diferentes tonalidades.

Salva se acercó al guardia de la entrada y le enseñó su acreditación del CVOP que le permitía acceder a cualquier instalación del Ayuntamiento y a cualquier hora. El guardia, un tipo bajo, con una barriga que le debía imposibilitar abrocharse los zapatos, anotó en una tableta electrónica su nombre y le hizo una fotografía digital de su cara.

Subió al ascensor y marcó la planta 31, exclusivamente dedicada a los archivos referentes al derrumbe y escogida por ser el número que coincidía con el día de la catástrofe. Era la única planta que tenía un guardia de control para su acceso. Este guardia era diferente. Alto y fuerte. Le volvió a tomar los datos y le acompañó al interior del archivo.

—Pol, ven —dijo el guardia por un botón situado en su solapa.

Al poco rato, apareció un hombre de unos cuarenta años, con el pelo largo, rubio, con una tableta electrónica bajo el brazo. El acceso a la planta del Derrumbe estaba limitado a cinco personas al mismo tiempo y cada persona debía ir acompañada por un supervisor que vigilará en todo momento lo que consultaba el visitante. Salva se colocó delante de una gran pantalla de un metro de alto por dos de ancho totalmente táctil. Pol se situó detrás de él. Tecleó la palabra “Derrumbe Víctimas”. De repente, aparecieron los diferentes archivos revoloteando por la pantalla. Listados, fotos, archivos de periódicos, informes policiales, autopsias. Abrió el listado: 230 muertos. Salva marcó con el dedo un artículo de periódico y lo amplió con los dedos. Lo cerró. Abrió algunas fotos en las que se veían cuerpos aplastados y miembros amputados. Cerró. No buscaba nada en concreto, tan solo realizaba un primer barrido. A continuación escribió “Supervivientes”. Al igual que antes, aparecieron multitud de archivos. Escribió “Sonia”, pero no hubo ningún resultado. Recordó aquello que le contó Mario acerca de la señal en la cara de Sonia. Colocó las indicaciones “Marca”, “Cicatriz” y “Cara”. El filtro se redujo a once archivos. De repente, sus ojos se centraron en una entrevista aparecida en una revista un mes después del Derrumbe. Amplió la imagen. Aparecía una mujer joven, morena, con los ojos lagrimosos. En sus piernas tenía sentada una niña que tenía en el ojo izquierdo un parche y una cicatriz en el mismo lado que le recorría la cara de arriba a abajo. Leyó la entrevista, realizada por Agustí Puyol, y en ella la madre exigía responsabilidades y acciones para concienciar a la población de los engaños del gobierno.

“Pero eso nunca le devolverá a mi hija su cara bonita”, decía, casi al final de la entrevista.

Bajo la foto, aparecían los nombres. Ángeles Cernuda y su hija Alicia. ¿Alicia? Tecleó la palabra Alicia Cernuda y le indicó un número de referencia, DS044. La D hacía referencia al Derrumbe y la S a que era una Superviviente.

Entró en una sala llena de estanterías con múltiples cajas que contenían los materiales referentes a las personas relacionadas con el Derrumbe. Encontró la caja con la referencia DS044. Era una caja pequeña. En ella sólo había una mochila, un llavero de Mickey Mouse y una bamba pequeña. Contrariado, Salva volvió a la pantalla y tecleó Ángeles Cernuda. Aparecieron tres archivos. La entrevista de antes, una noticia de 2022 y el número de referencia de una caja, DA104.

La noticia mencionaba que Ángeles Cernuda era uno de los muertos en el atentado ocurrido

en el parque de la Ciutadella. Identificada como miembro activo durante la Guerra del Pastel, todo parecía indicar que había sido víctima de su propia bomba. La noticia referenciaba a la pequeña Alicia, cuyo padre murió de cáncer de pulmón antes del derrumbe, ya que fue ingresada en un internado al quedar huérfana. Se acercó a Pol para preguntarle sobre el código.

—¿A qué hace referencia el DA de esta caja?

—Derrumbe y Asociado. Es cuando la caja guarda material de una persona que no estuvo en el Derrumbe pero está fuertemente ligada a una persona del Derrumbe.

La caja de Ángeles Cernuda era más grande, pero también contenía objetos personales y ropa. Sin embargo, había algo que le llamó la atención. Un libro de poemas de Federico García Lorca. El libro mostraba las solapas muy gastadas. Ojeó el libro pasando páginas y páginas. Algunos poemas estaban subrayados.

Volvió a leer la noticia de la pantalla para ver si se había escapado algún detalle. Se fijó en quien la redactaba; estaba firmada por el mismo autor de la entrevista de antes: Agustí Puyol.

—¿De qué me suena ese apellido? —dijo en voz alta.

Su mente trabajaba con intensidad. Estaba convencido de que lo había oído hacía poco. Puyol, Puyol, Puyol... ¡Mario Puyol! El periodista que se infiltró y con el que habían quedado para que les explicara cosas de los Rebeldes. ¿Era posible que fuera el hijo del que entrevistó a la madre de esa niña llamada Alicia con la cicatriz? Guardó todo en la caja y cerró los archivos.

Abandonó la planta dándole vueltas a todo lo que había averiguado aquella noche. El chico que cogieron del atentado frustrado de la fuente de Canaletes dio el nombre de Sonia y, en cambio, en los archivos, aparecía un tal Alicia con una cicatriz en la cara. Podría ser que se dieran heridas similares en varias personas. Era algo a tener en cuenta, aunque lo veía poco probable. ¿Y que vinculaba a Mario con aquel periodista que había entrevistado a la madre de la niña?

Pol había registrado y anotado cada paso que había dado el visitante. Aprovechando la concentración de Salva, había realizado una llamada muy rápida a su contacto.

—De acuerdo, ya le aviso —dijo la voz al otro lado.

25 de agosto de 2035

Era la una de la madrugada cuando Salva subió al tranvía, con los ojos doloridos por la atención prestada a la pantalla y al cansancio. Seguía reflexionando sobre todo lo descubierto esa noche. Tan pensativo estaba que no se dio cuenta de que una figura le seguía. ¿Era Alicia la misma persona que Sonia? Salva empezaba a concluir que sí. Se habría cambiado el nombre para olvidar su pasado o para poder actuar mejor en la sombra. Y luego estaba el nombre del periodista. Tenía la convicción de que el apellido de Puyol no era casual. ¿Qué nexo común había entre Alicia y Mario? ¿Qué papel jugaba en todo esto el periodista? ¿Acaso no había sido perseguido por los Rebeldes y se había visto obligado a ocultarse? Sin embargo, Beatriz y él habían quedado con él, con toda tranquilidad. No le habían visto muy presionado, ni escoltado. Salva opinaba que si un grupo terrorista está descontento con una persona, no descansa hasta acabar con él. ¿Por qué ahora se movía con tranquilidad por la ciudad y antes no?

El tranvía se detuvo en Avenida Diagonal con Paseo de Gracia. Como sentía su mente algo cargada de darle tantas vueltas al asunto, decidió cruzar la Diagonal para tomar una copa en un local del Paseo de Gracia. Mientras esperaba que el semáforo se pusiera en verde para los peatones, extrajo el móvil y miró la pantalla. Fue en aquel instante que vio, en el reflejo de la pantalla, una figura que se acercaba por detrás, en el momento en que se aproximaba velozmente un autobús.

Ágil como una gacela, se giró sobre sí mismo y la figura se detuvo. Ambos se miraron. Salva la reconoció al momento, era Sonia (o Alicia, según su teoría). Vio, a la luz de la farola, la cicatriz que recorría su lado izquierdo y vio también su ojo medio cerrado. Pero también vio su pelo negro, su mirada penetrante, sus labios carnosos y su figura esbelta, delgada, una cadera sinuosa. El momento duró un segundo, puede que incluso algunas centésimas de segundo, pero transcurrió tan lento que los detalles quedaron fijados en la mente de Salva. Pasado ese segundo, los dos tomaron conciencia de la situación: ella, descubierta por su víctima y él, consciente de que iba a ser empujado hacia el autobús. La mujer corrió Paseo de Gracia hacia arriba para coger la calle Gran de Gràcia. Salva la siguió con cierta dificultad. Al llegar a Travessera de Gràcia giró a

la derecha y Salva le perdió la pista entre las callejuelas del barrio de Gracia. Tras recuperar el aliento, anduvo por las calles oscuras por si apreciaba algo, pero no volvió a verla. Sabía que la había perdido.

Una vez en casa, se duchó para eliminar el sudor de la carrera y comió una tostada con un poco de queso. Por inercia, abrió el ordenador y vio que tenía un correo electrónico de Sin Identidad recibido hacía escasos cinco minutos.

Has de hacer más ejercicio. Tanta pizza y hamburguesa no es buena. Te estás acercando demasiado. Tienes unos ojos bonitos.

Así que quien le enviaba los correos era ella directamente.

Le gustaba aquel mensaje. Estaba claro que sus avances no estaban gustando en absoluto y por tanto, eso significaba que se aproximaba a algo importante. Se tumbó en el sofá para descansar, pero no tardó ni un segundo en caer dormido, con el recuerdo de aquella mirada, la cicatriz y ese cuerpo esbelto.

Se despertó con un dolor de cabeza que le martilleaba constantemente. Intuía que su mente no había descansado. Miró el reloj y se sorprendió al ver la hora. Eran las diez de la mañana.

Al levantarse, lo primero que consultó fue el correo electrónico, pero no tenía ninguno nuevo. Se duchó y se fue sin desayunar al CVOP.

Antes de entrar, vio a Beatriz que salía. Le ofreció ir a desayunar algo y ella accedió. Se sentaron en una terraza, bajo el silencio de Beatriz.

—¿Estas molesta? —le preguntó Salva una vez pidieron un café al camarero, acompañado de una aspirina para Salva.

—No. Son cosas que pasan. ¿No?

Trajeron el café y Salva se tragó la aspirina velozmente. Se apretó con las manos la frente como si con ello pudiera aliviarse.

—¿Te encuentras bien? —le dijo Beatriz.

—Sí. Supongo que es la tensión.

—Sí, has sufrido mucha en estos días —Beatriz le cogió la mano.

No es que la quisiera. Los sentimientos tenían que reducirse a la mínima expresión. Si algo había aprendido de trabajar en el CVOP era que las emociones conducían al caos. Era vital controlarlas. Pero no podía negar que la atracción aumentaba. Puro deseo, se decía. Una cosa era la emoción y otra muy distinta, el instinto de sexo. La segunda formaba parte de la supervivencia. Salva se giró y se acercó hacia Beatriz, que le miraba con brillo en los ojos. Sus labios se rozaron, cuando el teléfono de Beatriz sonó.

—Mejor lo cojo, no sea algo importante.

—Sí.

Beatriz contestó a la llamada.

—¿Hola? ¡No te oigo! ¿Quién es? —Beatriz se tapó la otra oreja- ¡Joder!, no oigo nada. ¡Un momento!

Se levantó y se alejó de la terraza. Mientras tanto, Salva miró a su alrededor. Todo de turistas. Al final tendría que dar la razón a Mario de que Barcelona se estaba convirtiendo en un simple producto para usar y tirar. Vio a Beatriz que gesticulaba con furia.

Cuando Beatriz regresó, el dolor de cabeza de Salva había remitido.

—¿Quién era?

—Nada. Mi madre que me fastidia de vez en cuando.

—Bueno, no la culpes, para eso están las madres. ¿Dónde nos habíamos quedado?

—Sería mejor que regresemos, no sea que haya pasado algo —Beatriz giró la cara hacia otro lado para evitar la mirada de Salva, quien no entendía nada.

—Está bien.

No quería entrar en discusiones ahora que se encontraba mejor. Ya habría otra oportunidad, pensó. Todas las emociones eran obstáculos, incluso la frustración o el rencor. Si uno eliminaba la parte emotiva quedaba lo práctico: esperar otra oportunidad.

Diego estaba sentado en su despacho. Así le gustaba llamarlo, aunque no era más que un pequeño cuchitril de la fábrica que usaba para elaborar las Limbis. Tenía tan solo diez personas a su cargo.

Abrió la botella de vodka que tenía escondida en el armario y llenó un vaso hasta la mitad. De un trago bebió todo su contenido. Las bebidas alcohólicas estaban reducidas a su mínima expresión. La cerveza estaba permitida, pero las de mayor graduación no. Las alteraciones en el Sentímetro debido a los efectos del alcohol había provocado muchos malentendidos.

El teléfono sonó.

—Soy yo —una voz femenina contestó. Su tono de voz era seco.

—Ah, la mujer misteriosa. ¿Quieres que nos veamos?

—Muy gracioso. Ya sabes que nunca me vas a ver. Necesito más.

—¡Vaya! Si que hay hambre.

—No te he pedido que hagas valoraciones. Quiero otro pote de Limbis Su.

—Bien, bien, tranquila —Diego disfrutaba poniendo nerviosa a su cliente misteriosa.

Le había comprado dos potes de Limbis Sumisión. Lo más enigmático había sido la forma de entrega. Le había dado instrucciones para que los pusiera en una bolsa de deporte, entrara en el gimnasio situado en el edificio del MACBA (transformado en sala de culturismo cuando se determinó que la cultura debía estar reducida a salas pequeñas para evitar concentración de personas a las que las obras expuestas les pudieran despertar un determinado sentimiento. Los libros estaban bien vistos pues la lectura solo se requería de una persona) y en la taquilla número 6, que depositara la mochila.

Había cumplido con lo ordenado y aguardó la presencia de la mujer. Esperó durante cinco horas, pero nadie apareció. Un monitor forzudo entró y le llamó la atención. Decidió irse si no quería verse envuelto en problemas.

—¿El mismo método de entrega? —preguntó Diego.

—No. Esta vez irás a las Ruinas.

—¿Estás de broma?

—No.

Aquello ya no le hacía tanta gracia. Diego se incorporó de la silla y empezó a caminar por su despacho con cierto nerviosismo, rascándose el cogote.

—No veo que se me ha perdido allí.

—No hará falta que salgas fuera. Habrá un mendigo en el andén con un abrigo marrón y una barretina roja. Dale a él el pote. Luego te vas.

Valoró durante unos segundos si acceder o no. Tras el negocio cerrado por los beneficios de las grandes ventas a los Rebeldes, no necesitaba riesgos pequeños. Sin embargo, siempre había la posibilidad de que lo otro fallara y entonces viera caer sus ingresos. Ya se sabe, no dejes el negocio en manos de un solo cliente. Tomó la decisión de ir.

Salió del despacho y le dijo a uno de los empleados que estaría fuera durante unas horas. La fábrica, situada en un polígono de El Prat de Llobregat, estaba cerca de la parada de metro. Al cabo de cuarenta minutos y tras hacer trasbordo en la línea dos, bajó en la parada de la Sagrada Familia. Aquel paisaje le revolvió el estómago. Suciedad por todas partes, excrementos, ratas, perros esqueléticos y vagabundos que dormían en el suelo y en los bancos. Miró a su alrededor y enseguida vio la barretina roja.

Se acercó lentamente. Estaba sentado con la espalda apoyada contra la pared y las piernas extendidas en el suelo.

—Creo que tienes algo para mí.

El vagabundo le sonrió, mostrándole tan solo un par de dientes que aún se mantenían en la encía. Su piel amarillenta no presagiaba un buen estado de salud. Le entregó el pote, procurando no tocar aquellos dedos negros. Aprovechando que se había detenido otro metro, entró rápidamente y, una vez dentro, se sentó.

La mierda del mundo está aquí, pensó.

Salva comió solo, pues Beatriz se fue para supervisar unos informes. Eso le permitió pensar un poco con claridad. Si esa Sonia era Alicia, había motivos suficientes para temer un gran atentado. La historia de esa chica era una bolsa de pólvora. Tan solo hacía falta una mecha para hacerla explotar.

Había sufrido ella misma los efectos del Derrumbe y se había alimentado de las ideas radicales de su madre. Además, ésta había muerto al intentar colocar una bomba, motivo más que suficiente para que quisiera vengarse. Pero, ¿cuál sería el objetivo último? Hasta ese momento, todos los artefactos habían estallado en monumentos de interés turístico, por tanto tenía que ser uno similar.

El teléfono de Salva sonó. En la pantalla aparecía el nombre de Beatriz. Salva notó que el tono de voz de Beatriz era muy apagado.

—¿Te encuentras bien, Beatriz?

—Sí, sí. Solo que me siento mal por lo de hoy.

Los dos sabían perfectamente a qué se refería: al rechazo de Beatriz al beso de Salva en la terraza.

—¿Quieres que nos veamos?

—Te lo agradecería. ¿Puedes venir a casa?

—Está bien.

Anotó mentalmente la dirección que le dio. Salva sonrió. Controlar las emociones permitía obtener mejores resultados.

Le dijo a Mauro que tenía que irse y éste le guiñó un ojo.

Beatriz vivía en el lado de montaña de la Avenida Paralelo, un piso pequeño, pero con suficiente espacio para una persona sola. Lo que antes fue zona de inmigrantes, ahora era el barrio de pisos de lujo, hoteles altos y locales nocturnos de moda. También había muchos pisos para trabajadores del estado, policías y otras entidades del gobierno.

Al entrar en el apartamento, vio los ojos rojos de Beatriz. Debía haber llorado durante horas, pensó. Le dio la botella de baja graduación que había comprado.

—Siéntate en el sofá —le dijo mientras ella descorchaba la botella en la cocina.

Llevaba una camisa de tirantes, resaltando sus pechos y unos pantalones vaqueros.

Bebieron el vino en silencio.

—¿Hay alguna novedad? —le preguntó Salva.

—No. He llamado a Pablo y me ha dicho que no había habido ninguna bomba ni nada fuera de lo normal.

—Un día tranquilo, ya era hora.

De repente vio que Beatriz bajaba la mirada.

—Siento lo de hoy.

—Tranquila, no pasa nada.

—¡Sí, sí que pasa! —la exclamación sorprendió a Salva— No debí rechazarte de esa manera.

Salva notaba cierta compasión por ella y al mismo tiempo se sentía él mal. ¿Acaso no era demasiado frío o interesado en lo que buscaba? Tenía la sensación que debía ceder más, si quería... ¿Qué era lo que quería?

Sin darse cuenta, había puesto su mano encima de la pierna de Beatriz. Seguía allí, inmóvil. Sin embargo, nadie se la había apartado. Se acercó y le besó en los labios. Sus lenguas se encontraron y Beatriz le agarró la nuca con fuerza, al tiempo que las manos de Salva acariciaban los pechos y las piernas. Se tumbaron en el sofá y se quitaron la ropa con rapidez. Sentía la excitación, sentía el deseo, sentía su debilidad, pero no podría frenar. Beatriz soltó un fuerte gemido cuando Salva la penetró y empezó a moverse rítmicamente. Al cabo de pocos minutos, los dos llegaron al orgasmo.

Ya era de noche así que cocinaron algo de cenar con lo poco que tenía Beatriz en la nevera y luego volvieron a hacer el amor, esta vez en la cama, donde se quedaron dormidos. Salva se despertó algo desorientado. No sabía dónde estaba. A su lado, oyó una respiración y al girarse con violencia vio a Beatriz. Se frotó los ojos con fuerza para asegurarse que no era un sueño. No, no lo era. El reloj marcaba las cuatro de la madrugada. Se vistió, con cuidado de no hacer ruido, y se fue. De nuevo tenía un fuerte dolor de cabeza.

Mientras caminaba por la calle, reflexionaba sobre lo que había hecho. ¿Era lo que él había querido? ¿Había sentido algo?

No lo tenía claro.

5

26 de agosto de 2035

El sonido de un timbre le despertó. Encendió la luz y miró el reloj. Eran las seis de la mañana. Alargó la mano, cogió el teléfono de la mesita de noche y preguntó quién era, pero el timbre siguió sonando y entonces se dio cuenta que se trataba del timbre de la puerta. Se levantó y vio a través de la mirilla a Mauro.

—Otra bomba. Se han cargado el bar Els Quatre Gats. No, tranquilo, estaba cerrado. Ha sido a las cuatro de la madrugada.

—Está bien, me arreglo, me tomo una aspirina que tengo un dolor de cabeza odioso y vamos.

A las siete en punto de la mañana, en el despacho estaban de nuevo Pablo, Mauro, Salva, Beatriz y Castro, el cual les ponía al corriente de lo acontecido hacía unas horas.

Salva miró a Beatriz, pero ésta no parecía darse cuenta que él estaba en la misma sala.

—Señores, Els Quatre Gats ya no existe. Se ha vaporizado como por arte de magia.

A Salva no le gustaba la frivolidad con la que daba las noticias el inspector Castro. Aunque se tratasen de locales o monumentos, no dejaba de haber un componente emotivo. Se trataba de símbolos de la ciudad que conformaban una identidad barcelonesa. Y un reclamo turístico importante, que dejaba grandes cantidades de dinero en las arcas del ayuntamiento y, de rebote, en organizaciones como las suyas. El turismo, que de ser un sector servicio a clasificarlo como primario.

—Te recuerdo que no es magia, si no bombas lo que lo ha hecho desaparecer —dijo Salva.

—Bueno, llámalo como quieras, pero no está.

—No es llamarlo como uno le venga en gana, es explicar las cosas como son.

—¿Las cosas como son? ¿Cómo hacéis vosotros? Que yo sepa muchas noticias están creadas en la mente de los Creadores de noticias y no a partir de la realidad —El inspector Castro mantenía su actitud sosegada.

—Bueno, no empecemos una discusión inútil. ¿Alguna cosa más? —preguntó Pablo.

—Sí. Yo quisiera explicar algunas cosas que he descubierto y que me han pasado esta

noche —Salva relató la historia de Ángeles y su hija Alicia, el nexo entre el padre de Mario y el periodista tocando el mismo tema, el hallazgo del libro y su posterior encuentro con Alicia.

Pablo cogió aire. Parecía satisfecho. Luego empezó a hablar con calma, destacando que los hallazgos de Salva les ponían en una buena pista.

El inspector Castro carraspeó y todos desviaron la mirada hacia él.

—Tengo otra información —Hizo una pausa para ganar interés—. Se han analizado las cámaras de la Comisaría de la Monumental y resulta que mientras todos estaban en la falsa alarma, entró un tío diciendo que era de mantenimiento del aire acondicionado. Llevaba una gorra y en ningún momento se le ve la cara pero accedió a la zona de las celdas. Debió ser él quien le suministró los Limbis para generarle un estado depresivo.

—Pero eso es muy fuerte —por primera vez, Beatriz habló.

—Sí. Esto nos demuestra que estamos ante gente más peligrosa de lo que parece. Poner bombas y matar a gente que no conoces es ser malo, pero matar a gente de tu equipo, es ser un hijo de puta sin escrúpulos.

—Hay que ir con cuidado —dijo Pablo—. ¿Tienes alguna idea de que pueden estar planeando? —La pregunta iba dirigida a Salva.

—No, la verdad es que no. Pero ha de ser algo muy turístico. Odian el turismo, odian los monumentos, odian la Barcelona abierta. Ha de ser algo que aglutine muchos turistas.

A las ocho de la mañana el sol ya empezaba poco a poco a desatar su fuerza, aunque por el lado del Tibidabo se aproximaban unas nubes densas y negras que presagiaban lluvia durante el día. La temperatura daba la sensación de ser más baja que el día anterior.

Mario leyó el periódico en su tableta sentado en una terraza de Paseo de Gracia. Estaba tan concentrado que no se dio cuenta de que Salva y Beatriz habían llegado y estaban de pie.

—¡Uy! Perdón, estaba leyendo la noticia de que se ha detectado una partida de potitos de papilla para bebé en mal estado y deben ser retirados. Que oportuno, ¿eh?

Salva asintió, pues era algo que se había creado desde el CVOP para desviar la atención de la opinión pública de los atentados. Una vez sentados, Salva y Beatriz pidieron un café con leche y una pasta. Mario sonrió tranquilo.

—Mario, ¿por qué te fuiste de la ciudad?

—¿Cómo que por qué me fui? Es obvio. Tuve amenazas de muerte.

—¿Y cómo es que estás tan tranquilo sentado aquí?

—No te entiendo

—Alicia, nuestra mujer se llama Alicia —Beatriz, directa, cortó la conversación.

El nombre provocó que Mario quedara paralizado. Su expresión dejó de ser relajada, con el ceño contraído y la mirada fija en el suelo, denotaba más bien tensión y tristeza.

—¿Qué nos ocultas Mario? Te veo algo nervioso —Salva cruzó los brazos—. ¿Para quién trabajas?

Al oír esta última pregunta, Mario salió de su estupor y miró con extrañeza a Salva.

—¿Cómo que para quién trabajo? ¿Qué insinúas? ¿Qué soy un Rebelde?

—Sé lo de tu padre.

Salva hizo una pausa para analizar la reacción de Mario, que tragó saliva y se removió en la silla.

—Sé que entrevistó a la madre de Alicia y que luego cubrió la noticia de su muerte. Como buen hijo, seguiste la tradición familiar y te hiciste periodista. Curiosamente entras como

infiltrado en el grupo de los Rebeldes. Muchas casualidades. Yo creo que no tuviste amenazas. ¿Qué pasó?

Mario cerró la mano con fuerza, notando que sus uñas se clavaban con fuerza en la palma. Llamó al camarero y pidió una cerveza.

—Al final todo se descubre, como se acostumbra a decir, ¿eh? Me enamoré de ella. Mi padre entrevistó a su madre y quedó prendado de su fuerza y su determinación. Mi padre decía que era una mujer fuerte, dura y fría, pero que te atrapaba cuando entrabas en su círculo. Acudió muy a menudo a su casa para hablar del Derrumbe, de cómo Barcelona se estaba prostituyendo a los turistas y de lo poco que importaba a los políticos lo que pensaba el ciudadano. Ella le sermoneaba y mi padre escuchaba. Él me llevaba y me dejaba jugando con Alicia. Ya de pequeño quedé hipnotizado de esa cicatriz y por su belleza. Esa niña no se escondía. Su madre le hacía una coleta. Jamás permitió que se la tapara con el pelo. Otras niñas hubieran pedido que le dejara pelo para taparse o usar una sudadera con capucha. Ella no. Es increíble cómo una deformación puede crear perfección. Y Alicia se empapaba de todo lo que decía su madre. Ella me hablaba de las mismas cosas que su madre: que si la lucha, que si los turistas, que si los monumentos. El día que murió Ángeles, mi padre lloró largamente y pidió al periódico escribir la noticia él mismo. Crecimos y nuestros caminos se separaron. Yo me hice periodista, como no, siguiendo la saga familiar, como bien dijiste, y mi redactor me dio la idea de infiltrarme en los Sin Identidad. Llevaba ya unos meses entre ellos cuando en una reunión la vi. Su cicatriz y su ojo medio cerrado eran únicos —Mario se detuvo y con dos tragos agotó la cerveza del vaso—. Me acerqué a ella y al principio no sabía quién era yo, pero luego me reconoció. Se emocionó mucho, en parte por la estima que le tenía a mi padre, pues fue una persona que asimiló y entendió su sufrimiento. A partir de entonces, salimos, cenamos y reíamos mucho. Ella me hablaba de sus ideales, sus planes, de cómo cambiar la ciudad, mientras yo notaba que mi razón se perdía y no podía alimentarme de otra cosa que no fuera su imagen. Aquella cicatriz me atraía como un imán. La amaba, con locura. Y ella lo sabía. Una noche, pensando que sería correspondido, le besé en los labios, pero al mínimo contacto se retiró y me dio una bofetada. Me dijo que lo sentía mucho, pero que ella me veía como un hermano y que jamás conseguiría nada de ella.

Mario se detuvo y miró en la lejanía, hacia un coche aparcado. Luego miró en la otra dirección, hacia la otra terraza y sonrió.

—Habéis venido con polis, ¿eh? Tranquilos, no soy de ellos.

—¿Qué pasó luego?

—Me volví loco. Quería estar con ella, tocarle la mano, oír su voz, oler su perfume... la quería a ella. La seguía a todas partes, pero ella me esquivaba. Un día, Iván se me acercó y me dijo que estaba creando problemas. Yo quise protestar, pero entonces me dio el toque de gracia. Me explicó que sabían que era periodista y que era un infiltrado. Iván es un tipo listo y peligroso. Nunca sospeché que lo supiera. Se guardó la información para cuando la necesitara.

—¿Qué te dijo?

—Me dio una única opción, por mi bien, me dijo el muy capullo. Me olvidaría de Alicia y la dejaría en paz para siempre y abandonaría el grupo. Ellos me darían documentos y haríamos ver que me habían descubierto y que necesitaba irme por un tiempo debido a las amenazas que recibía. Ellos salían ganando. Me alejaban, se aseguraban de que me olvidaría de ella y les daba publicidad con mis publicaciones sobre sus ideales. Tampoco iba a desvelar nada que les pudiera comprometer.

Salva soltó una carcajada.

—Vaya, luego dirán que nosotros manipulamos la información. Tiene guasa la cosa.

—Lo que se publicó era verdad, puede que no toda la verdad, pero no era inventada.

—Ya, claro ¿Por qué me enviaste a las ruinas? —le dijo Salva.

—Era mi manera de saber de ella. No lo hice para enviarte a una trampa ni nada de eso. Simplemente pensé: yo no puedo acercarme pero puedo saber de ella a través de otro. Nada más.

Su mirada decaída y vacía hizo que Salva le creyera. No tenía duda de que Mario hablaba desde el dolor del enamorado despechado. De nuevo, las emociones y los sentimientos llevando a un hombre a tomar decisiones incorrectas. Cada de vez veía más claro la importancia de mantenerse apartado de la carga emotiva.

—Mario, una cosa —Salva recordó un detalle sobre lo encontrado en la caja de Ángeles—. Encontré un libro de poemas en las pertinencias de la madre de Alicia.

Mario frunció el ceño. No veía que podía ser de importante para Ángeles ni para lo que les preocupaba ahora, sin embargo, algo llamó a la puerta de sus recuerdos y arqueó las cejas hacia arriba.

—¿No sería de Federico García Lorca?.

—Sí —Salva sintió que su pulso se aceleraba.

Su sonrisa iluminó su semblante serio hasta ese momento.

—Buf, cuantos recuerdos. Sí. A Ángeles le encantaba. Leía poemas en voz alta e incluso ponía música de aquel cantante catalán que sacó un disco de poemas de Lorca. Pero había un poema que a Ángeles le gustaba de manera excepcional y que Alicia se sabía de memoria por lo corto que era: A las cinco de la tarde.

Diego aparcó el coche sin problemas. Al salir, miró al cielo y vio una gran capa gris que avanzaba lentamente hacia Barcelona. Desde donde estaba podía ver toda la ciudad a sus pies. La Torre Agbar y las Torre Mapfre sobresalían de entre todos los edificios. Con anterioridad, otro edificio dibujaba el perfil de la ciudad: la Sagrada Familia. Ahora se veía un gran vacío en su lugar. Algunas gotas empezaron a caer sobre la mejilla y se dirigió rápido al Mirablau, un local desde el que podías tomar algo, mientras admirabas la ciudad. Mauro estaba sentado junto a un ventanal con un café en la mano. Diego lo vio y se dirigió hacia él. Tanto los camareros y como el guardia de la puerta eran policías camuflados y Mauro llevaba un micro. Al encontrarse con Diego se presentó como Alejandro. Le expresó la necesidad de comprar Limbis para una liga de fútbol para empresas. Diego le informó que para contrarrestar los niveles de adrenalina de los partidos, necesitaría quinientas pastillas. Mauro simuló pensárselo pero accedió.

—De acuerdo. Tengo el dinero en el coche.

—Y yo, las Limbis, en el mío.

Al salir, la lluvia había aumentado y Diego salió corriendo con la cabeza gacha. Eso le impidió ver que había varios agentes rodeando la zona. Al aproximarse a su coche, notó una sombra que se ceñía sobre él y le empujaba hacia la puerta mojada del vehículo.

—Diego, está detenido por tráfico de emociones.

—¿Pero qué mierda es esta! —intentó liberarse de la mano que lo agarraba, pero era demasiado fuerte.

Otro policía forzó el maletero y aparecieron multitud de potes y bolsas llenas de pastillas.

La lluvia iba acompañada de fuertes truenos y relámpagos. Algunas calles quedaron totalmente anegadas por el agua, ya que debido a la sequedad acumulada durante meses, se había

obstruido por falta de mantenimiento de las cloacas.

Eran las nueve y media de la mañana, pero el cielo estaba tan tapado que daba la sensación de ser de noche. Salva y Beatriz habían vuelto al CVOP, tras entrevistarse con Mario. Durante el trayecto hablaron estrictamente de la conversación con el periodista. Ninguno de los dos habló de lo ocurrido la pasada noche. Para Salva, ahora que habían pasado las horas, lo veía como un pequeño divertimento. Su único sentimiento era el del deseo. Le había sorprendido que mientras habían hecho el amor se hubiese sentido bien, como protegido. Pero ahora eso ya había pasado. Y ver a Mario tan decaído por perder a Alicia, le reafirmó en su postura de no dejar que sus emociones aflorasen. Un profesor les dijo una vez que hubo un personaje en la televisión que hablaba sobre pequeñas acciones de reciclaje con el lema “los pequeños cambios son poderosos”. Él ese lema lo aplicaba a las emociones. “Los pequeños controles emocionales que uno podía hacer son poderosos”.

Se dirigieron al Departamento de Mensajes Oídos. Aquí se estudiaban, analizaban y pulían los mensajes en la radio, en la publicidad y en las canciones, sobre todo, en estas últimas, pues tenían un gran potencial de generar estados emotivos. Las canciones eran examinadas en busca de los llamados RIL, Reacción Emotiva Lingüística. La directriz del departamento era potenciar lo que ya se había descubierto a principios del siglo XXI: que los mensajes dependientes de amor generaban una respuesta de Depresión y Sumisión. Estos niveles eran buenos para mantener el equilibrio emotivo. Los enunciados críticos o que potenciaban el autodeterminismo del individuo eran modificados, ya que provocaban una respuesta de Ansiedad o Acción, capaces de generar un movimiento grupal de rebelión. También tenían archivados en formato digital toda la literatura. Aquí no se manipulaba nada, pues se sabía que la lectura individual no podía crear emociones colectivas pero permitía contrastar mismos mensajes en formatos diferentes.

Al entrar, Salva pidió por el responsable y un chico joven con un mar de pecas en la cara llamó a un tal Fredi. Al cabo de unos minutos apareció un hombre de unos treinta años, con barba, gafas de montura de pasta y camiseta negra con un dibujo de una nota musical dentro de una señal de prohibición con un texto que ponía: prohibido escuchar la letra. Salva le comunicó que deseaban conocer un poema completo de un auto español.

—Pues ustedes dirán de quién se trata.

—Federico García Lorca.

—¡Joder! Un poco más y me piden el grito del Tyrannosaurus Rex. ¡Buf! De eso ya hace tiempo. ¿Poema?

—A las cinco de la tarde

Fredi movió los dedos por la pantalla, tecleando nombre y canción, abrió el archivo y les dejó leer el poema.

A las cinco de la tarde.

Eran las cinco en punto de la tarde.

Un niño trajo la blanca sábana

a las cinco de la tarde.

Una espuerta de cal ya prevenida

a las cinco de la tarde.

Lo demás era muerte y sólo muerte

a las cinco de la tarde.

Al leer esto último, a Salva se le erizó la piel. Siguió leyendo el poema hasta el final que volvió a sentir temor por el mensaje.

*Las heridas quemaban como soles
a las cinco de la tarde,
y el gentío rompía las ventanas
a las cinco de la tarde.
A las cinco de la tarde.
¡Ay, qué terribles cinco de la tarde!
¡Eran las cinco en todos los relojes!
¡Eran las cinco en sombra de la tarde!*

—¡Joder! —El grito de Salva asustó a Beatriz.

Leyó en voz alta un párrafo:

*Lo demás era muerte y sólo muerte
a las cinco de la tarde.*

Abandonaron el Departamento y entraron en el despacho de Salva. Llamó a Pablo y le explicó que debían reunirse de inmediato. Este le comunicó que no podían pues habían cogido a Diego e iban a proceder a interrogarle.

—Está bien. Escucha, ya hemos resuelto el enigma de la frase de la sábana blanca. Aparece en un poema de Federico García Lorca titulado A las cinco de la tarde y hay una frase que dice que lo demás era muerte y sólo muerte. Creo que debe ser la hora en que actuarán el día 31 de agosto. Tenemos por tanto el intervalo de tiempo: el 31 a las cinco de la tarde. Ahora sólo falta el dónde, porque las consecuencias están claras: crear muerte.

Pablo, aún reticente, le prometió que se lo notificará al inspector Castro par que tomase las medidas adecuadas.

La espera le inquietaba. No podía estar quieto sin hacer nada. Por eso, decidió provocar a Alicia pisando su territorio.

Subió al metro y se dirigió de nuevo a la parada Sagrada Familia de la línea dos. Mendigos y borrachos se agolpaban en el arcén. La lluvia había cesado, pero la negrura seguía envolviendo el cielo, dándole a las ruinas un aire más triste y fantasmal si cabía.

Salva observó lo que en su día debió ser una obra magnífica y espectacular. Ahora convertida en bloques de piedras abandonadas, donde crecían arbustos y malas hierbas de forma caótica, como si una mano invisible hubiera sacudido semillas por encima sin ningún orden establecido. Salva se movía con lentitud, sin esconderse. Deseaba ser visto. Sabía que le estaban mirando.

Decidió meterse en las ruinas, escalando los pedruscos con cuidado. Pisó alguna figura, testigo de la decadencia de una obra de arte. De repente, se detuvo. Oyó un ruido de piedras caer cerca de dónde él estaba. Siguió avanzando, consciente de que esa era la mayor provocación que

podía hacer.

—¡Detente!

Salva bajó el pie, a punto de subir un nuevo nivel.

—Sigue por ese hueco —su tono era seco, imperativo.

Salva vio un espacio negro entre dos piedras de unos tres metros que habían quedado apiladas en forma triangular, creando una puerta piramidal.

Entraron y la oscuridad lo invadió todo. Una luz de una linterna se encendió a su espalda, enfocando delante de él.

—Por allí, las escaleras.

Apartó algunas piedras y bajó por donde le indicaba la voz. Habían llegado a un espacio abierto, con bancos amontonados, podridos por el tiempo. Por la bóveda y los capiteles, Salva reconoció que estaban en la antigua cripta de la Sagrada Familia.

—Saca todo lo que tengas en los bolsillos.

Salva dejó en una piedra su móvil, las llaves de casa y su cartera.

—Podría matarte.

—Ya lo sé. Ya lo intentaste —Salva se giró y vio ante sí a la mujer que había intentado empujarle, empuñando una pistola.

—¿A qué has venido?

—¿Qué pasará el 31 de agosto a las cinco de la tarde?

—Vaya, por fin has resuelto lo de las sábanas blancas. Un poco lentos para ser del CVOP.

—Dime. ¿Qué sucederá?

—¿Me crees tan imbécil como para decírtelo?

Salva tragó saliva. Sabía que tenía ante sí la oportunidad de salvar muchas vidas si averiguaba que planeaban los Sin Identidad.

—Parad los atentados —No era una petición, si no una orden.

Alicia estalló en una sonora carcajada que reverberó en la cripta.

—Claro. Y ya está, sin más —Alicia recuperó su semblante serio—. No lo entiendes. No entiendes nada.

—Tan sólo entiendo que está muriendo gente inocente.

—¡No! ¡Mentira! Lo único que entiendes es que perdéis el control de la opinión pública. Eso es lo único que os importa.

Salva miró fijamente la pistola que le apuntaba de manera amenazadora.

—La ciudad debe cambiar, no puede seguir así. Ocupada literalmente los 365 días del año por turistas. Hay más servicios para ellos que para los ciudadanos y sino, fijate en el autobús turístico, posee más líneas que el autobús de línea urbana. La identidad de Barcelona se está perdiendo.

—Lógico, vosotros la estáis destrozando. La identidad de una ciudad la forman muchas cosas y una de ellas son los monumentos y sus edificios, lugares emblemáticos.

—Claro. Aquí, cuando ya no existió la Sagrada Familia, todo el mundo dio la espalda al barrio. No interesábamos para nada —Alicia se sentó en un pedrusco—. Ahora somos la basura de Barcelona.

La tensión había disminuido y Salva se sentó en el suelo, notando como el sudor le empapa la espalda.

—La ciudad necesita los monumentos y de los turistas, ¿o crees que sin ellos se podría conseguir tanta bonanza económica? Son ellos los que dejan en la ciudad millones de euros.

—Siempre pensáis en lo mismo. En los beneficios. Pero estos beneficios tienen un precio. La ciudad se parece a una prostituta de carretera. Lo siento, pero no vamos a detenernos.

—Alicia...

De pronto vio en su cara una expresión de sorpresa y de aturdimiento que le paralizó durante unos segundos. Hacía años que nadie la llamaba así y eso le había creado una sensación extraña.

—Piensa en la gente...

—Por eso lo hago, por ellos. Para que abran los ojos. Y no vuelvas a llamarme por mi nombre antiguo. Te lo advierto —Alargó la mano para apuntarle con la pistola.

Alicia se calló y reinó el silencio en la cripta. Ante el temor de que la conversación se acabase, Salva decidió cambiar de tema.

—Vives por aquí, ¿verdad? Cerca de las ruinas. Por eso aquella vez nos viste. Y Mario lo sabe.

Al oír el nombre de Mario pareció recobrar fuerzas.

—Cuando cruzas una línea, puedes caer en terreno desconocido. Sí, estoy cerca de aquí y sí, Mario lo sabe porque un día vi que me seguía. Sé que todavía no me ha olvidado, pero lo hará.

—¿Por qué estar aquí? Me refiero, ante este paisaje. Es...deprimente.

Alicia sonrió con calidez, como al niño que se le explica una obviedad.

—Las ruinas lo son todo. Las ruinas son restos que alguna vez fueron un todo. En muchas pinturas se usan las representaciones de las ruinas como metáfora y alegoría en torno al pasado de la humanidad y la condición moral de la existencia humana. También la ruina es símbolo de un sentimiento humano autodestructivo: la melancolía. Esa añoranza por recuperar de los trozos caídos de lo que fue. Jean Starobinsky, un historiador de las ideas de los años 20 del siglo pasado, decía que la ruina se había transformado en un monumento cuyo significado se había perdido. Es, por tanto, la imagen de la ausencia, el olvido,... —Alicia hizo una pausa antes de seguir, como si las palabras le quemasen en la garganta—, de la muerte. Cada día las miro. Su silencio me recuerda que están huérfanas de contenido, al igual que yo.

—Pero todo esto es desolación. Ya no tiene fuerza ni sentido. Aquí no hay vida.

—Te equivocas. Estas ruinas, y cualquier otra, invitan a soñar, a imaginar que hubo. Lo conoces pero al mismo tiempo no lo reconoces. Es algo que alguna vez estuvo allí, con su sentido, pero ahora nuestros ojos son incapaces de reconstruir. Cada fragmento —Alicia dio un golpe con la palma de la mano sobre la superficie de la piedra que tiene al lado—, expresa su historia y es independiente del resto, sin embargo sabe que nace de un conjunto ya inexistente. Su melancolía palpita en cada poro. Has de escucharla. Las ruinas tienen un carácter onírico, ya que cada ser que las mira las completa en base a su fantasía e imaginación —Alicia se frota la cicatriz suavemente—. Pero las ruinas no son sólo estas piedras. Las personas, sobre todo de esta ciudad, formamos un conjunto fragmentado, inconexo y caótico de ruinas y nos encargamos de colocar piezas para dar un sentido al todo...

—Lo único que hacéis vosotros es añadir piezas que corresponden con ese todo. No entiendes que justamente lo que alteraréis es el orden establecido.

—El orden. Vosotros y vuestro querido equilibrio emocional. Al hablar contigo me reafirmo en mis ideales, pues estáis ciegos a la realidad.

Salva se limpió el sudor de la frente. Ella sacó una botella de una bolsa pequeña, de la que no se había dado cuenta. La alargó y se la ofreció a Salva, que dudó en cogerla. Era incapaz de apartar la mirada de aquella cicatriz.

—Cógela. Si quisiera matarte, mejor con la pistola.

El agua pasando por su garganta alivió la sequedad producida por el calor y el polvo de la ermita.

Salva le devolvió la botella.

—Matáis a personas, tan solo para recuperar vuestro sentimiento egoísta de que os atiendan.

—¡No! No necesitamos que nos presten atención. Nadie lo hizo en su día y no esperamos nada ahora. Es hacer que las ruinas se extiendan. ¡Levántate!

El cambio de tono asustó a Salva. Alicia seguía apuntándole con la pistola y empezó a dar algunos pasos hacia atrás.

—No podrás evitar nuestra gran obra. Es algo que debe pasar, por el bien de esta ciudad. Ahora me iré yo primero, pero te lo advierto, si me sigues, te mato.

Alicia se fue por el hueco por donde habían entrado y al llevarse la linterna, Salva quedó envuelto en una gran oscuridad. Esperó unos minutos hasta que no oyó ningún ruido y empezó a moverse. No iba a tentar la suerte, pues intuía que Alicia era muy capaz de apretar el gatillo.

Palpó los pedruscos para saber donde apoyar los pies y poco a poco emprendió el camino de vuelta hacia el exterior. De repente, una piedra cedió y resbaló, llenándose de polvo. Se hizo una pequeña rascada en el brazo y se dio un golpe en la rodilla. De nuevo escaló los bloques de escombros y llegó a la salida.

Alrededor de las ruinas no había nadie, excepto algunos mendigos y algún que otro perro famélico. Miró por encima de él los edificios que rodeaban los escombros en un intento de adivinar dónde podía estar ella.

Era una terrorista, se decía. Una criminal. Pero no eran mensajes suficientemente disuasorios para inhibir un deseo que ya había arraigado en su interior.

—¡Contesta! —El grito del inspector Castro resonó por toda la comisaría— ¿Por qué los Sin Identidad están tan interesado en tus Limbis? ¿Qué tienes que ver con todo esto?

Diego estaba sentado en la sala de interrogatorios con las manos entrelazadas. Su actitud era relajada.

—No lo sé.

—Ahora me vas a decir que no sabes qué son los Limbis, ¿verdad?

—Pues mira, ahora que lo dices —Diego sonrió de forma exagerada.

—Ayer empujaron al suicidio a un componente de Sin Identidad que teníamos apresado, con la ingesta de tal cantidad de neurotransmisores que le crearon una depresión ficticia. ¿Qué tienes que decir?

A Diego esa noticia le cogió desprevenido y su cara reflejó perplejidad. Castro, ave rapaz en expresiones, captó esa sorpresa y se lanzó sobre la presa.

—Vaya, vaya. Parece que desconoces qué pueden llegar hacer con tus Limbis de mierda. Déjame que te explique algo. X fabrica y vende un arma, Z la compra y este Z va y mata a A. Z es culpable, pero también lo es X por facilitar a Z los instrumentos de un homicidio. Ya ves, la ecuación resuelta.

Diego permaneció callado. Nunca había temido las acusaciones de tráfico de emociones con sus Limbis, ya que al gobierno tampoco le interesaría hacerlo público ya que la población se podría hacer muchas preguntas respecto al control que ejercían sobre ellos, pero implicarlo en un asesinato era algo por lo que no quería ser salpicado. Durante unos segundos, sopesó todas sus

posibilidades y optó por la más beneficiosa.

—Les vendí material —confesó.

El inspector Castro se detuvo ante la máquina de agua. Su brazo quedó a medio camino del dispensador, luego dejó el vaso encima del aparato. Pablo, que estaba en la otra sala, se acercó al vidrio, como si con ello pudiera oír mejor lo que se decía en la sala de interrogatorios, algo absurdo pues por algo estaban los altavoces.

—¿Cuánto?

—Mucho. Les vendí dos millones de pastillas y diez mil litros de la sustancia madre en estado líquido.

—Joder. Eso es mucho. Dime ¿ya lo tienen?

—Sí.

—La sustancia madre —dijo en voz alta el inspector—. ¿Qué pueden hacer con ese líquido?

—En parte usarlo y también, si tuvieran el equipo necesario y buenos profesionales, crear ellos mismos Limbis. Aunque no creo que busquen eso.

—¿Y qué características tiene la sustancia madre?

—Pues que a partir de ella puedes definir la Respuesta. Puedes alterar un componente y hoy te servirá para Sumisión, alteras otro y mañana tendrás Ansiedad.

—Ya. Es decir, que tienen la carga, pero no sabemos ni para que lo utilizaran ni qué tipo de Respuesta les interesa.

—Exacto.

A la una y media del mediodía, Salva llegó a la sala de reuniones del CVOP. Ya estaba todo el equipo de investigación sentado.

—¡Otra vez pizza y hamburguesa! —Exclamó Pablo— ¿No hay nada mejor que comer en esta ciudad? Joder, siempre comemos lo mismo.

Todos sonrieron ante el comentario de Pablo, excepto Salva. El mail que recibió de Alicia le mencionaba que “tanta pizza y hamburguesa no era buena”. Podría ser casualidad, pero algo en su interior le decía que era algo más que un simple detalle. Empezó a latirle con fuerza el corazón, pensando que en aquel instante su chip estaría detectando una Respuesta de Ansiedad, pero por suerte estaba solo, no en un grupo superior de diez personas que pudieran sentir lo mismo. ¿Podría ser que uno de ellos fuera miembro o simpatizante de los Sin Identidad y les estuviera suministrando información? La voz de Castro rompió las reflexiones de Salva.

—Señores, el tema se complica. Los Limbis ya no son exclusividad de Diego. Los Sin Identidad se han hecho con una partida importante de pastillas así como la sustancia madre en estado líquido. Por lo visto, es la segunda compra que hacen.

—Esto nos confirma que llevan tiempo mareándonos con el Sentímetro —Puntualizó Mauro, dando unos golpes con el dedo en la mesa.

—Sí. Algunos confidentes nos han confirmado que han aumentado la compra y venta a pequeña escala para concentraciones como discotecas, fiestas privadas y deportivas. Nuestros científicos las han analizado y tienen una diferencia respecto a las anteriores. Tienen mayor capacidad temporal para mantener la emoción en el individuo.

—¿Qué quieres decir con eso? —le preguntó Beatriz a Castro.

Salva miró a Beatriz que seguía manteniendo una actitud esquiva hacia él, aunque también se podría decir lo mismo de él. Pero no la esquivaba, simplemente no veía que tuvieran que intimar para mantener relaciones.

Se fijó que tenía ojeras.

—Que no sólo es engañar al Sentímetro. También se busca su propio engaño. Da la sensación de que su objetivo no es tanto crear el caos en el Sentímetro como crear una nueva Opinión Pública.

La sala se quedó en silencio, tan sólo roto por el ruido de los envoltorios de los bocadillos y el masticar.

Cada uno meditó sobre lo que acababa de exponer Pablo, pero era Salva quien tenía la cabeza más ocupada, debatiéndose entre asimilar la nueva información e intentar descubrir quién podía ser el topo. Porque a medida que pasaba el tiempo, veía más claro que tenían un infiltrado.

Un gran alboroto se oyó por los pasillos, gente corriendo y dando instrucciones.

—¿Qué ocurre? —preguntó el inspector Castro.

Pablo abrió la puerta y detuvo a un chico joven con el pelo largo recogido en una cola.

—Han explotado tres bombas. Una en el Tibidabo, en el Templo Expiatorio del Sagrado Corazón. Se han cargado la estatua de cobre de Jesús que había arriba del templo. La segunda, en el puerto y la tercera en la Fuente de Canaletas, volatizada.

—¡Qué! ¡Pero si estaba custodiada y vigilada las veinticuatro horas! ¡Mierda!

Pablo entró en la sala dando un portazo. Tenía la cara roja, algunas venas del cuello habían tomado un volumen considerable, parecía que quisieran salir de la piel, y la respiración se le aceleraba. Le hubiera gustado a Salva medir con un Sentímetro individual las lecturas del chip de Pablo. Sabía que el gobierno y el CVOP trabajaban para en un futuro obtener, de ciertas personas, Sentímetros personalizados.

Cogió una botella de agua y apuró tres vasos seguidos sin mediar palabra. El grupo le observaba en silencio, entre asustado e intrigado. Bajo un ambiente tenso y unas miradas de pánico, Pablo explicó lo ocurrido. Salva tragó saliva. Aún no había explicado su encuentro con Alicia y ahora que sabía que había un topo era reacio a compartir toda la información con el grupo. Decidió mantenerlo en secreto.

—Hay que actuar con rapidez en todos los frentes, tanto en los lugares de los hechos como con la opinión pública. No se nos puede ir de las manos.

A las cuatro de la tarde, las noticias daban el balance definitivo de los atentados. En la bomba del Tibidabo no había habido ningún muerto ni herido. La del puerto, había causado cuarenta y ocho heridos y seis muertos, todos ellos turistas, ya que se había colocado cerca de la zona de los cruceros, y la explosión de la fuente de Canaletas había provocado dos muertes y veinte heridos. Todas las canales de televisión emitían imágenes y entrevistas de testigos. Las sirenas de policía, bomberos y ambulancias invadían Barcelona, creando un sonido constante y una sensación de caos bélico.

A las cuatro y media, el Presidente de la Generalitat apareció en la cadena autonómica para emitir un comunicado de calma a la población y de rechazo hacia los atentados. Justo en este instante, unas doscientas personas se concentraban en la Plaza Sant Jaume, delante del Palacio de la Generalitat para pedir explicaciones sobre la laxitud de la policía ante los Sin Identidad. El Sentímetro reflejaba claramente ese desorden que vivía la ciudad, con oscilaciones de Respuestas de Queja, Ansiedad y Manifestación. En el CVOP la actividad era frenética y aunque habían conseguido pactar con el Centro de Información unas noticias poco detalladas, no habían podido evitar que las noticias se divulgaran y se supieran todos los detalles, en parte debido a la actuación de muchos medios de comunicación que no seguían las reglas del Centro de

Información.

—¿Cómo consiguieron poner la bomba en la fuente? —le preguntó Salva al inspector

—Hemos sabido que alguien dio de beber agua a los guardias y que estos tuvieron una inmensa sensación de felicidad y tuvieron la imperiosa necesidad de estar con sus familias.

—Limbis en el agua. Castro ¿ya tienes previsto el dispositivo para las cinco de la tarde del 31 de agosto?

Castro frunció el ceño sin entender qué le estaba diciendo Salva.

—¿Qué pasa a las cinco de la tarde?

—¿No te lo ha dicho Pablo?

—No

—La pista de lo de las sábanas blancas es un párrafo de un poema de Federico García Lorca que se titula A las cinco de la tarde.

No le hizo falta darle más vueltas al asunto para llegar a la conclusión que Pablo podía ser el infiltrado. ¿Era un argumento sólido? Le extrañaba que Pablo no le hubiera comunicado ese dato al inspector Castro. Le costaba creer que fuese justamente Pablo, su jefe. Sin dar más explicaciones, Salva se dirigió a su despacho y cerró la puerta. La cabeza le daba vueltas. Alguien llamó a la puerta.

—Señor, no encuentro al Señor Pablo.

—¿Para qué es?

—Nos dijeron que si se detectaba a una mujer con una cicatriz se lo comunicáramos enseguida.

Salva tragó saliva.

—Ya me encargo yo.

—Pues verás, nos han dicho que una mujer con nuestra descripción ha sido vista en la cafetería Laie, la que está...

—Sí, ya sé donde está. Gracias.

Salva cerró la puerta y cogió las escaleras para salir por la puerta trasera del CVOP, evitando cruzarse con los demás miembros del equipo. Subió en un taxi y le indicó la dirección, en la calle Pau Claris, indicándole que fuera lo más rápido que pudiera.

La cafetería Laie tenía dos plantas. La planta baja estaba formada por una librería y la superior era donde estaba la cafetería, que tenía un pasillo largo que daba acceso a la parte posterior donde estaban las mesas y una terraza exterior. Todo ella destacaba por mantener un aire bohemio de aquellos locales donde los intelectuales se reunían para intercambiar sus ideas. Un tiempo en el que el mensaje era importante. Ahora, se controlaba el sentimiento.

Salva preguntó al camarero por una mujer con una cicatriz y este le señaló la parte de atrás.

Alicia está sentada sola, leyendo un libro. Parecía ajena a todo lo que sucedía en la ciudad, como si no fuera con ella.

—¿Alguna novela romántica?

Alicia alzó la mirada, dejó el libro y miró a su alrededor asustada.

—Estoy solo.

—Veo que tendré que ir con más cuidado.

—Bastante imprudente por tu parte. Sabes perfectamente que tenemos vigilantes por toda la ciudad.

Alicia esboza una sonrisa melancólica en sus labios.

—Mi madre venía a este local. Es como una tradición para mí venir aquí. Aunque veo que a partir de ahora deberé frecuentarlo menos.

El camarero trajo a Salva un café con leche, acompañado de un bombón de chocolate. Al ver que Salva lo dejaba en el plato, Alicia lo cogió y desenvolvió el envoltorio.

—El bombón no lo dejan para después. Es para que lo dejes caer y tras esperar que el calor lo disuelva, disfrutes de la mezcla del chocolate con el café —Mientras hablaba dejó caer en la taza el bombón.

—Parad con todo esto, Alicia —Salva no estaba para clases de gastronomía.

—No podemos. La ciudad lo necesita.

—Sabemos lo de Diego. Lo tenemos y nos lo ha explicado todo.

—Vaya, por eso no contestaba al teléfono. ¿Mejor? —Pregunta tras el primer sorbo de Salva al café con leche.

—Sí, está bueno así. Debéis parar con los atentados y con los Limbis. ¿Qué pretendéis con las pastillas?

—Que la gente sienta.

—¿Sienta? Por favor, si les estáis engañando. ¡Estáis manipulando los sentimientos de la gente!

—¡Menuda cara! —Alicia bajó la voz al ver que todos los presentes se habían girado— ¿Tú me hablas de manipular? ¿Y qué hacéis vosotros? Jugáis con la opinión pública como si fuera una simple partida de póker, compinchados con el Centro de Información para que dé las noticias que permitan domesticar la sociedad.

Salva no replicó ni le preguntó cómo conocía la conexión entre el CVOP y el Centro de Información, pero recordó el papel de Pablo como infiltrado.

—Bien mirado, no nos diferenciamos mucho. Los dos jugamos, moldeamos las emociones de la gente.

—Pero yo no mato a nadie con las emociones.

—Lo de Abel no fue cosa mía —Alicia giró la cara para tapar su indignación.

—¿Iván?

—Sí. Dijo que era un peligro y que debía desaparecer.

—¿Por qué tantas pastillas?

—Ya te dije el otro día que las ruinas no son sólo de edificios. Hay también ruinas de pensamientos, de sentimientos, metafísicos, de ideas, de valores. Emocionalmente, la sociedad está en ruinas y lo peor es que no ha tomado conciencia de ello. Como si fuera la zona del Derrumbe, no se quieren reconocer esas ruinas emocionales. Los Limbis permiten a la gente rellenar esos huecos que han caído y formar un todo, recuperar lo que fue la estructura antes de derrumbarse. Yo al menos pienso en la gente, vosotros sólo en el poder.

—Eso no es cierto —Protestó Salva.

Alicia se tocó suavemente la herida, al tiempo que sonreía.

—Solo buscáis el control de las emociones para no perder el poder.

—Controlar las emociones garantiza un orden social el cual hace que tú misma disfrutes ahora sentada aquí con toda tranquilidad. La Opinión Pública es muy fuerte y poderosa, no se puede dejar que crezca sin orientación. Es como dejar a un crío hacer berrinches. Hay que ponerles fronteras, enseñarles, moldearlos.

—Las emociones en nuestras manos —dijo Alicia—. Pero vosotros inhibís y yo creo.

Salva sonrió. No podía evitar dejar de mirar su cicatriz, sus labios, su nariz, ese ojo medio

cerrado. Sintió un deseo inmenso de acercarse y tocarla, acariciarla.

—Es necesario poner un freno. La emoción lleva a la acción —Salva parecía estar dando una lección de principios del CVOP a un nuevo trabajador.

—¿Ah sí? Lo tienes muy claro —Alicia se acercó lo suficiente para que él pudiera notar su aliento—. Dime, ¿lloras porque estás triste o estás triste porque lloras? ¿Besas porque sientes pasión o sientes pasión al notar el contacto de los labios?

Con un movimiento rápido, Alicia se levantó y se alejó de la mesa. Salva la siguió y una vez abajo la cogió del brazo, haciéndola girar hacia él. Sus rostros estaban muy cerca.

—¿Qué pasará el 31?

—Ya lo verás.

Atacado por un fuerte impulso la atrajo hacia sí y la besó. Notó los labios carnosos de ella y como al lanzar su lengua ella no opuso resistencia y le abrió más la boca. Alicia colocó sus brazos alrededor del cuello de Salva, apretando con fuerza, y él colocó una mano en su trasero, realizando un suave masaje. De repente, el teléfono de Salva sonó. Ambos se apartaron, mientras Salva extraía el teléfono, momento que aprovechó Alicia para escabullirse y salir corriendo. Sin embargo se detuvo un instante y antes de que Salva contestara el teléfono, le hizo una pregunta.

—¿Tengo que salir corriendo?

Salva negó con la cabeza, mientras descolgaba la llamada y veía que Alicia se alejaba tranquilamente.

—¡Salva! —El grito de Pablo hizo que Salva apartara el teléfono de la oreja.

—Sí.

—¿Dónde estás? —Pablo pareció molesto por su ausencia.

—Asuntos personales.

—Está bien. Ven al CVOP. Ha venido Mario.

Colgó de forma automática, con la mirada perdida en el lugar dónde había estado Alicia. ¿Por qué le había dejado irse? ¿Y por qué le había besado?

Eran las ocho de la tarde cuando Salva llegó al CVOP y entró en la sala de reuniones. Estaban todos sentados. Mario parecía nervioso, fumando un cigarro con avidez. La tarde no había sido muy productiva. Según le dijeron, no había habido más movimientos ni más pistas.

—Bueno, Mario ha venido por iniciativa propia y quería decirnos algo.

—El otro día, cuando hablé con Salva, me permitió sacar de mi interior todo lo que llevaba ocultando y eso me liberó, pero al mismo tiempo me sentía culpable por haber dado unos consejos a Salva que hubieran podido suponer su muerte. Así que he estado pensando mucho y recordé que durante el tiempo que estuve allí, Iván era un gran aficionado del FC Barcelona. Un día, no sé si en serio o en broma, dijo: “¿Dónde se concentra mayor cantidad de gente y presta atención a un punto diminuto? Un estadio de fútbol”. Y el 31...

—El 31 se juega el partido de liga entre el FC Barcelona y el Real Madrid y creo que es a las tres de la tarde.

—¡Joder! Una bomba en el Camp Nou y en el gran clásico. Explotaría justo cuando la gente sale —dijo Beatriz.

A las diez de la noche una luz se movía entre los bloques. Unas veces subía y otras bajaba. La persona que llevaba la linterna no solo enfocaba hacia el suelo sino que proyectaba un haz de luz hacia los edificios que rodeaban las ruinas. Se movía por aquí y por allá, sin sentido. A veces

resbalaba y la luz desaparecía, pero de golpe volvía a emerger. Otra luz apareció, más atrás. Se acercaba más ágilmente, como si su dueño conociera el terreno sin necesidad de usar ninguna ayuda lumínica. Poco a poco se acercaba. La luz que andaba errática se paró y dejó que la otra llegara hasta donde estaba.

—Podías ser más discreto.

Ambos se enfocan con sus respectivas linternas.

—Tengo que hablar contigo —dijo Salva.

—Vayamos a la cripta.

Una vez dentro, Alicia sacó un pequeño tubo, lo dejó en el suelo y al apretar un botón, iluminó toda la sala.

—Toma, he traído algo de beber.

Salva cogió al vuelo la petaca que le había tirado. Dio un trago y notó el ardor del whisky atravesar su garganta.

—¡Buf! ¿Cuántos grados tiene esto?

—Te puedo asegurar que supera lo permitido. Es del bueno. Como los de antes.

—¿De dónde lo has sacado?

Alicia sonrió.

—Os pensáis que lo controláis todo, pero existe otro mundo bajo el vuestro. Siempre ha sido así ahora y lo seguirá siendo, por suerte.

Salva dio otro trago, notando como el alcohol invadía todo su cuerpo y le llenaba de energía. Ya no recordaba esa sensación de ingerir una bebida con tanta graduación alcohólica.

—¿Te gusta el fútbol Alicia?

—No mucho. ¿Por qué lo preguntas? —Alicia se mantenía fría, distante.

—El 31 juega el FC Barcelona y nada menos que contra el Madrid. Sabemos que ese será vuestro objetivo. Dejadlo ya. Si abandonáis ahora, yo puedo ayudarte.

—¡No necesito tu ayuda! ¡Joder! ¿Dónde estabais cuando sí necesitábamos vuestra ayuda por el Derrumbe? ¿Dónde estaba la gente cuando se pedía que las obras fueran por el litoral y no se hiciera esa maldita obra del ave? ¿Dónde? ¡Nadie nos escuchó!

Alicia bajó la cabeza. Un pequeño movimiento, imperceptible con la poca luz que había, sacudió los hombros de Alicia.

—Mírame. Mi cara quedó marcada para siempre. Eso es la ayuda que recibí —Alicia tenía las mejillas mojadas por las lágrimas que caían como cataratas.

Salva se acercó y con el dedo recorrió su cicatriz de arriba abajo. Al llegar al mentón, giró el dedo y lo guió hacia sus labios y los acarició. Y volvió a besarla. No encontró oposición, al contrario, Alicia le quitó la camisa y acarició su pecho, mientras Salva desabrochaba los pantalones de ella. En pocos segundos, sus cuerpos sudorosos se aprisionaron y se mezclaron convirtiéndose en una única masa musculosa. Alicia emitió un gemido que tambaleó las ruinas cuando Salva la penetró. Notaban cómo las piedras se les clavaban en la espalda, pero no les importaba. Se retorcían en el suelo polvoriento y al llegar al clímax, los dos gritaron de placer.

Salva se tumbó y Alicia se acurrucó en su hombro. Tan sólo se oía el acompasado respirar que iba reduciendo su ritmo. Y poco a poco, se quedaron dormidos.

6

27 de agosto del 2035

El sonido de algunos grillos despertó a Salva. A su lado estaba Alicia dormida. Se vistió y salió a contemplar las ruinas. La luz de la luna le daba un aspecto más tétrico a todo aquel cúmulo de piedras. Se dio cuenta que la mayoría de farolas no funcionaban. Miró a sus alrededor y vio todo absorbido por la oscuridad. Oyó unos pasos detrás de él. Era Alicia, que se había vestido y subió a sentarse junto a él. Como si adivinara sus pensamientos, mencionó lo abandonados que estaban en cuanto a equipamientos.

—Todo a oscuras. No somos nada. Si algo se estropea, nadie viene a arreglarlo. Hace años que las farolas dejaron de funcionar.

—¿Por qué no abandonáis este lugar?

—La gente forma parte de las ruinas. Si nos fuéramos, entonces sí serían unas ruinas.

Salva la miró. Tenía justamente a la vista la cicatriz. Una línea que marcaba el destino de una persona y, posiblemente, de una sociedad, si él podía evitarlo. Acercó la mano y volvió a acariciarle la cicatriz.

Ella no se apartó.

—Deberías sentirte un privilegiado. No dejo que nadie me la toque.

—A lo mejor en tu interior hay una parte de ti que quiere revelarme cosas.

Alicia se rió de forma enérgica. Era una risa franca.

—Tus mecanismos freudianos no van a conseguir desnudarme el inconsciente para que te revele nada de nuestros planes.

Mientras le seguía acariciando la cicatriz, se acercó a ella y la besó de nuevo. Sintió en su interior un fuerte impulso de abrazarla. Volvieron a la cripta, donde de nuevo hicieron el amor. Salva notaba el sabor salado de su sudor, que lamía con deseo. Sus gemidos rompieron el silencio de las ruinas. Ese callar de años, ocultando la verdad y los sentimientos en cada bloque.

Volvieron a quedarse dormidos, abrazados.

Un fuerte zarandeo despertó a Salva. Al abrir los ojos vio la cicatriz en la cara de Alicia.

—Despierta.

—¿Qué hora es?

—Las nueve. Ven, quiero enseñarte algo.

Consiguió desentumecer todos sus músculos estirándose un par de veces.

El ambiente dentro de la cripta era más fresco que en el exterior, cuya temperatura ya alcanzaba los treinta grados a esa hora de la mañana.

Salva siguió con dificultad a Alicia en el descenso por las piedras, que saltaba con agilidad felina por aquella montaña de escombros. Se acercaron a la calle Mallorca.

—Vigila ahora donde pones el pie.

—Vaya, me querías muerto y ahora te preocupa lo que pueda pasarme.

Alicia no pudo evitar sonreír. Y lo cierto es que era consciente que era así.

—¿Qué es esto? —preguntó al ver aquel inmenso cráter que se abría ante ellos.

—La causa de todo.

—¿El AVE?

—Exacto. Las obras no se pararon, a pesar de los avisos del peligro y de la presencia de varias grietas en los edificios. Y aquella mañana, mientras la tuneladora perforaba, todo acabó. Fue en este punto en el que se hundió el suelo, provocando la posterior caída del templo. Luego, cambiaron el trazado. Lo llevaron por la avenida Meridiana, lo soterraron por la Avenida Diagonal y desde allí empalmaba con la calle Provença. Pero el mal ya estaba hecho.

La anchura del agujero debía tener unos ocho o diez metros. Al mirar abajo, se distinguían piedras, farolas y coches de aquel entonces.

—Nadie quiso retirar las cosas que cayeron, si te estás preguntando eso. Tan solo quitaron la tuneladora y ya está. Era lo que más importaba. Algo que había costado tanto dinero no podía quedar tirado aquí.

—Podríaís haberlo hecho vosotros. Me refiero a retirar las cosas.

Alicia miró a Salva con cierta sorpresa. Le costaba entender aquella falta de empatía y poder comprender que se sentía al estar perdido y desolado.

—¿Nosotros? A penas teníamos fuerzas para caminar y ser conscientes de todo lo que habíamos perdido como para meternos en esa oscuridad y limpiarla. Este agujero es nuestro Big Bang.

—Vivís anclados en el pasado y en vuestros temores y rencores. Es por eso que todo esto es una ruina. El poder de la culpa y la venganza os absorbe —dijo Salva.

—Muy filosófico, pero nunca lo entenderás.

Dio una patada a una piedra, que cayó rodando por el agujero y fue a chocar contra la chapa de un coche totalmente oxidado. Alicia se alejó, notando un nudo en la garganta. Salva le agarró del brazo para girarla enfrente de él. Sus caras quedaron a pocos centímetros.

—Déjalo, Alicia. Esta ciudad no necesita otro Derrumbe. Aquello ya pasó.

Ella le miraba con intensidad, notando el aliento de Salva en su boca. No podía dejarse llevar. Aquello podía poner en dificultad su plan.

—Aléjate de mí. Somos enemigos —Alicia había endurecido sus fracciones.

—No puedo. Hay vidas en peligro —le contestó Salva.

Sin embargo, ¿era aquel el verdadero motivo? ¿Qué le estaba sucediendo? Era incapaz de comprender porque tenía ese deseo incontrolado de estar junto a ella. Se acercó para besarla, pero Alicia apartó la cara.

—Las emociones nos juegan malas pasadas —dijo Alicia.

—Tendemos a confundir los deseos con emociones.

—El deseo puede nacer de una emoción.

—Entonces, no te creas que es un deseo.

Esta vez la cogió por la cintura y apretó su cuerpo con el suyo. Sus labios volvieron a encontrarse. Salva sintió los pechos de ella contra su cuerpo. Se separaron asustados al oír el fuerte sonido de algo que se quebraba. Una fuerte columna de humo se levantó de entre las ruinas.

—Una piedra que se ha caído. De vez en cuando ocurre. Las ruinas tienen su propio movimiento. Su propia vida. Son como esas dunas de la playa que avanzan y avanzan unos centímetros al año. Con las ruinas pasa lo mismo, avanzan para adentrarse en la ciudad. Tienen vida.

—El que vosotros le dais. No entendéis que la única carga simbólica que tienen es la que vosotros le habéis otorgado.

—¿Te parece esta desolación simbólica?

Un silencio incómodo se instaló entre los dos. Alicia lo rompió con una pregunta:

—¿Sois conscientes que la manipulación es biderreccional?

—No te entiendo —dijo Salva.

—Vosotros colocáis el estado emocional donde os interesa dando noticias inventadas. Cada mentira modifica la realidad que luego, a largo plazo, os saltará encima y os clavará sus garras en vuestra percepción.

—Te equivocas. Es ahí donde no entendéis nuestro papel. Esas noticias lo que hacen es reconducir el orden y guardar el equilibrio de eso que tú llamas realidad.

—Sabes, un periodista llamado Ryszard Kapuściński dijo una vez que cuando se descubrió que la información era un negocio, la verdad dejó de ser importante. Creo que la frase debe adaptarse a los tiempos actuales y decir que al daros cuenta que la información era control, la verdad dejó de ser importante.

Alicia señaló la parada de metro que tenían delante.

—Creo que será mejor que nos separemos. Los dos tenemos cosas que hacer —dijo con una sonrisa que ensanchó su cicatriz.

—No puedo perderte de vista. Todas tus teorías son muy bonitas, pero te recuerdo que matas a personas.

—Es mejor que te vayas ya.

Salva cogió el brazo de Alicia cuando se disponía a irse.

—¡Suéltame!

—No. Ordena que paren...

Un fuerte golpe en la cabeza hizo que Salva no pudiera decir nada más. Cayó al suelo, con la vista nublada y poco a poco, la oscuridad le absorbió.

28 de agosto del 2035

Un rayo de sol que se filtraba a través de algún hueco de las ruinas penetró hasta la cripta y dio de lleno en los ojos de Salva, que alargó la mano para coger el despertador de la mesita de noche, pero lo único que tocó eran piedras y más piedras. Se incorporó de inmediato y un fuerte dolor en la parte posterior de la cabeza le provocó un calambre por toda la columna vertebral. Estaba en la cripta. Eran las siete y veinte de la mañana y estaba completamente solo. Notó un fuerte dolor en la parte posterior de la cabeza. Se tocó con la mano y notó sangre reseca en el cabello. Recordaba que estaba hablando con Alicia cuando recibió el golpe.

Al salir de la cripta, tuvo que cerrar los ojos ante la intensidad del sol. El día había amanecido con mucho calor y sin ninguna nube. Al llegar a casa, se duchó y se sirvió un café doble. Palpó la herida y apreció que no era grave. Encendió la televisión. En las noticias explicaban que los atentados de hacía dos días habían provocado que muchos turistas hubieran abandonado la ciudad. Mejor, pensó Salva, menos problemas para el 31. La siguiente noticia hacía referencia a la decisión de la Generalitat de crear un cementerio nuclear cerca de Barcelona. Según comentaba el periodista, la opinión pública estaba en contra y ya se habían propuesto diversas manifestaciones de repulsa.

Salva sonrió. Sabía que había sido obra del Centro de Información.

—Una buena táctica para desviar la atención, sí señor. Estás muy equivocada Alicia. Esto es necesario, sin nosotros, la ciudad sería un lugar salvaje —dijo en voz alta.

Se tocó el cogote, lo que le provocó un dolor intenso. Se tomó una aspirina para remitir el malestar del golpe.

En la pantalla apareció el Presidente de la Generalitat inaugurando una nueva Biblioteca y un periodista le preguntaba si estaría presente en la entrega de los premios literarios, a lo que respondió que no podía estar en dos lugares diferentes a la vez. Inicialmente no le dio importancia al comentario, pero poco a poco una idea se instaló en su mente. Era cierto que cuando visitaron las ruinas la primera vez, Alicia debió verles porque vivía cerca. Desconocía dónde, pero seguro que en uno de los edificios que les rodeaba. Sin embargo, la noche que fue a la Torre Agbar, Alicia no podía saber que estaba allí y en cambio apareció luego más tarde para intentar empujarle al paso de un autobús. A menos que alguien la avisara. Pol, el chico que le supervisaba.

Salió a la calle en busca de un taxi y su teléfono sonó. Mauro le informaba que se había detectado una respuesta de Batalla en un almacén abandonado en Poble Nou y luego se había movido. Gracias al seguimiento de un helicóptero habían edificado una furgoneta robada hacía dos días como fuente de emisión.

Le indicó que no se moviera, pues iba a buscarlo. Al cabo de cinco minutos apareció el coche de Mauro, que condujo con rapidez por Paseo de Gracia y se detuvieron en el cruce con Provença.

Salva miró a su alrededor y vio asombrado el edificio majestuoso que se levantaba en la esquina. La Casa Milà, la Pedrera, de Gaudí, con sus formas curvilíneas.

—¡Maldita sea!

—Sí. Los satélites lograron interceptar una conversación telefónica desde la furgoneta que preguntaba si ya había turistas en la Pedrera.

Llevaban cuatro minutos esperando, cuando apareció una furgoneta blanca, sucia, que aparcaba justo enfrente de la Pedrera. Vieron como un guardia se acercaba. Salva contó hasta diez hombres que bajaban con mono de operario, escaleras, cajas de herramientas y mochilas.

—¿Y la policía?

—Está de camino.

Al apoyar la cabeza hacia atrás, Salva soltó un bufido. El golpe que había recibido le seguía doliendo.

—¿Qué ocurre?

—Nada. Me di un golpe con la puerta de un armario en la cocina.

Desde la posición en la que estaban vieron cómo el guardia les entregaba una hoja y repartía unos pases a cada uno de ellos.

—¡Mierda! El tío los va a dejar entrar —exclamó Mauro.

—Hay que hacer algo.

Sin previo aviso, Mauro arrancó el coche y se dirigió hacia ellos, tocando el claxon sin parar. Todos miraron hacia el todo terreno que se acercaba directamente a la entrada de la Pedrera. Con un giro maestro, Mauro hizo derrapar el coche y se empotró lateralmente contra la puerta de la furgoneta, impidiendo cualquier uso de la misma. El choque había sido por el lado del copiloto, de forma que Salva no podía salir hasta que Mauro dejara libre su sitio, algo que hizo con especial habilidad, al bajar del coche, arrodillarse y usar la puerta de escudo. Acto seguido, empezó a gritar.

—¡Llevan bombas, llevan bombas! ¡Que no entren!

Todo ocurrió con gran velocidad. Uno de los operarios sacó una pistola y disparó a la cabeza del guardia que cayó como un saco de patatas.

Mientras, dos guardias de la Pedrera que estaban en el interior, salieron desenfundando sus armas y dispararon contra los operarios. Uno de ellos cayó al atravesarle una bala en el pecho. Salva se agachó para evitar los disparos dirigidos al coche. Ahora estaba en la zona del conductor y tenía a su lado a Mauro, protegido por la puerta. Los guardias habían abatido a otros dos operarios, pero uno de ellos recibió dos disparos mortales en la cabeza.

—¡Salva, sólo queda un guardia!

—Nos están acribillando. No podemos salir.

Los siete operarios dividieron sus esfuerzos en acabar con el guardia que quedaba y disparar al todo terreno. El guardia acertó en el brazo a uno de los falsos operarios, lo que le hizo lanzar el arma hacia atrás. Otra bala dio en la frente de otro operario, pero tres de ellos se habían

acercado y, sin contemplaciones, descargaron diez disparos sobre el cuerpo del único guardia que quedaba.

—¡Joder! ¡Van a entrar!

Y entonces Mauro vio el arma en el suelo. Estaba a escasos dos metros de donde estaba él. A pesar de su sobrepeso, se apartó de la puerta, se tiró al suelo y cogió el arma disparando sin pensárselo.

A Salva no le dio tiempo a reaccionar y observó, petrificado, cómo Mauro se enfrentaba a los operarios. A uno le dio en el estómago y a otro en la pierna. Intentó levantarse, pero una bala le dio en el hombro.

—¡No! —gritó Salva.

Incapaz de moverse, observó la escena como si fuera a cámara lenta. Varios proyectiles dieron en el cuerpo de Mauro, que cayó hacia atrás. Mientras tanto, aparecieron dos coches de policía, de uno de ellos bajó el inspector Castro que empezó a disparar hacia los operarios. Dos más cayeron muertos y los demás se retorcían de dolor.

Salva se acercó a Mauro que respiraba con dificultad, envuelto en un charco de sangre.

—No... no... no han entrado, ¿verdad?

—No. Y gracias a ti. Tranquilo, te pondrás bien.

—Tengo frío, Salva. No... no siento...

Pero ya no respiró más.

Mauro se quedó con los ojos abiertos, vacíos, sin movimiento, ausentes. Salva mantuvo su mano entre las suyas. Sentía mucha rabia. El inspector Castro se acercó y le colocó la mano encima del hombro.

—Lo siento.

Una gran tristeza invadía el CVOP por la muerte de Mauro. Salva se cambió de camisa en su despacho, ya que la suya estaba manchada de la sangre de su compañero. Tomó aire y se dirigió a la sala de reuniones donde le esperaban Pablo, Castro y Beatriz. Salva rehusó mirar a Pablo pues no quería desatar su furia hacia él sin tener aún pruebas de que él era el topo y por tanto, responsable de la muerte de Mauro.

—Esto ha sido un duro golpe. Sé que estamos apenados, pero tenemos que seguir.

—Tenemos a tres de los operarios vivos. Realizaremos los interrogatorios estén bien o no, da igual —dijo el inspector Castro. Su tono de voz mostraba un hilo de furia y dolor al mismo tiempo.

Salva agradeció esa complicidad.

—¿Alguna idea? —preguntó Pablo.

Salva se mantuvo en silencio. Podría decirles que sabía que Alicia vivía cerca de las ruinas, podría decirles que rodearan la zona, podría decirles que había estado con ella. Incluso, podría decirles que había hecho el amor con ella. Pero no dijo nada de eso. Desconfiaba del equipo, pues aún no sabía con certeza quién era el topo. Sin embargo, se preguntaba si realmente ese era el motivo.

—Yo propongo centrar nuestros esfuerzos en proteger el Camp Nou y ver qué información podemos sacarles a los cabrones que tenemos apresados.

—Está bien. Haremos lo que dice el inspector Castro. Tendremos controlado el Camp Nou. Salva y Beatriz, vosotros intentar averiguar cuál puede ser el posible movimiento de esta gentuza. Aún faltan días y seguro que antes harán algo.

Salva y Beatriz salieron al exterior del CVOP y observaron el tráfico intenso de la diagonal.

—¿Dónde estuviste ayer? —dijo de improviso Beatriz.

—¿Eh? Me encontré mal.

—Te estuve llamando por si querías que cenáramos juntos.

—Ya. No oí el teléfono.

Beatriz le miraba con suspicacia.

—¿Quieres hoy?

—No creo que sea el mejor día, Beatriz. Te recuerdo que han matado a mi compañero.

—Ya lo sé —dijo cabizbaja Beatriz—. Venga, nos irá bien.

Salva no respondió. Tenía la mirada perdida en los coches que pasaban. De repente, recordó lo que iba a hacer esa mañana, antes de que le llamara Mauro y fueran al fatal desenlace de la Pedrera.

—Está bien, nos vemos esta noche, pero ahora necesito estar solo un rato.

—Lo entiendo.

Iván miró desconcertado a Alicia. No entendía el enfado de ella con lo sucedido.

—Hay que destrozarse los monumentos, no ir cargándose a gente con pistolas —le dijo Alicia.

—Sonia, cuando surgen problemas hay que actuar —Alicia tuvo que hacer un esfuerzo para no contestar extrañada al oír ese nombre, pero recordó que todo el mundo la conocía como Sonia.

Alicia se giró para darle la espalda a Iván. Desde que se enteró del fracaso de la operación, un sentimiento de furia invadía todos sus pensamientos. Aquel era su objetivo más amado. Más bien, podía decirse que todo lo relacionado con Gaudí. Siempre pensaba que si el derrumbe se había llevado la obra más importante del famoso arquitecto, lo mejor era que no quedar ninguna en pie. Barcelona debía quedarse sin creaciones de Gaudí. Ojo por ojo y diente por diente, pensaba.

Luego vinieron los nervios y la ansiedad al enterarse de que el muerto era un miembro del CVOP y temió que fuera Salva, pero más tarde confirmaron que se trataba de un compañero suyo.

—Te recuerdo que nuestra obra es otra. Nuestro objetivo es dar un golpe que cambie todo.

—Oye Sonia, entiendo que te moleste, pero los contratiempos no se escogen, surgen.

—Ya. Como el de Abel.

—Abel podía cantar demasiado. Llevar a cabo la obra implica sacrificios.

Alicia abandonó la sala donde estaban reunidos varios rebeldes. Los modos de Iván no le gustaban, pero le necesitaba, sobre todo, sus fondos.

Habían fracasado en el atentado y tres de los rebeldes habían sido apresados. Era consciente de que un fallo más y sería su perdición. Pensó en ir a casa y mirar las ruinas sin prisas. Sin embargo, ¿eran las ruinas lo que quería ver? ¿O acaso esperaba que apareciera alguien por allí?

Se acarició la cicatriz en un gesto involuntario, al tiempo que sintió un calor en su interior.

—¡Sonia!

Alicia se giró y vio a Iván detrás de ella.

—Te preguntaba que qué hacemos.

—Seguimos con el plan. Hoy, dos más. Mañana, descanso antes de la tempestad.

A las doce de la mañana, Salva bajaba del taxi que le había dejado enfrente de la Torre Agbar. El guardia le reconoció en seguida y le dejó entrar. Subió a la planta 31 y le comentó al segundo guardia que quería hablar con Pol. A los pocos minutos apareció.

—Hola Pol, ¿Podemos hablar?

—Sí, claro. Vayamos a una sala que hay dentro.

Salva le siguió. Pasaron por delante de las pantallas táctiles y se dirigieron al pasillo que les llevaba a la zona de archivo, pero cuando pasaron por delante de una puerta, Pol la abrió de golpe y se escabulló.

Salva tardó unos segundos en reaccionar y comprender que lo que estaba sucediendo no era otra cosa que Pol estaba huyendo de él. Abrió la puerta y se lanzó lo más rápido que pudo a su caza. Pol se escapaba por la escalera de emergencia. Con gran esfuerzo, empezó a saltar escalones de dos en dos. Una vez fuera, vio cómo Pol corría por la parte central de la Diagonal, dirección mar. Salva emprendió la carrera. De repente, Pol giró a la izquierda y se dirigió hacia el centro comercial Les Glòries. Salva perdió distancia al esquivar los coches que pasaban por el lateral de la avenida Diagonal. Al entrar en el centro comercial, Salva recibió multitud de insultos por los empujones que daba para hacerse paso. Todos ellos en idiomas diferentes. Los centros comerciales también eran lugares exclusivos para los turistas. Cruzaron la parte descubierta del centro y fueron a parar a la Calle Llacuna. Pol chocó con unos turistas y cayó al suelo. Esto permitió a Salva llegar hasta Pol y agarrarlo por el cuello. Pol se revolvió y le dio un puñetazo en el estómago a Salva, que aguantó la respiración para así poder responder con un rodillazo en los testículos de Pol, que quedó doblado sobre sí mismo en el suelo, momento que aprovechó Salva para apartarlo de las miradas de los curiosos.

—¿A quién llamaste cuando vine la otra noche?

—No sé de qué me hablas —dijo entre jadeos por el dolor que tenía en la entrepierna.

De repente, una voz interrumpió el interrogatorio de Salva.

—¡Eh oiga! Deje al chico.

Pol aprovechó la sorpresa de Salva para zafarse de sus manos y salir corriendo y cruzar la calle, justo en el instante en que pasaba un coche. Su cuerpo chocó violentamente contra el capó, expulsándolo hacia delante y cayendo al suelo. Pol no se movía. Salva se acercó y le tomó el pulso. Seguía con vida. Tenía la cara llena de sangre.

—¡Llamen a una ambulancia!

Debido al fuerte impacto, de los bolsillos de Pol cayeran unas llaves, un paquete de chicles y un móvil, que inmediatamente cogió y guardó. La ambulancia no tardó en llegar, llevándose a Pol lo más rápido que pudieron, mientras Salva se perdía entre la multitud que miraba la escena, ávida de historias macabras que explicar luego a sus conocidos.

La playa ofrecía un aspecto de gran tránsito, entre las personas que se esperaban para acceder el tiempo reglamentario y los que estaban ya tomando el sol. Desde donde estaba Salva, no se distinguía la arena de tantos cuerpos semidesnudos que había estirados. Estaba sentado en un banco de piedra situado en el piso superior del paseo marítimo. El mar estaba algo movido. Habían izado la bandera amarilla. Pero eso daba igual. La gente prefería invertir el poco tiempo que les daban para tomar el sol en lugar de bañarse.

El timbre de su teléfono móvil le sacó de sus reflexiones. En la pantalla aparecía Número Oculto.

—¿Diga?

—Tenemos que vernos.

—¿Vas a darme otro golpe por la espalda?

—Por favor, Salva.

—¿Qué?

—Te recuerdo que me estabas agarrando y estabas en mi territorio.

A regañadientes aceptó verse con Alicia en media hora en una terraza situada en el paseo marítimo. No sabía por qué lo había hecho, siendo consciente de que sus manos estaban manchadas de alguna manera por la sangre de Mauro.

Llegó puntual a la cita. Alicia llevaba una falda corta negra, ajustada, enseñando unas piernas lisas y delgadas, y una camiseta de tirantes blanca que marcaba sus pechos. Sus ojos estaban ocultos tras unas gafas de sol.

—Salva, lo siento mucho —le dijo una vez que habían pedido una cerveza.

—¿Lo sientes? No me hagas reír. ¿Tú que matas a gente con las bombas?

—Esto es diferente. Las bombas van contra los monumentos, no contra las personas, sin embargo, disparar es otra cosa. Puede que no me creas, pero quiero que sepas que hay cosas que planifica Iván por su cuenta y él es más violento que yo.

—Alicia, formas parte de la gente que ha matado a mi compañero.

—Mi objetivo no es matar a gente, vuelvo a repetirte. Estoy contra los monumentos, contra este estilo de vida, contra una sociedad donde su economía se basa exclusivamente en el turismo.

Salva negó con la cabeza. En el silencio que se había creado entre ambos sonaban con fuerza las tripas de Salva. Eran las dos y aún no había comido nada. Alicia sacó una bolsa de patatas fritas y la colocó encima de la mesa.

—Quiero creerte Alicia, pero el dolor me nubla la razón —le dijo tras devorar unas cuantas patatas.

—Iván no me dijo nada de la operación. No sabía que iba un grupo de rebeldes y que iban armados.

—¿No sabías que iban armados? —El tono era más bien burlesco— Pretendes qué me lo crea.

—¿Acaso Abel iba armado? Mi gente lleva una bomba, nada más. No quiero que les asemejen con simples terroristas.

Salva miró las piernas de Alicia, sintiendo un fuerte deseo de acariciarlas, besarlas, olerlas. Alicia se había quitado las gafas de sol y miró fijamente a Salva. Sin apenas percatarse de la aproximación, Alicia había movido la silla, situándose cerca de él. Cogió su mano entre las suyas.

—Estamos en bandos diferentes, Salva. No lo podemos obviar. A lo mejor sería conveniente que...

Alicia dejó la frase sin terminar. A Salva no le hizo falta preguntar que quería decir, pues sabía lo que insinuaba: dejar de verse. Y realmente, era algo que también él pensaba. Sin embargo, reconocía que aunque era la medida adecuada, le creaba sentimientos encontrados.

Ante sí tenía su enemigo, pero también alguien que le atraía sin poder controlar su voluntad, al igual que un metal no podía evitar acercarse a un imán. Se sentía absorbido por su fuerza, su carácter, su belleza. Notaba que estaba cambiando, sin saber muy bien por qué. Jamás había perdido el control de sus sentimientos.

La mano de Salva cayó sobre la pierna de Alicia y acarició su muslo por debajo de la mesa. Su deseo creció y su mano jugó con la falda y, tras una ojeada furtiva a las personas que le

rodeaban y apreciar que nadie se fijaba en ellos, desplazó la mano hacia el interior de la falda, tocando con la punta del dedo la tela de su ropa interior. Alicia gimió suavemente, mientras cerraba los ojos y acercaba sus labios a los de él.

—No quiero perderte —le dijo Salva.

—Veámonos esta noche. En la cripta.

Eran las cuatro y cuarto cuando un grupo de ingleses y franceses se agolpaban en la escalinata del Parque Güell para hacerse fotos junto al Dragón cubierto de azulejos. Un hombre se acercó con un silbato en la boca y empezó a dar pitidos para que los turistas se separasen. Se trataba de un operario, con un mono gris de trabajo y un gorra puesta que imposibilitaba verle la cara.

—A ver por favor, despejen la escalinata que vamos a arreglar un desperfecto.

Los turistas se apartaron visiblemente enfadados por perderse una de las famosas instantáneas de la visita a Barcelona. ¿Cómo podía ser que no tuvieran prioridad ellos sobre cualquier tarea que se llevara allí? El hombre colocó unas vallas y dejó su bolsa junto al Dragón. El operario se fue y dejó a los turistas mirando impacientes la escalinata vacía. No comprendían lo que estaba ocurriendo.

A las cuatro y dieciocho minutos la bomba destrozó completamente el Dragón, que voló en mil pedazos, y parte de la escalinata. Alguno de los fragmentos salieron disparados como metralla e hirieron a varios turistas.

A la misma hora, otra bomba convertía en polvo la estatua situada en medio del estanque que había enfrente del Parlamento, en el Parque de la Ciutadella.

Castro y Pablo habían estado trabajando en el Parque Güell, mientras que Beatriz y Salva habían analizado el lugar del Parque de la Ciutadella. No había ninguna pista, nada que pudiera ayudarles en la amenaza del 31 de agosto.

—¿A qué hora quedamos esta noche para cenar? —la pregunta de Beatriz desorientó a Salva, que no entendía a qué se refería.

—¿Cómo?

Se había olvidado de que había aceptado la propuesta de Beatriz para cenar esa noche, ofuscado por el deseo de saborear el cuerpo de Alicia. Salva le pidió disculpas, alegando una reunión.

—¿Con quién? —La pregunta había sido rápida, espontánea, pero no era eso lo que sorprendió a Salva, sino su tono agresivo.

—Bueno... con alguien.

—¿No puedes decirme quién?

—Beatriz, no es cosa tuya.

—Hasta cierto punto. Habíamos quedado y ahora me plantas. Creo que al menos, me merezco una explicación.

—Es... es un amigo y punto.

Beatriz se dio la vuelta y se alejó sin más. Salva se quedó mirando, atónito, el espacio donde antes estaba la estatua del Desconsuelo. Se trataba de un desnudo femenino en el que la mujer estaba inclinada sobre una piedra y ocultaba su rostro entre los brazos. La estatua se había convertido en una ruina más.

No lograba entender la actitud de Beatriz y decidió que de regreso al CVOP hablaría con

ella, aunque bien mirado, tampoco le preocupaba en exceso. Justo en ese instante, le llamó Castro al móvil para pedirle que fuera de inmediato a la comisaría.

A las seis y media llegó a la comisaría la Monumental, donde le esperaba el inspector Castro en una sala con una mesa de cristal y patas de aluminio. El inspector Castro le informó que las bombas no habían provocado ninguna muerte y apenas seis heridos leves.

—Te he hecho venir para enseñarte esto —Le alargó una hoja en el que había dibujado un plano—. Esto lo encontramos en uno de los bolsillos de los tres rebeldes que sobrevivieron al atentado. Como ves es un mapa de la zona de Les Corts, bastante amplia, en ella aparece desde el CVOP, la avenida Diagonal y el Camp Nou.

—Sí. Esto confirma nuestras sospechas.

—¡Exacto! No se nos escaparán. Habrá un dispositivo sin precedentes. Otra cosa. Los médicos tomaron muestras de sangre de los tíos y resulta que tenían altos índices de Histamina, Dopamina, Feniletilamina y Serotonina. Todos ellos excitatorios. Vamos, que iban superenchufados de energía.

—Por eso saltó la alarma de Batalla.

—Supongo.

—Pero no era real —Salva reflexionaba en voz alta—. Tenían un falso sentimiento de poder para afrontar cualquier situación.

—Más o menos. Yo también he pensado lo mismo. Cada uno llevaba una petaca, que contenía la mezcla de sustancias.

—Un cubata emocional —dijo Salva en voz baja.

El teléfono móvil del inspector Castro sonó. Se trataba de Pablo que le comunicó que un nivel Asco, respuesta Saboteo se había detectado en el Palau Sant Jordi, situado en la montaña de Montjuic.

Justo en el instante en que el reloj marcaba las siete de la tarde, once personas sentadas en las gradas del Palau Sant Jordi se tomaban unas pastillas y esperaban la señal. Les dijeron que alguien metido en el CVOP les llamaría para avisarles. A los dos minutos, una llamada al móvil de uno de ellos les transmitía el mensaje: El Sentímetro ya les había detectado. Recogieron sus cosas y se fueron, no sin antes dejar una nota de papel en un asiento.

A la misma hora, unos hombres vestidos de negro, con la cara tapada, entraron en las depuradoras de agua de El Prat de Llobregat, Sant Feliu de Llobregat, de Vallvidrera, de Montcada i Reixac y la del Besós. Por las intermediaciones de cada una de ellas, esperaban aparcados unos camiones cisterna. Los hombres entraron y de forma sincronizada accedieron a los puntos de vigilancia y mataron silenciosamente a los guardias.

—La jaula se abre.

Era la señal que esperaban los conductores de los camiones cisterna para entrar, seguidos de otros camiones con tráileres en cuyo interior había un grupo de rebeldes preparados para actuar.

Eran las siete y media de la tarde cuando el inspector Castro y Salva entraron en el impresionante Palau Sant Jordi, construido para los Juegos Olímpicos de 1992. Eso quedaba ya muy lejano. Encontraron el recinto vacío. No había señales de ninguna concentración. Castro estaba abajo, en la pista, mirando de encontrar algo, mientras que Salva se había situado en las

gradas superiores. Siguieron buscando, aunque ya se habían percatado de que todo había sido un engaño.

—Oye, aquí no hay nada —le dijo el inspector Castro desde abajo. La acústica era tan buena que no necesitó gritar.

Salva mantuvo la vista perdida en los asientos y cuando estaba a punto de girarse, vio, en uno de ellos, situado diez filas por debajo de él, un papel en un asiento. En el papel había una anotación hecha a mano:

Ninfeas, armonía en verde.

Salva arrugó la frente ante el sin sentido de la frase.

Debido al denso tráfico que había en la ciudad, tardaron una hora en llegar al CVOP. Allí les esperaban Pablo y Beatriz en la sala de reuniones. Antes de entrar, Pablo detuvo a Salva en la puerta.

—Salva, ¿estás bien?

—Sí

—Te noto extraño conmigo —Pablo le miraba con el ceño fruncido.

Salva estaba a punto de explotar y decirle que era un maldito topo, un traidor, pero prefirió abordar el tema a solas con él. Para quitarse de encima a Pablo, le contestó que aún se sentía un poco aturdido por lo de Mauro.

—Te entiendo. Si necesitas desconectar...

—No, no. Hay que seguir. No puedo tomarme un descanso cuando algo tan gordo va a pasar.

Entraron en la sala y Pablo repasó la situación.

—La situación del Sentímetro ahora mismo es de relativa calma. Nivel Incertidumbre, respuesta Sumiso. Todos nuestros esfuerzos se centrarán en cubrir el Camp Nou.

—¿Y no sería mejor anular el partido? —dijo Salva.

—No es posible. Ya sabéis que el ochenta por ciento de los aficionados son turistas. Hemos hablado con el club y les hemos garantizado que todo irá bien. Es mejor que siga todo como está y que ellos no intuyan que lo sabemos, así les cogeremos a todos.

Salva miró con desconfianza a Pablo, que se asombró de lo bien atado que lo tenía todo para que los Rebeldes pudieran llevar a cabo el atentado. Lo que más le sorprendía es que nadie se diera cuenta de su doble juego.

—Id a descansar, que mañana nos espera otro día duro.

Eran las diez de la noche cuando Salva llegó a la cripta. Antes había ido a casa para ducharse y comer algo. Alicia le esperaba con unos vasos llenos hasta arriba de licor. Dieron un sorbo, apuraron todo el contenido y se miraron en silencio. Eran como dos jugadores de equipos rivales que se escapaban de sus entrenamientos para gozar del placer de estar juntos. Sabían que eran diferentes, que pertenecían a dos mundos totalmente opuestos, pero les unía el engaño. Y eso les excitaba más.

Sin decirse nada, se acercaron y sus labios se encontraron. Poco a poco, sus manos fueron deshaciéndose de las barreras textiles que impedían acceder a la piel suave y caliente de cada uno de ellos. Alicia se sentó encima de Salva, notando como él entraba con violencia en su interior. Su mente era incapaz de controlar el torrente de emociones que en ese instante sentía. Sabía que no debía estar cerca de él. Sin embargo, su cuerpo le llamaba como una luz a la polilla. Y ese podía

ser su perdición, pues cuando la polilla se acercaba demasiado a la bombilla, moría.

Todo el cuerpo de Salva vibró al llegar al orgasmo. No entendía como él, un vigilante del orden social, podía caer en las redes de una persona que mataba a gente y quería crear el caos. ¿Acaso había en sus principios algún tipo de fisura que se sintiera más cerca de los Rebeldes de lo que él podía imaginar? Recordaba las palabras de Alicia en que comparaba la labor del CVOP de manipular los sentimientos con la de los Limbis.

Se tumbaron, mientras sus respiraciones se ralentizaban.

—¿Qué son las Ninfeas? —preguntó Salva mientras acariciaba su mejilla tumbados en el suelo, con sus cuerpos sudorosos tras hacer el amor.

—Ya lo sabrás en su momento.

—No sé por qué estoy contigo, cuando tendría que entregarte.

—La pasión es poco razonable.

—¿Es sólo pasión?

Alicia guardó silencio. Salva siguió acariciando la cicatriz.

—Sabes. Nadie me la había tocado antes. No lo permitía. Era como dejar que las personas tocaran mi propia ruina.

—Es tu identidad, tu fuerza, tu belleza —Al decir esto, Alicia colocó la mano sobre el sexo de Salva y al notar que creció de tamaño se colocó de nuevo encima de él.

— Siente, no solo deseas —le dijo Alicia jadeando en el oído.

Alicia se quedó dormida tras hacer de nuevo el amor y Salva notó la boca seca. Los vasos estaban vacíos, así que rebuscó en la bolsa de Alicia y encontró la petaca. La abrió y, justo cuando iba a volcar su contenido en su boca, se detuvo. Horrorizado, miró la petaca. Era la misma que llevaban los rebeldes del atentado en que murió Mauro. Su respiración se aceleró y apretó el puño. ¿Podía ser que fuera todo una fantasía? Se sentía engañado y manipulado. Alicia le había dado de beber en varias ocasiones de una botella de agua. Pero también sentía mucha furia consigo mismo por haber caído tan inocentemente en la trampa. Se agachó y sacudió con violencia a Alicia, que dormía plácidamente.

—¿Qué ocurre? —dijo Alicia medio somnolienta.

—¡Por qué!

—¿Qué pasa? —Alicia estaba asustada ante la expresión de furia de Salva y sin comprender a qué se debía aquel ataque.

—¿Tenías que jugar conmigo? ¿Llenarme de sentimientos falsos para que cayera en las redes de tu impostura y así mantenerme alejado de tu gran obra? Eso es lo único que te importa... tu obra. Mientras me tuvieras entre tus piernas, tu obra estaría protegida.

—¿De qué hablas?

—¡De esto! —Salva colocó en la cara de Alicia la petaca— No te acerques a mí y procura esconderte bien en tus malditas ruinas porque a partir de ahora somos enemigos... de verdad.

—Salva, no...

Pero Salva ya había salido de la cripta. Saltó de pedrusco en pedrusco, perdiéndose en la oscuridad.

Alicia era incapaz de moverse, como si no pudiera dar la orden a sus músculos de que reaccionasen. Unas lágrimas recorrieron sus mejillas. Y su cicatriz volvía a emitir un latido acelerado.

29 de agosto del 2035

La sala del tanatorio estaba llena. Prácticamente todo el CVOP estaba presente. Salva no quiso sentarse cerca de las primeras filas, pues allí estaban los padres de Mauro. Salva se preguntaba qué valores daría el Sentímetro en ese momento en esa sala. El oficio para despedir a Mauro fue sobrio. Por lo que él sabía, no había sido muy religioso, pero eso daba igual. Aquellos actos era más para los que seguían con vida.

Una vez incinerado y entregada la urna a los padres, Salva se disponía a irse, cuando le llamó Pablo.

—Mañana toca reunión urgente. Los políticos están muy nerviosos.

Salva miró a los padres de Mauro recibir las condolencias de la gente. La madre era incapaz de contener el llanto. Asintió como un autómata.

—Descansa. Ah, por cierto —Pablo se detuvo antes de irse—. Han enviado esta mañana un sobre a tu atención al CVOP. Lo hemos abierto por si tenía alguna bomba y solo tenía este dibujo.

Pablo le entregó el papel y se fue. Salva lo abrió y vio en él un dibujo de una puerta con un dragón hecho todo de hierro. Se trataba de una obra de Gaudí que estaba en una de las entradas del Camp Nou. “Demasiado evidente”, se dijo. Se guardó el papel y busco a Beatriz. La encontró hablando con algunos compañeros del CVOP. Esperó a que le mirara y le hizo una señal para que se acercara. Ella se despidió y se acercó.

—¿Qué quieres?

—Podríamos ir adelantando la velada.

Beatriz sonrió ante el rostro picarón que le puso Salva.

—Vaya, te veo muy interesado en mi compañía ahora.

—Nunca la he esquivado.

—Yo no opinaría lo mismo.

—Las interpretaciones que cada uno hace están dirigidas por nuestras emociones.

Sin previo aviso, Salva acercó sus labios a su oreja y lamió el lóbulo. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Beatriz, que sintió un fuerte fuego en su interior. La respiración se le aceleró.

—Vámonos —dijo en un susurro.

Al llegar a casa de Beatriz, bebieron un poco de vino, antes de sumergirse en besos y caricias. Salva sentía una sensación extraña. Cada vez que estaba con ella, sentía que debía abandonarse y entregarse.

Una vez desnudos, notaron como el calor de sus cuerpos actuaban como un imán, incapaces de separarse y de saborear cada poro de la piel del otro.

Beatriz se durmió, pero Salva seguía dándole vueltas a un asunto. El dibujo de la puerta de Gaudí. Era cierto que estaba en el Camp Nou, pero ese no había sido su sitio original. No recordaba con claridad cuál había sido, pero estaba seguro de ello. ¿Y si no era en el Camp Nou dónde pondrían la bomba? ¿Y si era una pista?

Miró a su lado el cuerpo desnudo de Beatriz. No le desagradaba tener sexo con ella, pero sí que le desconcertaba el sentimiento de proximidad que había nacido en él hacia ella. No debía dejarse llevar por las emociones. Jamás.

Entonces, decidió que era el momento de dejar claro cuáles eran las fronteras entre ellos dos.

Se vistió con sigilo. Era la segunda vez que lo hacía, pero pensó que eso facilitaría la relación entre ambos. Es lo mejor para ella, pensó.

En la cocina se dirigió a la nevera. La puerta era la típica con pantalla táctil. Puso la pantalla en modo nota y escribió un pequeño texto.

Lo siento Beatriz. No debemos permitir que esto nos confunda. Los dos disfrutamos, pero no sentimos.

9

30 de agosto del 2035

Al despertarse, Salva notó un fuerte dolor de cabeza. Se tomó un gelocatil y se preparó un buen café con leche. Encendió la televisión justo en el instante en que hablaban del partido de fútbol del día siguiente. También de los daños ocasionados por los últimos atentados y de la detención de un grupo de atracadores de joyerías.

Miró por la ventana y de nuevo un cielo limpio de nubes permitía al sol desplegar todo su calor sobre Barcelona. A las nueve y diez llegó al CVOP y preguntó por Pablo a la recepcionista que le informó que todavía no había llegado. Al pasar por delante de la cafetería, vio al inspector Castro tomar un café.

—Creo que hoy había reunión —dijo Salva.

—Sí, a las once. He venido para ver cómo estaba el Sentímetro.

—¿Y?

—Según me ha explicado el supervisor, está todo muy tranquilo. Nivel Sorpresa, Respuesta Feliz.

—Demasiada calma. Oye, quería darte esto —Salva le entrega en una bolsa la petaca de Alicia—. La encontré en la explosión del 4 Gats y hasta ahora no me había acordado. Para que la analicéis.

—¡Genial! A ver qué cóctel nos sale aquí.

Salva bajó la mirada para evitar que en su cara se reflejase cualquier indicio de culpabilidad y vergüenza. Sabía que podrían echarle del CVOP si se supiera que había estado manteniendo una relación con un rebelde activo de Sin Identidad. Y no una cualquiera, sino su cabecilla.

Con la excusa de que tenía que elaborar unos informes, Salva se despidió hasta las once. Sin embargo, no se dirigió a su despacho, sino al Departamento de Mensajes Oídos. Encontró a Fredi sentado en una silla leyendo un comic.

—Hombre, tú otra vez por aquí. Ahora qué quieres, ¿consultar el Quijote?

—No. Creo que tenéis un equipo para recomponer la información de dispositivos electrónicos que han sido borrados.

—Sí. El Compositor.

Salva le dio el teléfono móvil de Pol, el cual seguía sin funcionar desde su choque con el coche.

—El registro de llamadas fue borrado. Necesito recuperar las llamadas realizadas el 27 de agosto entre las once y la una.

Fredi cogió el móvil, al tiempo que se levantaba y avanzaba por un pasillo. Mientras tanto, extrajo la batería, la tarjeta sim y la placa base. Abrió una puerta y entraron en una sala llena de pantallas. Fredi se sentó y colocó la tarjeta y la placa base encima de la mesa acristalada, que al momento se iluminó y unos LEDs enmarcaron los objetos. Una pantalla se encendió y empezó a procesar la información. Fredi encendió otra pantalla y tras teclear varios códigos, apareció la imagen de una pluma que la arrastró con el dedo donde estaba la tarjeta y la placa base.

—¿Qué eso?

—Es el Escribano. Se encargará de buscar, recomponer, reescribir y enseñar lo borrado en el periodo que me has indicado.

Tras unos minutos de espera, apareció un solo número de teléfono, al que fue llamado el 27 de agosto a las 23:57.

Al entrar en su despacho, cerró la puerta. Con el teléfono de Pol arreglado, marcó el número de teléfono encontrado por el Escribano. Al cuarto tono, descolgaron. Se oyó la voz de una mujer.

—Hola Pol, ¿qué ocurre?... ¿Pol?... ¿Hola?

Salva colgó. Miró el teléfono que tenía en la mano como si fuera una granada que estuviera a punto de explotar. Un leve temblor recorrió su cuerpo. Se tapó los ojos con las manos y empezó a mover la cabeza de un lado a otro. No podía ser lo que había oído. Esa voz. No había necesitado más tiempo para reconocerla. ¿Cómo había podido estar tan ciego?

Marcó la extensión del despacho de Pablo que descolgó al momento.

—No te muevas, ahora voy.

Nada más entrar por la puerta, Pablo se temió que un nuevo atentado había ocurrido, ya que la expresión de Salva mostraba tanta tensión que parecía que iba a estallar.

—¿Otra bomba?

—Pablo, ¿por qué no le dijiste al inspector Castro que la hora del atentado del 31 era a las cinco de la tarde?

—¿Qué? No te entiendo.

—Castro no sabía nada de la hora y recuerdo que me dijiste que tú se lo transmitirías.

Pablo frunció el ceño sin acabar aún de comprender a dónde quería ir a parar Salva.

—Sí, sí, te dije eso, pero luego me encontré con Beatriz y le pedí por favor que se lo dijera a Castro pues surgió otra cosa que atender, no me acuerdo qué era.

Salva, que hasta ese momento se había mantenido de pie, se dejó caer en el asiento, al tiempo que dejó escapar un soplido. Pablo, mientras tanto, se mantenía a la espera de que Salva le diera una explicación a esas preguntas. Al principio, la voz de Salva sonó baja, tanto que Pablo tuvo que agudizar el oído. Era un tono apagado, triste.

—Pablo, hace unos días, por un detalle tonto descubrí que teníamos un topo.

—¡Qué!

—Sí. En el mail que me enviaron los Sin Identidad, añadieron una frase que delataba que sabían lo que ocurría en nuestras reuniones. Mencionaba que comía demasiadas pizzas y hamburguesas y eso es lo que pedimos aquí cada vez que nos reunimos —Salva iba recuperando

la serenidad a medida que exponía sus reflexiones y su voz sonaba más firme—. Al principio, pensé que eras tú. Pero hoy me he llevado una sorpresa.

—¿Yo? ¿Creías que había sido yo? ¡Por favor!

—Ya lo sé, absurdo. Pero eso ya no cuenta, olvídalos. Tenemos un topo.

Salva le explicó su idea de que alguien había avisado a Alicia cuando él fue a la Torre Agbar y su vuelta al lugar para hablar con Pol y su posterior accidente, quedándose él con el móvil.

—He podido recuperar el número al que llamó Pol y hace un momento le he llamado —Hizo una pausa para tomar aire—. Quien ha respondido fue Beatriz. Ella es el infiltrado de los Sin Identidad.

La cara de Pablo dio la impresión de que se había congelado. No podía creer lo que acababa de oír. Tardó varios segundos en poner de nuevo todos los músculos de su cara en funcionamiento.

—No puede ser. Te estás equivocando.

—No, Pablo. Es ella.

—Pero eso no es posible. Tendría el número por otra cuestión.

—No. Luego he recordado que Beatriz me hacía muchas preguntas sobre el control de los Sentimientos y su idoneidad. Todo este tiempo ha estado pasando información a los rebeldes.

Un largo silencio llenó el despacho. De repente, el grito de Pablo, sobresaltó a Salva.

—¡Joder! ¡Joder! —Pablo se había levantado al tiempo que daba un puñetazo sobre la mesa — ¿Qué hacemos ahora?

—Hay que decírselo a Castro y esperaremos a las once. Cuando aparezca en la reunión la cogemos.

Salva podía entender cómo se sentía Pablo. Que alguien de tu equipo, al que proteges, ayudas, y diriges, te traicione, tambalea todos tus principios y pone en duda la confianza en todas las personas.

—Cuesta de creerlo, pero es así. Ha estado jugando con nosotros —Al decir esto último, Salva comprendió que se refería más a él mismo que no a sus compañeros.

Castro seguía sentado en la silla, mientras que Pablo y Salva daban vueltas por la sala.

—Lo ha descubierto. Ya no viene.

Eran las doce y Beatriz no había aparecido. Salva opinaba igual que el inspector Castro. Seguramente tras la llamada, Beatriz acudiría a la Torre Agbar para saber de Pol y allí se enteraría de su estado.

—Ah, por cierto, Salva. Las Ninfas esas que ponía el papel que encontramos en el Palau Sant Jordi es un cuadro de un tal Monet.

—¿Y cómo es?

—Según me han dicho es de estilo impresionista y representa un puente en un parque.

Salva pensó que aquella información no le aporta gran cosa. Mas algo en su interior le decía que aquello era importante. La puerta del Dragón, un puente, un parque. Demasiadas incógnitas. Demasiados detalles aparentemente poco importantes. Alicia le estaba enviando un mensaje.

—Todavía me cuesta creerlo —dijo Pablo—. Además, ¿no intentaron matarla en el metro?

—Debió ser una burda representación para que su papel pareciera más verosímil —dijo Salva.

Pablo movió afirmativamente la cabeza con lentitud. Había sido un golpe duro.

Beatriz estaba sentada en una piedra de las ruinas. Lloraba de rabia, de impotencia, de soledad. Llevaba allí dos horas, esperando que pasase algo, pero nada ocurría. Su mundo se había venido abajo. Se sentía usada como un simple pañuelo que se tiraba a la papelera tras sonarse. Se levantó y abandonó el lugar. Caminó con prisas, como quien huía de un perseguidor. A cada paso, notaba la pistola que llevaba sujeta en los pantalones.

A las cuatro y un minuto saltó la alarma en el Sentímetro. Nivel Miedo, respuesta Pesadumbre en Nou Barris. No marcaba origen, era una respuesta de todo el barrio. Unos minutos más tarde, a las cuatro y nueve minutos, la misma respuesta de Pesadumbre en todo Sants-Montjuic. El siguiente tardó un poco más, a las cuatro y cincuenta minutos, y era en el Eixemple, también en respuesta Pesadumbre. Finalmente, la Zona Cero a las cinco y once minutos se colocó en Pesadumbre.

—Esto es extraño. Algo está pasando.

—¿Pueden ser los Limbis?

—No, no es posible que toda la ciudad se someta a una misma respuesta. Algo ocurre —dijo Pablo mirando las pantallas de gráficas—. Llamad al Departamento Lingüístico y que vengan aquí.

Mientras esperaban, Pablo llamó al Centro de Información y les comunicó la situación y la necesidad de llevar a cabo un comité de crisis.

Al cabo de pocos minutos entraron por la puerta dos mujeres y un hombre. Una de las mujeres era bajita, con el pelo moreno corto y la otra, lo opuesto, alta, delgada, una larga melena rubia. La imagen arrancaría más de una sonrisa si no fuera porque la situación era lo suficientemente seria como para saber que el orden de la ciudad estaba en juego. El hombre de unos sesenta años, tenía el pelo canoso y la cara llena de arrugas. Pablo se dirigió a los tres con el tono más urgente que podía darle a su voz.

—Señores, tenemos una respuesta Pesadumbre en la ciudad, así que necesitamos saber qué términos se han usado en las últimas doce horas.

—Está bien. Desde aquí podemos acceder a Babel.

Babel era el programa que registraba, agrupaba por temas, categorizaba, y numeraba las palabras que el satélite detectaba en las conversaciones telefónicas, escritas en internet y mencionadas por la radio y la televisión, componiendo un mapa de términos. Los tres integrantes del departamento empezaron a trabajar sobre tres pantallas y al cabo de quince minutos, pudieron dar una idea de lo que estaba sucediendo en Barcelona.

—Aquí tiene, Señor Pablo. Por la ciudad revolotea lo siguiente: bomba, atentado, real, riesgo, monumentos y policía.

—Vaya, siempre tenemos que aparecer, para bien o para mal —dijo el inspector Castro.

Alicia escuchó las noticias: se insistía en el partido de día 31, en la ausencia de atentado a lo largo del día, gracias a la acción policial, y a un proyecto del ayuntamiento de levantar nuevos edificios que atraerían a los turistas en un futuro. Lo tenían todo controlado, como siempre, pensó.

A pesar de su dolor, estaba cada vez más convencida de que debía llevarse a cabo la obra. Se acercó a la ventana y miró las ruinas. Su visión le transmitió la paz y calma que necesitaba en esos instantes.

Salva se dio una larga ducha. Por fin un día sin atentados, se dijo. Eran las ocho de la tarde y Barcelona latía con una aparente calma pues según indicaba el Sentímetro, bajo la capa externa se retorció una inquietud que podría degenerar en el caos. Se sentía cansado y abatido. Pensar que había creído sentir algo real por Alicia y descubrir que esa pasión había sido inducida por Limbis, le creaba incertidumbre hacia todo lo que podía sentir. Aquello reafirmaba su opinión en que los sentimientos eran muy peligrosos para el progreso de una sociedad.

Decidió salir para despejar su mente. Entró en el metro de la línea tres en Fontana y descendió en Liceu. Aquí, se perdió por los callejones del Raval y entró en un bar donde nadie le conocía. Se sentó en una mesa y pidió un vaso de whisky. Pasaron las horas y los vasos se acumulaban en la mesa. Notó que el alcohol lo envolvía todo y adormecía esa fiera llamada emoción.

10

31 de agosto del 2035 – 25 aniversario del Derrumbe

Pip. Pip. Pip. Los pitidos se repetían de forma insistente hasta que Salva se despertó sudoroso, con la respiración agitada y la vista nublada. El teléfono seguía sonando hasta que se detuvo. Al mirar la pantalla vio que tenía cuatro llamadas perdidas de Pablo. Le llamó y le informó de que habían novedades en el Sentímetro y en Babel.

Eran las siete y veinte de la mañana cuando Salva cerró la puerta de su casa ya duchado y almorzado. No encontró ningún taxi, así que decidió ir en metro. Desde que se había levantado, le acompañaba un extraño sentimiento de nerviosismo y no tenía nada que ver con el sueño. Era una sensación de catástrofe, de que realmente algo malo iba a ocurrir.

En el vagón del metro había mucha gente. La mayoría grupo de turistas con planos de la ciudad en busca del tesoro. Salva leyó el periódico en su tableta electrónica cuando se dio cuenta de que había algo extraño en el ambiente.

Silencio. Reinaba un profundo silencio, roto únicamente por el traqueteo del metro por las vías.

Nadie hablaba y las expresiones de las personas eran de tensión. Y entonces, entendió que era ese sentimiento: la gente estaba asustada. Pero, ¿de qué?, se preguntó.

A las ocho en punto llegó al CVOP y entró en la sala donde estaba el Sentímetro y demás pantallas de control. Pablo le presentó a Jorge, el sesentón encargado del Departamento Lingüístico y a Estefanía, del Centro de Información, de unos cuarenta y largos años, baja, con una verruga en la mejilla y pelo teñido de castaño.

—Hemos creado el gabinete de crisis. El CVOP, el Departamento Lingüístico y el Centro de Información trabajaremos conjuntamente para entender qué ocurre.

—¿Qué pasa? —preguntó ya inquieto Salva.

—A las seis y cuarenta minutos todos los distritos se han puesto en nivel Tristeza, respuesta Depresión y Babel ha detectado la aparición de palabras como Impotencia, Atentado, Abandono, Ruinas, Insolidaridad, Soledad. No sabemos qué está pasando pero estos conceptos se están usando en las conversaciones telefónicas, internet, radios.

—¿Y Castro?

—Está preparando el dispositivo de seguridad alrededor del Camp Nou.

—Vamos a llenar los periódicos, radios y televisiones con la noticia de que Barcelona se presenta para las olimpiadas de 2040 y que, según fuentes cercanas, tiene bastantes números para salir escogida —dijo Estefanía.

En un cuarto de hora, la noticia se difundió tan rápido como una mancha de petróleo en el mar. Todos los medios de comunicación se habían hecho eco del anuncio. Sin embargo, todos los presentes en la sala quedaron petrificados cuando vieron que el Sentímetro no se alteraba.

—Qué extraño. Nunca había pasado esto. Las noticias siempre tienen un efecto en la Opinión Pública y el estado emocional sufre cambios, pero hoy no se mueve —La voz de Pablo mostraba un temblor que denotaba cierto nerviosismo.

—Babel ha detectado la aparición de las palabras Olimpiadas, Juegos, Beneficios, Diversión y año 1992, pero aún así, el Sentímetro no se mueve.

—¿Qué mierda está pasando? —gritó Pablo.

A las nueve de la mañana, el Sentímetro cambió su indicación. Todos los distritos se habían colocado en un nivel Miedo, respuesta Ansiedad y por tanto, la ciudad entera daba este valor. La actividad en el CVOP era frenética. Por todos lados se oían los timbres de los teléfonos, voces a gritos dando información, instrucciones u órdenes, gente corriendo de un piso a otro.

Babel daba a conocer los términos en uso en ese instante: Miedo, Muerte, Caos, Pánico, Bombas, Familia.

—No lo entiendo. La gente tiene miedo, pero un miedo a algo real.

—Pablo, esta mañana al venir en metro he visto la cara de las personas que iban en él. Primero me extrañó el silencio que había y luego, sus expresiones. Era gente que estaba en tensión, pensando en algo malo. Pero lo más extraño es que yo también tengo esa sensación. Es como si supiera que algo malo me va ocurrir.

—Bueno, está el atentado.

—No, no. No me refiero a eso. Es... no sé cómo explicarlo...

—Como si supieras que tu vida está en peligro —La voz de Estefanía les sorprendió a los dos—. Es lo mismo que siento yo.

Alicia tenía delante de ella a ochenta rebeldes sentados. Junto a ella estaba Iván. Su mirada era fría, distante, y al mismo tiempo, triste. Todos estaban pendientes de ella.

—Queridos Rebeldes. Hoy es el gran día. Faltan ahora mismo siete horas justas para el gran momento. Hoy cambiaremos la ciudad. Hoy acabaremos con el disfraz emocional con el que manipulan a los ciudadanos. Nuestro atentado dará que hablar. Sé que estáis convencidos de la obra, pero para que la debilidad no invada ningún corazón, debéis tomaros este Limbi.

—Este Limbi —intervino Iván— es para situaros en el nivel Alegría, respuesta Cambios. Con ello luchareis sin miedo ni duda por modificar el orden establecido.

—Bien. Repasemos ahora los pasos a seguir y, sobre todo, dónde colocar las cargas explosivas —retomó el discurso Alicia—. Es importante que las cargas se sitúen bien para que la estructura caiga.

Todos asintieron. Una persona levantó la mano; Iván le cedió la palabra.

—Perdone, Señor, pero si nos tomamos los Limbis, ¿no serán detectados por el Sentímetro? Iván sonrió.

—Tranquilo, eso ya lo tenemos cubierto.

A las diez el nivel seguía en respuesta Ansiedad y habían recibido noticias de que las consultas de urgencias se habían llenado de gente que acudía con síntomas claros de ataques de pánico, ansiedad, estrés y depresión. Los supermercados se atiboraban de gente que compraba compulsivamente comida, especialmente, latas en conserva.

—Es todo muy extraño. Da la sensación de que los ciudadanos se estén preparando para una guerra nuclear o la llegada de un huracán.

—A lo mejor es lo que ocurrirá —Salva miró sorprendido a Pablo por el comentario. Decidió cambiar de tema y preguntó sobre Beatriz.

La mirada de Pablo se apagó, como si le quitaran fuerzas.

—No sabemos nada. No contesta al teléfono. La policía ha ido a la dirección que nos dio como residencia, pero no hay nadie.

—Nos engañó bien a todos.

—Lo que más me duele es esa sensación de que una persona ha jugado contigo, con tu confianza.

Salva guardó silencio ante el comentario de Pablo, pensando que entendía perfectamente esa sensación.

La bomba explotó a las once y diez en la planta baja del hotel Vela, de cien metros de altura. Estaba ubicado al final del paseo de la Barceloneta. No hubo heridos ni muertos, pues una llamada había avisado de su colocación y el hotel había sido desalojado en escasos minutos. El Sentímetro no alteró su nivel en Ansiedad. Mientras tanto, un grupo de ochenta personas se movía por los pasillos del alcantarillado de Barcelona, vestidos todos de negro y arrastrando pesados carros con explosivos.

Alicia estaba concentrada en su plan. Pensó en Salva, pero sabía que no podía permitirse que el sentimiento del amor debilitase el renacer de una nueva era. Confió en que las pistas que había dejado, le sirvieran para saber donde no debía estar. Decidió tomarse un Limbi que le situase en nivel Alegría, respuesta Vitalidad.

Eran las doce y media del mediodía cuando Salva llegó al Camp Nou. Preguntó por el inspector Castro y le indicaron una tienda militar que habían levantado como centro de mando. Castro estaba sentado, bebiendo un zumo de piña y mirando un mapa. Al ver a Salva, le hizo un gesto para que se acercará. Le explicó que sus hombres parecían estar preocupados por algo.

—No tienen confianza. Están como temerosos. Incluso los hombres más aguerridos que tenemos parecen estar asustados por el hombre del saco.

—Toda la ciudad está igual. ¿Alguna noticia de la bomba del hotel Vela?

—No, lo que ya sabéis. Sin heridos ni muertos, algunos daños materiales, pero la estructura intacta. Me da la sensación que quieren desviar la atención.

Salva estuvo de acuerdo con él, pues la bomba no había sido de gran tamaño como las otras veces.

Faltaban tres horas y media para que se iniciara el partido y por los alrededores ya había aficionados con banderas, bufandas y camisetas de sus equipos. Pero el ambiente no era el típico de un partido de fútbol. No se oían bocinas, ni cánticos. Las personas caminaban en silencio. Inhibidas por un sentimiento de desolación o consternación. Salva se despidió del inspector Castro y se dirigió al CVOP.

A la una y cuarto un pequeño artefacto explotó delante de la Catedral de Barcelona. El pórtico recibió algunos daños y hubieron tres heridos. Muchos supermercados cerraron sus puertas por no tener existencias debido a la avalancha de compras que habían tenido durante la mañana. La ciudad parecía en trance y sus ciudadanos, zombis que caminaban sin comunicarse y que arrastraban un gran pesar y una soledad traumática. Los hospitales estaban desbordados ante tanto cuadro de ansiedad. Mientras, la policía debía hacer frente a multitud intentos de suicidio.

El Centro de Información lanzó la noticia de que los impuestos se iban a bajar en un 40% y que se incrementaría el cuerpo policial para asegurar la seguridad de la ciudad. Pero el Sentímetro no alteró su indicación.

—No sé qué está pasando. Parece que una idea de catástrofe se ha instalado en la mente de la población y no se puede cambiar la emoción que ha generado —dijo Pablo, rascándose la nuca.

—Pero eso no puede ser. Sabemos que una idea tiene fuerza en un pequeño grupo, pero no a gran escala. Sin emoción, la idea muere.

—Pues aquí pasa algo raro. Incluso yo me siento decaído y temeroso.

Salva le explicó a Pablo que se volvía al centro de mando con el inspector Castro para estar en el momento en que todo pasase.

—Está bien, vete.

Salva se fue con la imagen de la mirada triste de Pablo. Desde que supo del engaño de Beatriz, su ánimo había decaído.

La intensidad de la Ansiedad había aumentado. El problema que siempre tuvo el Sentímetro era que daba la respuesta pero no la intensidad de la misma. El nivel de respuesta llevaba horas mostrando Ansiedad, pero lo que no mostraba era el incremento de fuerza de dicho nivel. Esto era lo que había llevado a muchos ciudadanos a abandonar sus puestos de trabajo para dirigirse a sus casas y estar con sus familias. Algunos, con un sentimiento de protección, otros, con la intención de coger las maletas e irse de Barcelona. Y el CVOP no era una excepción.

A las dos y diez, a falta de dos horas del atentado, los empleados del CVOP empezaron a irse a sus casas sin permiso de nadie.

—Pablo, mira esto —La voz de Jorge sobresaltó a Pablo que estaba mirando el trasiego de gente por los pasillos—. La gente se va. Parecen... tener miedo.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Pablo.

—Babel ha detectado nuevas palabras.

Pablo miró la pantalla y vio con estupor los términos Derrumbe, Sagrada Familia, Ruinas, Abandono, Culpabilidad.

—Pero, ¿cómo es posible? ¿No se había prohibido dar la noticia de que hoy era el aniversario del Derrumbe?

—Y así es. Alguien está pirateando nuestros medios de comunicación y está difundiendo los mensajes.

—Los Sin Identidad, seguro —Pablo empezó a entender que todo eso formaba parte del atentado que habían planificado. Y también comprendió que por mucho esfuerzo que pusiera, aquello que tenía que suceder era inevitable.

Aprovechando la confusión de la gente, Beatriz entró por la puerta del parque y avanzó a escondidas entre los árboles. Había llegado hasta la fuente. Se colocó detrás de los arbustos y

comprobó la pistola. Sus manos temblaban, pero no de miedo, sino de rabia. A veces, eran tan difíciles de diferenciar las emociones, que era necesario analizar sus raíces e identificar de qué se alimentaban.

Salva y el inspector Castro miraron la aglomeración de aficionados que se dirigían silenciosamente hacia el estadio.

—Nunca había visto tanta calma en un partido de fútbol y más de este tipo, entre un Barça y el Madrid

—Parecen que vayan a un entierro.

—A lo mejor es a lo que irán.

—No si podemos evitarlo.

Salva buscó entre los rostros una marca. Esa cicatriz que surcaba el lado izquierdo. Sabía que ella estaría presente en el atentado. Estaba convencido de que no se perdería algo que había planificado tanto. No consiguió distinguir si lo que sentía era odio o deseo. Seguramente Freud le diría que en su interior se estaba liberando una batalla entre Eros y Tánatos.

Eran ya las tres, el partido había empezado y no se había detectado ningún movimiento extraño. Sin embargo, todas las cargas estaban prácticamente colocadas por debajo de la estructura.

Salva sacó una pequeña botella de agua, que contenía un líquido de color ámbar. Dio un sorbo y notó la fuerza del alcohol abriéndose camino por la garganta. Se la dio al inspector.

—¿Quieres? Es Whisky.

—Vaya, vas fuerte.

—Necesito algo que me active. Estoy como aletargado.

—Joder, ya podrías haberlo puesto en un recipiente más discreto. No sé, en una petaca o... — Castro se detuvo de golpe— Ay, por cierto, la petaca que me diste. Lo siento pero nuestro Rebelde tan sólo quería un trago como tú. No contenía ningún neurotransmisor ni nada de Limbis.

Salva notó en su interior un frío desgarrador, como si hubiera ingerido diez cubitos de hielo sin que se derritieran. Si no contenía nada hormonal, eso significaba que Alicia no había manipulado sus emociones y que su deseo era auténtico.

—... como en el cuadro.

Salva no había prestado atención a lo que le estaba diciendo el inspector Castro, tan sólo oyó el final de la frase.

—¿Qué decías?

—Digo que a lo mejor el tío quería emborracharse y creerse que estaba metido en el cuadro ese de Monet.

—El cuadro... ¿qué dijiste que había pintado?

—Un puente sobre un lago, parece un parque.

Las palabras tenían el poder de activar al ser humano. Desde la guerra del Pastel se había infravalorado el poder de la palabra y se dio más importancia a las emociones. Pero la palabra, y ahora lo entendía Salva, podía emocionar, podía activar, enfadar, recordar, enlazar. Y eso era lo que había ocurrido. La palabra “parque” había activado en Salva el engranaje de la memoria: el dragón de la puerta de Gaudí que estaba en el Camp Nou había estado antes en un parque. Sabía que era algo importante.

—Oye, ¿sabes si esa puerta con el dragón ha estado siempre allí? —Salva le señaló al inspector la puerta.

—Claro que no. Esa puerta estuvo antes en los Pabellones Güell, haciendo esquina con la Avenida Pedralbes, cerca de donde está ahora el CVOP.

Alicia le había enviado una señal, sin duda. Eran las tres y media y Salva se percató de que no se había producido nada sospechoso. Su mente seguía trabajando a toda velocidad. Parques, parques y parques. Pensó en los parques, en las bombas, en las palabras de Alicia, en la reja de los Pabellones Güell. Cambiarlo todo. La gran obra. Y entonces comprendió que estaba equivocado. No solo él; todos estaban errados. El Camp Nou no era el objetivo.

Salva le dijo a Castro que iba al baño, pero realmente se dirigió al centro de mando. No había tiempo para explicarle las cosas. Allí encontró una pistola y la cogió. Subió la avenida de Joan XXIII lo más rápido que pudo pero la cantidad de aficionados que se dirigían en dirección contraria a él no le permitían avanzar con facilidad. Por fin, llegó a la Avenida Diagonal y giró a la izquierda. Eran las cuatro y cuarenta minutos, faltaban veinte para la hora indicada. Cruzó la Diagonal y corrió hacia el Parque de Pedralbes, donde estaba el CVOP.

Pablo se había quedado solo en el CVOP. Completamente solo. La gente se había ido asustada, como si presintiera que algo iba a suceder. La ciudad estaba invadida por el caos. Miró atentamente el Sentímetro, que no se había movido en ningún momento de la Ansiedad. Se sentía triste, decaído, como si le hubieran arrancado algo muy querido. No se oían llamadas, ni voces, ni portazos. Estaba todo en silencio. Estaba tan concentrado en sus temores que no se percató de lo que estaba ocurriendo. Varias explosiones hicieron temblar el edificio. Pablo levantó la vista al Sentímetro, siendo lo último que vio. Luego, la oscuridad.

Las explosiones se oyeron con fuerza desde el Camp Nou. Salva oyó un pitido fuerte en los oídos y poco a poco se levantó tras caer hacia atrás por la onda expansiva. Una columna de humo crecía hacia el cielo como una boya en el mar indicando donde estaba el buceador.

Dónde antes había el CVOP ahora sólo había escombros, ruinas. Toda había desaparecido.

Corrió por el camino que se abría a su derecha. Tenía claro dónde iba. Sabía perfectamente donde se encontraba ella. Al llegar, Salva la vio. Quieta, mirando su obra. Tenía una camiseta negra y unos tejanos negros. Detrás suyo, la fuente de Hércules de Antoni Gaudí. Alicia le vio pero no hizo ningún gesto de huir.

—Esta era tu obra —dijo Salva intentando recuperar el aire en sus pulmones.

—Sí. Ahora todo cambiará.

Los dos miraban el fuego y las llamas que se elevaban por encima de los árboles.

—Pensé que me habías puesto Limbis en la bebida. Pensé... pensé que mis emociones hacia ti no eran reales. No sé lo que pensé ni lo que he sentido.

—Y en parte fue así —Alicia bajó la mirada al confesarse—. La primera vez... sí que usé Limbis. Quería mantenerte distraído.

—Pero entonces, entonces, ¿qué siento realmente por ti?

—No lo entiendes. Sólo los usé una vez. Luego, no pude evitar sentir hacia ti una fuerte pasión. No quise jugar contigo y dejé los Limbis. Te amo de veras.

—Pero entonces, ¿mis emociones hacia ti eran reales?

—Sí, supongo que sí. Eso tendrías que confirmármelo tú.

Salva suspiró, angustiado por la lucha interna que vivía. Él, que tanto había manipulado las emociones y las había mantenido al margen de su vida ya que sabía cómo debilitaban el poder del ser humano, ahora no podía contener ese fluir natural y desbordante de ira y dolor por una parte y,

por otra, de amor y alegría.

—Estoy confuso. No sé qué creer. Te quería o te quiero... ¡joder! No se puede jugar con las emociones Alicia.

—Ahora me empiezas a entender —dijo con una leve sonrisa en sus labios—. Por eso he destruido el CVOP y su odiado Sentímetro. Ahora la población será libre de sentir lo que quiera. Creo que fue bueno que nos distanciáramos, si no es posible que no hubiera llevado a cabo la obra.

Salva sabía que el gobierno inventaría algo nuevo, ya que la autoridad no podía ser colocada en una cuerda de equilibrista y permitir que se tambalease de forma insegura.

—Siempre habrá un control —le dijo Salva.

—Una cosa es el control y otra muy diferente, la manipulación.

Entonces Salva pensó en el caos que había invadido la ciudad durante el día.

—¿Y lo que habéis hecho vosotros? Porque todos estos miedos lo habéis provocado los Sin Identidad.

—Era parte del plan. Buscaba dos cosas: primero evitar muertos. Sabía que la Respuesta de Ansiedad prolongada provocaría un recogimiento de la gente. Las personas, cuando sentimos una amenaza, necesitamos estar con los nuestros. En el CVOP no quedaba nadie. Ya te dije que no buscaba matar a personas. Te di pistas de lo que se planeaba.

—Y el papel con el dibujo. ¿Era para que me mantuviera apartado?

—Es posible.

—¿Y que otro efecto buscabas? —preguntó Salva.

—Que toda la ciudad sintiera en sus carnes lo que es sentirse huérfano, triste, desorientado, temeroso porque te han arrancado parte de tu identidad. Nadie entendió aquellas personas que protestaban por las obras que hacían bajo la Sagrada Familia. “¡Qué exagerados!”, decían. Y luego, nos dieron la espalda. “Mira que son raros”, comentaban de nuestro pesar y decaimiento. Supongo que te preguntarás cómo lo hemos hecho, ¿no?

Salva levantó el pulgar con el puño cerrado, para decirle que había acertado.

—Elaboramos Limbi en estado líquido y lo vertimos en las diferentes depuradoras que rodea la ciudad. La gente ha estado bebiendo agua del grifo con Limbi, se ha duchado con Limbi, se ha lavado los dientes, el lavavajillas desprendía Limbi, ha cocinado con agua infectada de Limbi. Infectamos todo con Limbi. Sólo era cuestión de horas que hiciera efecto.

El sonido de una rama rompiéndose a su espalda hizo que Alicia se girase y que Salva, que estaba dos metros de distancia de ella, mirase hacia la fuente del sonido.

Beatriz estaba de pie, llorando, apuntando con una pistola a Alicia.

—¡Beatriz! —exclamó Salva.

—¡Tú! ¡Te burlaste de mí! ¡Zorra!

—Tranquila Beatriz, deja el arma —le dijo Salva, pero ella ni le miró, sólo tenía ojos para Alicia, que no había movido ni un músculo de la cara.

—¡Cállate! ¿Por qué? ¿Por qué me hiciste daño?

—¿De qué estás hablando? —le preguntó Salva.

—Beatriz fue nuestra mejor baza para que el plan fuera por buen camino —La voz de Alicia sonaba cansada—. Nos mantenía al corriente de vuestros avances. Me explicaba todo. Tanto lo estrictamente profesional como personal. Ella se enamoró de ti.

—¡Y ella me apartó! Me decía que no hiciera nada —ahora los lloros eran más fuertes—, que no podía sucumbir a la pasión o no realizaría bien mi trabajo, pues mi determinación para la obra

se vería debilitada. ¡Y va y tú te lo tiraste! ¡Era por eso que me apartaste!

—¡No! Créeme.

Salva tomó conciencia del peligro y empuñó su pistola y apuntó a Beatriz. Sabía perfectamente que las emociones, no solo alteraban el orden, sino que podían desencadenar los peores actos en las personas.

—Beatriz, deja el arma, por favor —le dijo Salva con un tono de voz pausado.

—¡Estaba enamorada de ti!

—Podemos hablar luego, pero ahora deja el arma.

—No lo viste. Tuve que manipularte. Tú solo tenías amor para la guarra de la cicatriz. Por eso contacté con Diego y me pasó algunos Limbis.

—¿Qué? —Salva sentía que todo le daba vueltas y que estaba a punto de vomitar.

—Te tuve entre mis piernas, pero ¡no eras mío! Todo este tiempo hemos follado porque estabas bajo los efectos de los Limbis. Pero tonta de mí, yo ya estaba contenta. ¡Y tú! —La pistola apuntó de nuevo a Beatriz—Estabas siempre al acecho para recordarme que me alejara de él. ¿Te acuerdas esas llamadas que recibía de mi madre, Salva? Eran todas de ella. Nos espiaba y me decía que me apartara.

Salva entendió todo. Ahora sabía por qué se había sentido tan vulnerable ante Beatriz. Y porque tenía aquel dolor de cabeza al día siguiente tras acostarse con Beatriz. Todo al revés. Lo de Alicia había sido real, lo contrario de lo que había sentido por su compañera.

De repente, Beatriz dejó de llorar y su semblante cambió completamente, con una expresión seria y su voz sonó fuerte.

—Con las emociones no se juega.

Su dedo apretó el gatillo. El disparo alcanzó a Alicia en el pecho. Salva disparó su arma y alcanza en el corazón a Beatriz, muriendo al instante.

Salva se arrodilló, con lágrimas en los ojos, y sostuvo la cabeza de Alicia. Con la otra mano intentaba tapar la herida.

—Tiene gracia... He luchado... para que la gente... tuviera libertad de emoción... —Le interrumpió un fuerte tos que le hizo escupir sangre— y resulta... que una emoción como los celos... me ha matado.

—Todavía no cariño, todavía no. No hables.

—Tenía que ser así... no se debe jugar con las emociones...

La cabeza cayó lánguidamente hacia un lado. La mirada de Alicia estaba vacía. Su pecho ya no respiraba.

Tan sólo se oía el ruido de las llamas que consumían el edificio del CVOP y de la estructura cayéndose. Salva mantuvo la cabeza de Alicia en su mano. Un inmenso dolor nació en su vientre y se expandió, radialmente, por todo su cuerpo, viajando a gran velocidad por todas sus terminaciones nerviosas. Sus manos empezaron a temblar y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Salva dio rienda suelta a sus emociones, como seguramente jamás hizo antes.

11

31 de agosto del 2036

Desde la ventana observaba el cielo gris, amenazante de lluvia. Si miraba hacia abajo, veía las ruinas.

Se había mudado en el mismo piso que había ocupado Alicia. Con la ayuda de Mario, el periodista, dio con él. Le bastó una tarde, allí sentado, escuchando el silencio del salón, oliendo su perfume, para tomar la decisión.

Ahora son nuestras ruinas, pensó.

La ciudad había cambiado desde el atentado contra el CVOP. Tras los múltiples atentados, Barcelona había perdido una gran cantidad de monumentos. Se tomó la decisión de crear más actividades para los ciudadanos y consolidar la identidad barcelonesa. El Sentímetro había desaparecido por completo. No hubo ningún intento de volver a crearlo, con lo que la gran obra de Alicia tuvo éxito: permitir la libertad emocional. Los escombros del CVOP fueron eliminados y se reconstruyó el parque de Pedralbes, recuperando su antiguo perímetro, para alegría de los ecologistas. Entre los escombros se encontró el cuerpo sin vida de Pablo.

Lo más importante era que la ciudad de Barcelona pasó a reconocer la importancia del Derrumbe. Ya no se tapaba su historia ni se negaban las ruinas. La Zona Cero había experimentado muchos cambios y había dejado de ser un lugar inhóspito y peligroso para convertirse en la nueva zona chic. Los pisos se habían revalorizado y se habían abierto multitud de locales. Pero el cambio más significativo era que había dejado de ser la Zona Cero para integrarse en la ciudad. Y las ruinas eran visitadas por los turistas. El Derrumbe se explicaba en los colegios e incluso hacían excursiones para visitar la zona. Esas ruinas que luchaban por mantener en la memoria lo que había sido aquel monumento y que no permitían que los ciudadanos le dieran la espalda a sus propios escombros.

El 26º aniversario del Derrumbe se estaba celebrando con todo los honores posibles. Por la mañana, el alcalde había hecho un discurso y se habían realizado muchos actos por los alrededores. Conciertos y actividades para los visitantes habían amenizado los actos. Ahora, estaba todo en calma.

Miró el reloj. Era la hora. Las cinco de la tarde. Se sentó en el sillón y cogió el libro de poemas de Federico García Lorca y leyó “A las cinco de la tarde”.

*Un ataúd con ruedas es la cama
a las cinco de la tarde.*

Cerró el libro y se acercó a la ventana para admirar lo que en su día fue la Sagrada Familia. Las ruinas esperaban ser comprendidas, calladas y expectantes a que alguien las llenase de contenido.

Una lágrima cayó por su mejilla, tímida y temerosa de que la emoción rompiera el silencio de las ruinas.

Fin

Daniel Jerez Torns, nació en Barcelona en 1975 y es licenciado en Psicología.

Autor de dos novelas de misterio: El arcabucero nº61, La fórmula Terradas y El beso de la muerte

Dónde encontrarle:

Twitter: @jerez_dani

Facebook: <https://www.facebook.com/danieljerez.escriptor/>

Pero sobre todo, querido lector, me encantaría recibir un comentario sobre tu valoración de la novela en Amazon. Dicha plataforma da mucha importancia a los comentarios que acumula una novela.

Y si quieres comentarme algo, criticar, darme algún consejo, decirme un error (que seguro hay), escíbeme a mi correo electrónico:

danieljerez@outlook.com

Table of Contents

[El silencio de las ruinas](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[Autor](#)